



COLECCIÓN

DE

# ESCRITORES CASTELLANOS

---

LÍRICOS.


EX-LIBRIS.



# OBRAS COMPLETAS

DE

# D. ÁNGEL DE SAAVEDRA

DUQUE DE RIVAS.

## TIRADAS ESPECIALES

50 ejemplares en papel de hilo, del.................... 1 al 50
10 » en papel China, del...................... I al X



OBRAS COMPLETAS

DE

# D. ÁNGEL DE SAAVEDRA

DUQUE DE RIVAS

Director que fué de la Real Academia Española
Presidente de la de Bellas Artes
de San Fernando é Individuo de número
de la de la Historia

*Coleccionadas de nuevo por su hijo*

D. ENRIQUE R. DE SAAVEDRA

DUQUE DE RIVAS

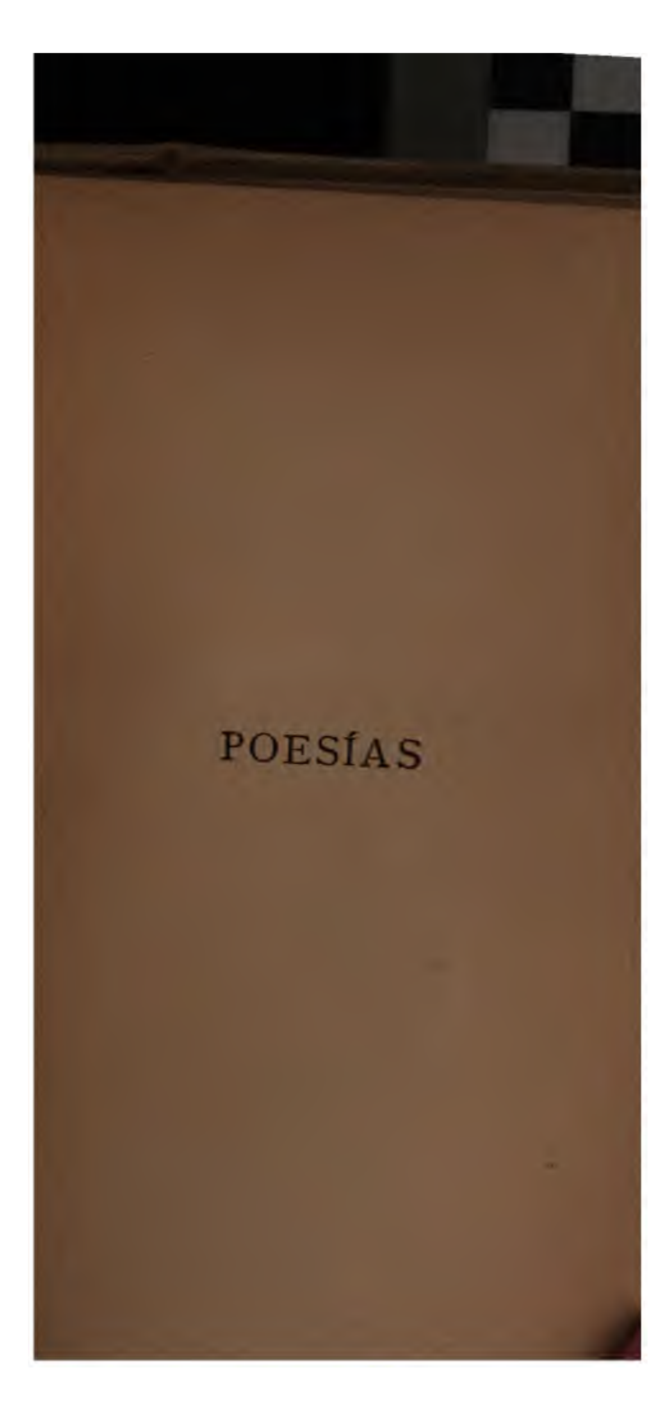
TOMO II

Poesías varias — *Florinda*, poema

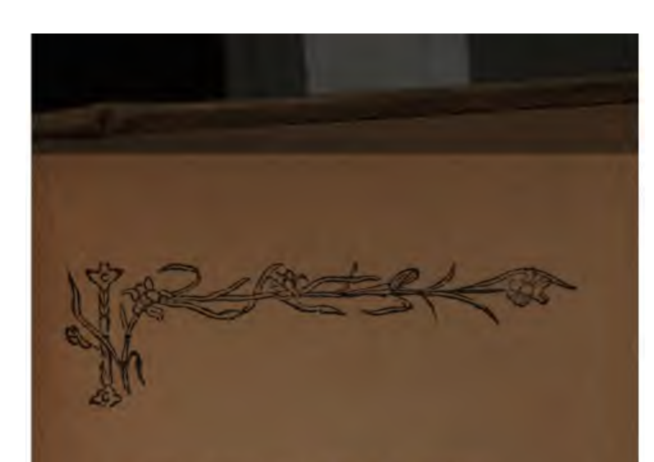
MADRID
EST. TIPOGRÁFICO SUCESORES DE RIVADENEYRA
*Paseo de San Vicente, 20*

—

1895



# POESÍAS



## BREVEDAD DE LA VIDA.

De flores odorantes coronada,
De Zéfiro en las alas vagarosas
Viene la rozagante primavera,
De la gallarda Flora acompañada.
Matízase risueña la pradera,
Brota amarantos, lirios y claveles,
Abre su seno cándido la rosa,
Se engalanan florestas y verjeles,
Los árboles pomposos se coronan
De frescas hojas y canoras aves,
Que dulces himnos á la luz entonan,
Llenando el aura de sus trinos suaves.

En pos el seco estío
Marchitando los campos aparece,
Y el don de Ceres ardoroso tuesta,
Retarda el paso el impetuoso río,
Y amarillea en torno la floresta.
La selva más repuesta
Busca el ganado con sediento anhelo,

Que el padre de la luz el viento inflama,
Marchita flor y rama',
Y lanza sus ardores contra el suelo.

Viene luego gozoso
El otoño ostentando sus racimos:
El huerto delicioso
Rinde frutos opimos
Á Priapo y Pomona;
De pámpanos hermosos se corona
La Bacante gallarda, corre y canta,
El tirso revolviendo,
Los cabellos al aire desparciendo,
Y el prado huella con lasciva planta.

Mas ¡ay! En pos sañudo,
Con faz marchita y con rugosa frente,
Llega el invierno crudo
En los brazos del ábrego rugiente,
Que de sus pardas alas
Granizo aterrador sacude al suelo.
Cúbrese el llano de erizado hielo;
El monte oculta entre tronantes nubes
La cumbre helada que luciente brilla;
Desnudo de su pompa el bosque umbroso,
Se encorva al peso de la intensa nieve;
Y el Betis orgulloso
Rompe altanero por su corva orilla,
Émulo de Neptuno proceloso,
Y soberbio se atreve

A las nobles almenas de Sevilla;
Y ganados y chozas y pastores,
Y antiguos puentes y robustos pinos,
Barcas y pescadores,
Arrastra horrendo en raudos remolinos.

¿Qué se hicieron las flores odorantes
De la lozana, hermosa primavera?
¿Qué las espigas del fecundo estío?
¿Qué de otoño las frutas abundantes?
¿Es esta ¡oh Dios! es esta la pradera
Que tan risueña estuvo? ¿Es este el río,
Que afable vi jugar en sus orillas
Con gualdas y moradas florecillas?

Sí, Dalmiro, estos son: así girando
Los días sin cesar lo mudan todo,
Y van las estaciones alternando.
Pero ¿qué importa que en vejez la tierra
Llore su brillo y su verdor deshecho
Por las lluvias y hielos y huracanes,
Que con tanto rigor le mueven guerra?
Pronto se amansarán, y satisfecho
De su furia el invierno,
Renacerá la hermosa primavera,
Y tornarán los deliciosos días,
Y brillará apacible el claro cielo,
Y cobrará su juventud primera
Regocijado el suelo;
Que eternas nunca son las nieves frías.

No así las estaciones presurosas
De la vida infeliz de los humanos,
Por más que los halague la fortuna,
Se renuevan también. ¡Ay, prestas huyen
Para nunca tornar! Las deliciosas
Risas y dulces juegos de la cuna
Vuelan fugaces sin volver; las gracias
De la primera edad desaparecen;
El entusiasmo, el fuego que engrandecen
La juventud lozana,
Se disipan cual sombra á la mañana,
Y nunca tornan á brillar. ¡Ay! nunca.
Las dulces ilusiones
Que encantan los sensibles corazones
Y un mar inmenso de delicia ofrecen,
¡Cielos! también perecen
De la vejez al ceño rigoroso,
Que con brazo de hielo
Los encantos que hicieron delicioso
A nuestra vista el existir deshace;
Y rasga el grato velo,
Y horrenda se complace
En mostrarnos de espinas erizado
El mundo, y de maldades habitado.

¡Y es tan corto el espacio, oh cruda suerte,
Que media entre las risas placenteras
De la cuna inocente y los horrores
De la torva vejez! Dalmiro, advierte
Cuál las horas deslízanse ligeras,

Llevando en pos de nuestra edad las flores.
Apenas ¡ay! la primavera hermosa
De alegre juventud gozar me es dado,
Y ya de mí se aleja presurosa.....
Detente, por piedad..... ¡Ah!..... No me atiende
Y huye, y lejos de mí su vuelo tiende,
Y se apresuran á correr los días,
Y van con ellos las delicias mías.

1819.





## Á OLIMPIA.

Arde el fogoso oriente
En púrpura bañado
Con la encendida luz del nuevo día,
Y la aurora esplendente
Sale del mar sagrado
Ostentando su encanto y gallardía;
La crencha de ambrosía
Celestial empapada
Desparce al viento vago,
Vuela al risueño halago
De Favonio su veste engalanada,
Y te mira envidiosa,
Que eres tú más lozana y más hermosa.

En tu frente serena
Nace y cándida brilla
La dulce y pura luz de la mañana:
La nieve y la azucena
Esmaltan tu mejilla
Templando el fuego de la tiria grana.
Tu boca soberana
Vence á la blanda rosa,

Que abre el preciado seno
De frescas perlas lleno
Y de suave fragancia deliciosa:
Y si Febo aparece,
La lumbre de tus ojos lo obscurece.

Y la celeste llama,
Por cuyo robo gime
El aherrojado Prometeo, ¿dónde
Más luciente se inflama
Que en esa alma sublime,
Tanto que á tu belleza corresponde?
¿Qué á tu ingenio se esconde
Del piélago profundo
Del gran saber humano?
Regir tu hermosa mano
Debiera el cetro del extenso mundo,
Encantador portento
De gracia, de beldad y entendimiento.

¡Oh, si grato el destino
Pulsar me concediera
De Terpandro la cítara sonora,
Y aquel estro divino
En mi pecho encendiera,
Que aventaja á la lumbre de la aurora!
Mi voz encantadora
El orbe llenaría,
Tal vez sobrepujando
Á la que resonando

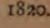
En los labios de Píndaro algún día
De Grecia en las ciudades,
Aun dura combatiendo á las edades.

Entonces, sólo entonces,
De entonar me juzgara
Digno tu nombre, que rendido adoro.
Y eterno cual los bronces
Mi acento resonara,
Cantando de tus gracias el tesoro.
Y el sacrosanto coro
De la heliconea cumbre
Se humillara á mi canto,
Y se escuchara en cuanto
Regocija del sol la viva lumbre:
Y desde los Triones
Al Sur se difundieran mis canciones.

Mas ¡ah! que al contemplarte
Engrandecerme siento,
Y el fuego que en mi pecho amor enciende
Me anima ya á nombrarte,
Y á tu nombre mi acento
Por el espacio fúlgido se extiende.
Ya mis ojos no ofende
Del sol la lumbre pura,
Y los vientos me llevan
Entre celajes á la inmensa altura,
Do mi lira brillando,
De Iperión la luz está ofuscando.

Y á tu encanto divino
Giro el espacio leve,
Esparciendo tu gloria al ancho mundo.
El enhiesto Apenino,
Señor de eterna nieve,
Resuena ya á mi voz. El mar profundo
Tu nombre sin segundo
Hervoroso repite.
Erídano sonando,
Y tu beldad cantando,
Deslizaráse al seno de Anfitrite;
Y el Tíber tus loores
Escuchará envidiando mis amores.

Y pues tu nombre solo
Tan alto me sublima,
Ilustre y hermosísima señora,
Que el rutilante Apolo
En la parnasea cima
Celoso escucha ya mi voz sonora;
Pues de la destructora
Segur del tiempo airado
Por ti libre se mira
Mi humilde y ruda lira,
Ceñida en torno de laurel sagrado;
Sólo se escuche en ella
Tu nombre y mi pasión, Olimpia bella.


1820.





## Á LAS SIEMPREVIVAS.

Salve, divinas flores,
Que ornáis la más gallarda y linda frente
Que el sol mira en su curso dilatado:
Salve, y gratas oid vuestros loores,
Que hoy esparce mi labio al puro ambiente.
Así jamás airado
Con vosotras el dueño idolatrado,
Que os escogió para su adorno bello,
Os separe del nítido cabello,
Do brilláis gloriosas
Con pompa vuestra y con envidia mía,
Perpetuas venturosas,
Encanto de mi ardiente fantasía.

Y ¿qué dichoso amante
Os puede ver sin anhelar ¡oh flores!
Que á vuestra duración sea semejante
La de sus placidísimos amores?
Sí, hermosas siemprevivas,
No sujetas del tiempo á los rigores
Ni al vuelo de las horas fugitivas.

Apacibles, serenas
Ostentáis la beldad que os dió natura,
Á la par de la rosa fresca y pura,
De lirios y fragantes azucenas,
Y del clavel ardiente,
Émulo de la llama refulgente,
Y de las otras flores varïadas,
Que esmaltan los verjeles y enramadas;
Y tal vez todas con desdén os miran,
Porque os negara Flora
El brillo y los balsámicos olores
De sus graciosas alas,
Y las risueñas galas
Que pomposas ostentan y colores.

Mas ¡ah, qué necio orgullo y ufanía!
Comparen su beldad fugaz y leve
Con vuestra eternidad; un plazo breve,
El del más corto y pasajero día,
Ve nacer y morir á las más de ellas;
Y las que acaso porque no tan bellas
Ni encantadoras son, tienen del cielo
Más larga vida y dilatado vuelo,
Ó del cierzo helador al silbo horrendo,
Ó al granizo tremendo
Y á las nieves esquivas,
Y á la aspereza del Diciembre frío,
O á los áridos soplos del estío
Mueren al fin. Y ¿cuál, ¡oh siemprevivas!
Por más amada que de Flora sea,

Y más aroma y resplandor posea,
Conserva su matiz puro y lozano,
Si de su débil tallo el rudo viento
La separa violento,
Ó alguna dura y despiadada mano?
Sólo en vosotras tal poder se encierra,
¡Oh predilectas hijas de la tierra!

Nacéis y no morís..... ¡Ah! Mi ventura
¿Será eterna cual vos? Vosotras sólo
Nacéis y no morís. Por esto acaso
Mi Olimpia idolatrada,
Para adornar su espléndida hermosura,
Que no se admira igual de polo á polo,
Os prefirió advertida;
Y os concedió su frente delicada
En guirnalda lucida
Placenteras ceñir; y os dió á su seno,
De viva lumbre y de ternura lleno,
Donde os miro dichosas,
Envidiables, latir y arder. Decidme,
Decidme..... Mi ventura
¿Es tal, que sois emblema gloríoso,
Emblema que mis dichas asegura,
De la constancia de su pecho hermoso?

En él vive mi amor..... Cual vos eterno,
Jamás se apagará..... Divinas flores,
Flores encantadoras,
¡Ay! servidle de ejemplo á todas horas,

Y no marchite el tiempo los amores,
Que son del alma mía
El afán, el encanto y la alegría.

Madrid, 1820.





# Á OLIMPIA.

Olimpia, ¿dónde estás?..... En vano, en vano
Mis ojos, llenos de abundante lloro,
Ansiosos en buscarte se fatigan,
Que no te ven. Mi labio balbuciente
Con alto acento sin cesar te nombra,
Y no respondes. ¡Ay!..... Corro anhelante,
Y de un secreto impulso arrebatado,
Llego tal vez al sitio en que descuella
Tu soberbia mansión, y á las paredes,
Que tu ternura y mis delicias vieron,
Les pregunto por ti. Recorro en torno
Su recinto exterior, y al ver cerradas
Las altas puertas por do tantas veces
Entré ardiendo en amor, con pie turbado,
Á adorar tu beldad esclarecida;
Y al notar el silencio pavoroso
Que dentro reina, y al mirar las losas
De do arrancando la sonante rueda
Te alejó á mi cariño, el crudo llanto

Mi faz inunda y mi angustiado pecho.
Y mis trémulos miembros desfallecen,
Hielo mortal discurre por mis venas,
Y giro en derredor la vista, y sólo
Me encuentro en ciega y espantosa noche,
Y en yerma soledad. ¿Qué es el bullicio
Del numeroso pueblo que estas calles
Y plazas llena, y afanoso ocupa
Pórticos y talleres? ¿Qué es su estruendo
Al ausente amador? Silencio mudo
Que ni hiere su triste fantasía,
Ni despertarle logra del letargo
En que se encuentra el triste sumergido.
¿Qué es ¡ay! la luz del sol, cuando á su lumbre
No gozo de tu vista encantadora?.....
¡Cómo agradable su esplendor divino
Era á mi corazón, cuando anhelaba
Que ardiera en el cenit, para dichoso
Á tus plantas volar, mi amor pintarte,
Disfrutar tus caricias deliciosas,
Y ora á tu lado en las frondosas selvas
Ardoroso vagar, ó los liceos
Contigo recorrer, ó bien con arte
Examinar tu espléndida belleza,
Y cual vive esculpida aquí en mi pecho,
Al lienzo trasladarla, el amor mismo
Grato mi mente y mi pincel guiando!
¡Ay! Á tu lado, en tu presencia hermosa,
Escuchando tu acento donde brilla
La gracia y discreción, ¡cuán dulcemente

Se deslizaban horas apacibles
De gozo y de placer! Risueñas horas,
¿Dónde os podré encontrar?..... Y ¿dónde ¡oh
Aquel sabroso y celestial encanto [cielos!
Que por todas mis venas discurría
Al verla, al admirarla? ¿Dónde el dulce
Palpitar de mi pecho, y de mi labio
La timidez cuando turbado, ardiente,
*Te adoro*, en voz sumisa pronunciaba?.....
¿Dónde los juegos, dónde los halagos?
¿Dó las riñas de amor, que, pasajeras
Como las nubes del sediento estío,
Daban doble valor á las delicias
Que en pos mi dicha sin igual colmaban?
¡Oh momentos de encanto y de ventura!
¿Cuándo á mí tornaréis?..... Dulces momentos,
Momentos deliciosos, ¿acompaña
Vuestra memoria, por mi bien, á Olimpia?
Y en tanto que en ligero y raudo curso
El campo corre, los collados pasa,
Cruza los ríos y de mí se aleja,
¿Vuestra memoria y la memoria mía
Llenan su corazón, su pecho ocupan,
Y atrás le hacen volver los ojos bellos,
Turbios de llanto, y anhelar que un poco
Se retarde la rápida carrera?

Y ¿lo debo dudar?..... ¡Ay! Aun sonando
En mi abatida mente está el gemido
Que al viento dió mi Olimpia al despedirse

De mis amantes brazos..... Blanca luna,
Tú nos viste, tú sola compasiva,
En trance tan crüel y en lloro amargo,
En un mar de dolor ¡ay! sumergidos.
Tú escuchaste su amor y sus palabras,
Y tú sus ardorosos juramentos;
Y su divino labio nunca supo
Engañar ni fingir. Sí, tú nos viste
Separarnos, ¡oh Dios!..... Á pocas horas,
El destino feroz embravecido
Me arrebató á mi Olimpia, y en pos de ella
Todo mi bien y la ventura mía.
Y en mi confuso y abismado seno
Vertió el negro raudal de la amargura.

Riberas del humilde Manzanares,
Do la primera vez la viva lumbre
De sus ojos gocé: si visteis gratas
Nacer esta pasión pura y eterna
En que me abraso mísero; si afables
Visteis mi ardiente amor recompensado,
Y á mí felice de mi hermoso dueño
Al lado encantador, de lindas flores
La frente orlada, y de festivo gozo
Y de dulces placeres rodeado;
Vedme ahora solo, y demudado y yerto
Cual solitaria tórtola vïuda,
Que en lo repuesto de la obscura selva
Llora su bien perdido, y mustia y sola
En la alta rama donde fué su dicha,

Su arrullo esparce y su gemido al viento,
Al débil rayo de menguante luna:
Ved trocados los plácidos cantares,
Con que un tiempo solaz os dí, en clamores,
Llorando ausente de mi Olimpia amada;
É invocar, congojoso y despechado,
El agudo cuchillo de la muerte.

Mas ¿qué pronuncio?..... ¡Olimpia!..... ¿Dó me [arrastra
Mi afanoso penar? ¿Por qué pretendo
Acortar de mi vida la carrera,
De una vida que tengo consagrada
Sólo á tu eterno amor, ¡ah! de una vida
Tuya, sí, toda tuya?..... ¿Qué es la ausencia
Cuando se ama cual yo? ¿Qué es la distancia
Cuando del dulce bien que el alma adora
Vive en el corazón la hermosa imagen,
Y á esperanzas dulcísimas se entrega
El constante amador? La áspera frente
Alza en medio del mar el firme escollo:
Giran en derredor de su agria cima
Las borrascosas apiñadas nubes
Con horrísonos truenos retumbando,
Y sobre él lanzan las copiosas lluvias
Y el rayo abrasador: á combatirlo
Viene bramando el huracán sañudo,
Mientras hinchadas las rugientes olas
Embisten sus hondísimos cimientos:
Y él, inmutable y fuerte, no vacila,
Y permanece firme, levantando

Hasta los cielos la desnuda cumbre;
Y un siglo y otro siglo lo contempla
Triunfador de las furias de Oceano,
Y de las sonorosas tempestades.
Tal mi pasión será; tal la firmeza
De mi constante enamorado pecho,
Formado sólo para amar á Olimpia.
En vano el tiempo, en vano la distancia,
En vano los rigores de fortuna
Mi amor combatirán: arderá eterno,
Triunfando de la ausencia y del olvido.
Sí, separado de mi Olimpia amada,
Invariable la amaré. Si al verme
Lejos de su beldad lloro, mi llanto
Me será de placer y de consuelo.
Suspiraré, y el viento vagaroso
Le llevará en sus alas mis suspiros.
Y por magia de amor, por misteriosa
Oculta simpatía, á un mismo tiempo
Tal vez nuestros amantes corazones
Palpitarán: un pensamiento mismo
Llenará nuestras mentes: un anhelo
Arderá en nuestras almas, y los nudos
Con que amor nos unió, ni el cielo santo
Con todo su poder podrá romperlos.
Así, entre ardientes ilusiones gratas
Y entre recuerdos, pasarán las horas
De esta separación; y en pos el día,
El día ansiado brillará, en que afable
El destino á mi Olimpia me devuelva.

En sus ardientes deliciosos brazos
Lograré el premio á la constancia mía:
Tornaré á ser feliz..... ¡Dulce esperanza!
¡Esperanza que inunda el pecho mío
De encanto celestial!..... serás cumplida;
Mi Olimpia lo juró. Girad, ¡oh cielos!
Girad apresurados, y traedme
Tan grato porvenir. Y tú entretanto
Quédate á Dios, ¡oh cítara! que ufana
Cantaste mis dulcísimos amores,
Dando solaz á selvas y jardines
Y agradando feliz al bien que adoro.
Quédate á Dios pendiente de este lauro,
Que no oso ausente requerir tus cuerdas.
Quédate á Dios, y si amoroso viento
Te hiere, el nombre de mi Olimpia amada
Blandamente repite. Y nadie osado
Con mano impura á profanarte llegue;
Que cuando vengan los risueños días
En que torne mi bien á esta ribera,
Otra vez grata me darás tus sones,
Para cantar, felice y envidiable,
Su constancia, y su amor, y mi ventura.

1820.





## Á LA ADELFA.

---

¿Qué flor de cuantas pinta
La primavera hermosa,
Y en sus jardines placentera ofrece,
Competir puede con la amable tinta
Que en tu sencillo cerco resplandece,
Adelfa congojosa,
Pompa y adorno del ardiente estío?

Ostente en vano la risueña rosa
El juvenil matiz, cuando el rocío
Plácido borda su lozana frente;
El fragante clavel ostente en vano,
Orgulloso y ufano,
La viva llama que su tez colora;
Tu dulce y melancólica ternura
Más vale que la espléndida hermosura
Que á la rosa y clavel concede Flora.

Pues si al brillar en plácida alegría
Inspiran sus colores

Encanto delicioso,
Tú, ¡oh reina de las flores
Que adornan el verano!
Honda melancolía,
Germen del sentimiento y la poesía,
Das al que te contempla cuidadoso.
Rosa y clavel con presuroso vuelo
Nacen apenas cuando ven su muerte,
Y larga vida á ti te dió la suerte,
Por emblema tal vez del desconsuelo.

A ti te es dado hacia el sublime cielo
Alzar la noble frente coronada,
Del álamo pomposo
Émula, que en la orilla fortunada
Del gran Guadalquivir crece; tus hojas
Imitan las del lauro generoso,
Y á los rayos del sol no te acongojas,
Como le aviene al vulgo de las flores;
Antes, cuando su llama
Por los tostados campos se derrama,
Naces, y ostentas puros tus colores.

Si niegas á las auras suave aliento,
Ni bañas con aroma delicioso
Su espacio vagaroso,
Eres gloria perpetua y ornamento
Del suelo afortunado que engalanas;
Y ni á las nieves canas
Del invierno rugoso y aterido,

Ni del cierzo al bramido,
El verdor de tus ramas se marchita,
Ni tu tronco despojas
De lisos tallos y de verdes hojas.

¡Oh, bella flor, amable, delicada,
Que suspendes mi mente y la enajenas
Cuando, vagando incierto,
Con alma atormentada
De infatigables penas,
Te encuentro solitaria en el desierto!
¡Oh linda flor, que encantas
Mi ardiente fantasía,
Cuando me llevan débiles mis plantas,
Ya al despuntar, ya al transponer del día,
En busca de consuelo á los jardines!
..... ¡Ay!..... Al mirar ansioso
Las breves alas de tu cerco hermoso,
Que amor, no amor risueño y fortunado,
Sino amor desdichado,
Tiñe en lánguida púrpura apacible,
¡Cuál palpita mi seno,
De amargura, de afán, de penas lleno!

Córdoba, 1820.





## SONETO.

### ANTES DE PARTIR.

Ojos divinos, cuya lumbre pura
Mi pecho inflama, ilustra y esclarece;
Semblante celestial, donde florece
La beldad, la inocencia y la dulzura;

Soberano conjunto y compostura,
Que más que humano angélico parece;
Lozana juventud, que resplandece,
Y orna con gracias mil tanta hermosura:

¡Ay! si en la proscripción y acerbo llanto
Que á mi infelice vida le prepara
La adversa suerte embravecida tanto,

De vuestra lumbre celestial gozara,
De vuestro hechizo y delicioso encanto,
¡Cómo de la fortuna me burlara!

Gibraltar, 1823.





## SUPER FLUMINA (1).

Por las desiertas olas,
En extraño bajel, tristes, huyendo
De las ingratas playas españolas
Y del hado tremendo,
Íbamos, desdichados,
En lágrimas y en penas anegados.

El sol en Occidente
Su vividora lumbre sumergía;
Blando soplaba el amoroso ambiente;
Apacible dormía
La mar serena y pura;
No así, ¡oh Dios! nuestros pechos sin ventura.

---

(1) Yendo emigrado á Inglaterra, en Mayo de 1824, en el paquete inglés *Francis Freeling*, D. Ángel de Saavedra con el diputado D. Manuel Marán, el Conde de Almodóvar, un caballero valenciano llamado Miralles y otros españoles, una tarde de viento bonancible y mar tranquilo, tarareaba sobre cubierta, con muy buena voz, el dicho Marán. Y los oficiales de á bordo, sacando una guitarra, le pidieron que cantase patrióticas y que le hicieran coro sus compañeros. Saavedra se afectó tanto,

Cuando los marineros,
De los amargos ayes y gemidos
Que dábamos al aire lastimeros,
Tal vez compadecidos,
Consolarnos querían,
Y extranjeras palabras nos decían.

Y luego un laúd sonoro
Con amorosa muestra nos trajeron,
Y que formando concertado coro
Cantáramos, pidieron,
Tus himnos, ¡patria mía!
*Dulces y alegres cuando Dios quería.*

Pero del pecho entonces,
Llenos de angustia, el duelo renovamos,
Y tal dolor, que á quebrantar los bronces
Bastara, demostramos,
Y ayes profundos dimos,
Y entre amargos sollozos respondimos:

---

que bajó á su camarote, y hallando analogía con la situación que produjo el bellísimo salmo *Super flumina Babylonis*, lo parafraseó en los presentes versos, escritos con lápiz, y que después se perdieron, olvidándolos completamente su autor, hasta que un día, ya en sus últimos años, hablando con D, Antonio Alcalá Galiano de aquellos sucesos, se encontró con que su amigo había guardado en su prodigiosa memoria la mayor parte de tan sentida composición. Faltan algunas estrofas y la final, que no pudo recordar.

«¿Cómo queréis que acierte
Ninguno de nosotros con el canto,
Si nos condena la enemiga suerte
A sempiterno llanto?
Y cuando no tenemos
Patria, ¿sus himnos entonar podremos?.....»

¡Oh España! ¡Oh patria mía!
Si cuando yaces de tiranos presa,
Puedo entonar tus cantos sólo un día,
Y en él mi llanto cesa,
Jamás logre el consuelo
De volver á pisar tu amado suelo.

Y si en región extraña
Profanara mi labio las canciones
Con que tu libertad, mísera España,
Del Sur á los triones
Celebré en mejor hado,
Tronador me fulmine el cielo airado.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .





## EL DESTERRADO.

¡Ay! Que surcando el mar en nave ajena
Huyo infelice de la patria mía,
Tal vez, ¡oh cruda inexorable suerte!
Para nunca volver..... Áspero suena
El recio vendaval, y espira el día.

Y qué, ¿á la nueva luz ya no he de verte,
Hermosa Hesperia? No: sañudo el viento
Me arrebata violento,
Y me aleja de ti. Ya no tus playas
Consolarán mis ojos, que anhelantes
Se perderán por las inmensas ondas.....
Aquellas son las altas atalayas
De los Tartesios montes. No te escondas,
¡Oh sol! detén, detén tu carro de oro,
Detenlo por piedad, y no tu lumbre
Tan presto robes á la adusta cumbre
De las montañas del tostado moro.

Allí Cádiz, allí..... Salve, alta cuna
De libertad, esclarecida roca
Do se estrelló la bélica fortuna
Del gran Napoleón: templo algún día
De Pluto y de Citeres,
Emporio de riquezas y placeres,
Pompa y escudo de la patria mía,
Salve mil veces. Pero ¡cuán mudado
Lo mira el mar que lo adoró postrado,
Y cuán mudado yo!..... Solo, desierto
Descubro el ancho puerto,
El fortísimo muro derruído,
Y al vago viento, ¡oh mengua! desparcido
Pabellón extranjero en sus almenas,
De silencio y pobreza y luto llenas.
¡Siglo de execración! Mas ¿son aquellos
Apacibles collados
Los campos encantados,
Que de eterno verdor Flora entapiza,
Y por do Betis claro se desliza?.....
Mis ojos no me engañan: sí, son ellos:
Guadalquivir aquél. Yo te saludo,
Y yo te adoro, ¡oh rey de Andalucía!
Tu vista templa mi destino crudo,
Tu vista embarga ¡ay Dios! el alma mía.

La excelsa, poderosa y regia frente
Ciñes de oliva y lauro: tu corriente
De Turdetania espacias en las vegas;
Doquier jardines deliciosos riegas.

Por lo mejor del mundo se dilata
Tu copioso raudal, y siempre el cielo
En tus cristales puros se retrata,
Que nunca enturbia ni entorpece el hielo.

¡Oh cuán ufano á la ancha mar te arrojas,
Tú, que apacible mojas
Y reverberas en remansos puros
Los de Córdoba insigne antiguos muros!
En ellos vi del sol la luz primera;
En ellos apacible la fortuna
De oro y marfil me adormeció en la cuna.
¡Quién tan mudable entonces la creyera!
Allí, inocente niño, en tus orillas
Me viste recoger piedras pintadas,
Caracoles y hermosas florecillas:
Después, joven lozano, las pisadas
De ferviente bridón grabé en tu arena,
Recorriendo tus selvas encantadas.
Mayor después, mi cítara escuchastes
Cantando hazañas ó llorando amores,
Y tal vez de mi acento te prendastes,
Y ceñiste mi sien de yedra y flores.

¡Ay, en tu margen bella,
Riqueza, amor, aplausos á porfía
Gocé, cuando mi estrella
Su adverso influjo pérfida escondía!
Claro Guadalquivir: tú, que me viste
Anegado en placeres, ahora (advierte

Lo instable de la suerte)
Mírame pobre, desgraciado, triste,
Errante, peregrino,
Surcar el ponto huyendo sin destino.

Tal vez en tu ribera
Aun habrá quien lamente mi infortunio,
Compadeciendo mi desgracia fiera,
Y acaso entre tus ondas
Puede que algunas lágrimas escondas,
Que habrá la amistad santa derramado,
Al pronunciar mi nombre desdichado.

No más, no más: mi corazón mezquino
Se desgarra en mil ásperos tormentos
Y sucumbe al dolor. Amargo llanto
Turba mis ojos..... Pero ¿ya qué importa,
Si nada pueden ver? Indiferente
El sol á mi anhelar y humilde ruego,
Apagó ya su rutilante fuego
En los remotos mares de Occidente.....
Mas ¡ay! aun con placer siente mi oído
El estruendo lejano de las olas,
Que se estrellan con hórrido bramido
En las amadas costas españolas.

¡Oh patria! ¡Ingrata patria!..... tú me arrojas
Con furor espantoso de tu seno,
Premiando así mi amor. Yo con mi sangre
Teñí las mieses de tus campos rojas,

Y salpiqué con ella tu terreno,
Tu independencia y gloria sustentando.
Yo combatí constante contra el bando
Del fanatismo bárbaro y sañudo;
Y mi labio, aunque humilde, tal vez pudo,
Tu libertad preciosa defendiendo,
Hacer temblar al despotismo horrendo.
Plegue al destino que risueño un día
Torne á brillar en que tu oprobio veas,
Y libre y grande y venturosa seas;
Mientras yo errante tu ignominia lloro,
Y huyendo ¡ay Dios! de ti, tu nombre adoro.

Para siempre tal vez, para siempre
Hoy te pierdo, ¡oh mi patria querida!
Y á arrastrar voy la mísera vida
En destierro espantoso y crüel.
Por piedad, por piedad, raudo viento,
De tu soplo modera la saña,
Que me aleja feroz de mi España,
Impeliendo el velero bajel.

Calma, pues, por lo menos piadoso
Mientras tienda la noche su velo,
Hasta que ardan las nubes del cielo
Con los rayos del próximo sol.
Pueda entonces tornar anheloso,
Aunque sea en confuso horizonte,
A mirar de mi patria algún monte,
Aun á ver el terreno español.

Mas no: redobla tu furor violento,
Y de esas playas de terror y espanto
Aléjame piadoso, raudo viento.
No las torne yo á ver. Ni sobre ellas
Vuelva á lucir Titán. Lóbrego manto
De noche atroz envuelva eternamente
Ese suelo de horror, y no lo alumbre
Más que la opaca lumbre
De rayos y de pálidas centellas,
Que aborte negra tempestad rugiente.
No es ya mi patria, no..... ¡Patria!..... No existe
Donde sólo hay opresos y opresores.

¡España!..... España fué..... ¡recuerdo triste
Fué, cuando independiente
Tantos siglos brilló, y usos y leyes
Ó más ó menos sabias la rigieron;
Y á su temida frente
Coronas de laurel siempre añadieron
Sus fuertes hijos y sus nobles reyes.
Mas ya, ¡oh baldón! cuanta virtud y gloria
Albergaba en su seno
Huyó, despareció; queda el terreno
De tiranos poblado y de invasores,
Y de esclavos indignos de memoria
Que el yugo vil merecen,
Y el rigor y la afrenta que padecen.

¿Quedan aún buenos?..... Vedlos fugitivos
Por yermos y por ásperas montañas,

No hallar ni en las cabañas
Asilo, humanidad. Vedlos gimiendo
En bárbaras cadenas,
Ó entre espantosas penas
En infame patíbulo muriendo,
Sin que nadie reclame la venganza.
¡Oh vil degradación!..... No hay esperanza,
Reparación no hay ya. No: el despotismo
Su huella destructora ufano imprime
Desde Calpe hasta el agrio Pirineo;
Hunde el nombre español en el abismo;
Y es de los fieros déspotas recreo
Ver cuál la humanidad desmaya y gime.

Vivan, gócense pues: su trono asienten
En medio de los hombres degradados,
Que viles los aplauden y consienten,
Y su furor redoblen los malvados.
Redóblenlo, y los Galos invasores
Hagan de los traidores,
Que sus falanges pérfidas llamaron,
Infames siervos.....
Multiplíquense horrores y delitos
En ese suelo de terror y espanto,
Y del cielo malditos
Sus habitantes todos,
Infamia eterna, degradado llanto,
Pobreza vil y deshonrosa muerte,
Su eterna sea, su inmutable suerte.

El Austro abrasador sople ardoroso
Yermando las campiñas y llanuras,
Y sus cosechas destruyendo opimas,
Del hambre y de la peste asoladoras
Seguido por doquier. Brame furioso
El huracán en las enhiestas cimas,
Y arrastre antiguas selvas y espesuras,
Y hasta los brutos que en sus senos pacen.
Y el Betis, y el Ibero, y cuantos nacen
De claras fuentes y la España riegan,
Y su suelo infelice fecundizan
Y de flores lo visten y matizan,
Ríos y arroyos bienhechores, sean
En sangre convertidos. Sus raudales
Olas de sangre al mar lleven bramando,
Las márgenes tornando
Desiertos y espantosos arenales.

Tiemble la tierra horrísona gimiendo,
Y ciudades enteras en sí hunda.
Entre lóbregas nubes se confunda
La luz del sol, y en su lugar ardiendo
Cometas espantables,
La atmósfera turbando,
Estén iras celestes presagiando.
De los heroes los restos venerables
En las antiguas tumbas se estremezcan,
Y las losas hendiendo,
Colosales espectros aparezcan,
Y vuelen, maldiciendo

Á sus infames nietos,
Á otra mansión donde el honor impere,
Y do yazcan los sacros esqueletos
Sin que ignominia su reposo altere.

Y las de aquellos que virtud y gloria
Y amor de patria ilustres albergaron,
Y libertad gritaron,
Y por ella animosos combatieron,
Hasta que abandonados y vendidos,
Mártires de la patria perecieron,
De un populacho necio escarnecidos,
Y el furor de los déspotas cebando,
Sombras insignes, en la noche obscura
Crucen los campos. Y hórridos gemidos
Por las ciegas tinieblas derramando,
Clamen *sangre y venganza* en largos ecos;
Y los cóncavos huecos
*Sangre y venganza* horrendos resonando,
Esa mansión de esclavos amedrenten,
Y á sus tiranos turben y atormenten.

Y sople la discordia. Sus furores
Enciéndanse doquier. Guerra de muerte,
Sin fruto entre oprimidos y opresores,
Y déspotas y esclavos, arda impía,
Y nazcan nuevos crímenes y horrores,
Y delitos sin fin de día en día.
Hasta que horrorizada
Sus leyes interrompa

Naturaleza, se estremezca y rompa
La basa de diamante,
Do estriba de Pirene la gran sierra,
Que del golfo Tirreno al mar de Atlante
Los brazos tiende; y cual en tiempo antiguo
La Atlántida infeliz, húndase España
En los senos del mar con cuanto encierra,
Quedando sólo escollos y bajíos,
Do estrelle el ronco mar su hirviente saña,
Y de que huyan medrosos los navíos.

Tiranos, invasores
Y pueblos degradados
No existan: sepultados
Se miren en la mar.

Y en ella se confunda
El mísero terreno
De iniquidades lleno,
De reptiles vivar.

---

¡Ah, qué afán delicioso alzarse siento,
Que todo el corazón enseñorea,
Y calmando un momento
Mi espantoso martirio,
Me arranca del delirio
En que pudo arrojarme mi tormento!
¿Adónde los fantasmas voladores
Que mi frente ardentísima cercaban?.....

Huyen, desaparecen, se deshacen,
Y en pos llevan mis bárbaros furores,
Y objetos nuevos á mis ojos nacen.
¡Madre!..... ¡Adorada madre!..... ¡Dulce nombre
Que el alma me arrebata y enajena,
Y de delicias mis sentidos llena!
¡Ay! Vives, y me amas,
Y por mí, triste, en angustiada pena
Lágrimas de dolor sin fin derramas.
Hermanos ¡ay! hermanos, que yo adoro
Con todo el corazón, y á quien mi suerte
Condena atroz á interminable lloro:
Y tú, tierna beldad, que has encendido
La llama en que he de arder hasta la muerte,
Angélica divina, más hermosa
Que nace predilecta de Cupido
En el desierto purpurina rosa:
Y vosotros también, fieles amigos,
Dulcedumbre y consuelo de mi vida,
Objetos todos de mi amor ardiente.....
¿En dónde, en dónde estáis?..... Pero ¿qué es-
Por la ferrada prora dividida, [cucho?
Alguna onda rugiente
¿Pudo tal vez al estrellarse..... ¿Acaso
El ronco viento entre la parda lona
Y los mástiles..... pudo..... ¡Oh gran portento!
No es el silbar del viento,
No es el hervir del mar. Es el acento
De los objetos que mi amor implora.....
No es ilusión: son ellos; corresponden

Á mi anheloso afán, y me responden:
«¡Infeliz! Aquí estamos, en España,
En este suelo do la luz primera
Te fué dado gozar, y ardiendo en saña
Ahora maldices con audacia fiera.
Aquí estamos, aquí, y en las mansiones
Que te vieron nacer, y en los verjeles
Donde tus dichas fueron;
Y en ellas de consuno lamentamos,
Y con nosotros mil y mil varones
Que del honor la senda no perdieron,
La suerte desdichada
Que los hados crüeles
Á ti y á otros mejores previnieron.
Y fervorosos votos levantamos
Por tí y por esta patria infortunada,
No delincuente, no: sí malhadada.

Aquí en España estamos,
Do suena el dulce hablar que tú mamaste,
Do las nobles costumbres que heredaste
De tus mayores viven,
Y nuestro culto sin cesar reciben.
En esta patria, en fin, que desconoces,
Y para quien pidieron con extrema
Rabia tus labios, bárbaros y atroces,
Al cielo vengador el anatema.»

No más..... ¡Ah! Por piedad, no más..... ¡O
Que fuerais mi tesoro y mi alegría, [acento

Y en hórridos tormentos
Ahora despedazáis el alma mía!!!
Basta, basta. ¡Qué horror!..... ¿Mi labio pudo.....
..... ¿Por qué furia infernal emponzoñado.....
.... Y ¿no se abre la mar, la nave se hunde,
Y á mí, monstruo infeliz, traga y confunde?
¡Patria!..... ¡Patria! perdón. ¡Patria!..... ¡Adorado
Nombre!..... Y ¿pude un momento yo insensible
Ser á tu encanto celestial?..... Mi pena
¡Á qué hondo precipicio y sima horrible
Me llegó á conducir!..... ¡Desventurado!
¡Patria! ¡España infeliz! ¡Amada España!
La sencillez de tus incautos hijos,
No su degradación, causó tus males;
Y pérfidos traidores
Y tiranos y aleves extranjeros,
Uniendo contra ti su astucia y saña,
Tu libertad naciente te robaron,
Y tu nombre y tu gloria mancillaron.

Mas tiemblen; que sus triunfos pasajeros
Serán; aun no te faltan vengadores.
Y ¡ay de los cazadores
Cuando el león que ataron con injuria
Ruja, y ardiendo en poderosa furia,
Rompa los gruesos nudos opresores
Que sus miembros fortísimos ligaran,
Porque hundido en la fiebre lo encontraran!

Sí, patria, el numen que á mi labio ardiente

Da su grandeza y poderoso aliento,
Por la etérea región lleva mi mente;
Á mis ojos, patente
Pone tu suelo todo. No traidores
Y cobardes lo pueblan solamente,
No. Millares de buenos y esforzados
En él descubro, cuyos brazos fuertes,
Aunque á duras cadenas amarrados,
Aguzan el puñal de la venganza;
Y en honra ardiendo y fulminando muertes,
Los hierros de ignominia quebrantando,
Te limpiarán de inicuos extranjeros,
Te librarán de tus tiranos fieros,
A tus hijos espurios castigando,
Y tu nombre y tus glorias restaurando.

Será: que en el sagrado firmamento
Lo tiene escrito el dedo omnipotente,
De luz con caracteres inmutables.
¡Decreto celestial, que el alma mía
Embarga de placer y de esperanza!.....
¡Ah! De tu cumplimiento,
¿Cuándo en oriente brillará el gran día?
Ley sempiterna que los orbes mueve,
Haz que en espacio breve
Las esferas girando
Traigan su ansiada luz. ¡Ah! Llegue cuando
Del ardor juvenil, que espira, aun llenas
Latan con fuerza y robustez mis venas;
Y aun conserven mis brazos poderío

Para, esgrimiendo la fulmínea espada,
El yugo de mi patria idolatrada
Ayudar á romper con noble brío.
Puedan en sangre infame de extranjeros
Y en el castigo atroz de los tiranos
Empaparse mis manos,
Y mis ojos saciarse los primeros.

¡Cuán gozoso otra vez, oh patria mía,
Por ti mi sangre verteré, gritando:
*Libertad y venganza*, y proclamando
Tus nuevas glorias! Y el hermoso día
Que (cual en otro tiempo yo te viera
En San Marcial de lauro coronada)
Te admire Vidasoa en su ribera,
Volaré del riscoso Pirineo
A la cumbre de eterna nieve orlada,
Y con la sacra lira de Tirteo
Tu triunfo cantaré, sobrepujando
La voz del huracán, á las naciones
Libertad anunciando,
Al tremendo rugir de tus leones.

Mas si la injusta, embravecida suerte
Ó leyes inmutables del arcano
Alejan ¡ay! el suspirado día
De la reparación, ¡ah! venga al menos,
Antes que airada la sañuda muerte
De su guadaña con potente mano
Descargue el golpe en la garganta mía.

De lágrimas de amor mis ojos llenos,
¡Oh dulce España! tus campiñas vean;
Aun cuando blancos los que ahora ondean
Rizos obscuros por mi cuello y frente,
De la parca inclemente
Miren alzada la cuchilla aguda,
Y abierto el lecho de la tumba muda.

Pise otra vez tu suelo, patria amada,
Libre, rico, feliz, independiente,
Y aunque para mí yermo, sin amores,
Deudos ni amigos, sus sepulcros pueda
Visitar y regar con llanto y flores.
Y en la natal ribera
(Tal vez ¡oh Dios! entonces, cuán mudada
A impulso de los años voladores)
Por do Guadalquivir manso camina,
A la luz silenciosa de Lucina,
Que resbala por plácidos alcores
Y en la riza corriente reverbera,
Logre yo al aura dar la vez postrera
Mis últimas canciones
Al son del arpa de marfil; oyendo
Á mi labio cantar, patria, tu gloria
Los hombres que aun no son. Y maldiciendo
Con ellos la execrable atroz memoria
De tus hijos indignos y traidores,
Que ya no existirán, de los tiranos
Que ahora te ligan las robustas manos,
Y de los extranjeros invasores,

Romperé el arpa y moriré dichoso,
Bajando á hallar el eternal reposo
Al lado de mis inclitos mayores.

Bella Hesperia, patria mia,
Embriagado en la esperanza
De que has de tener venganza,
Mis pesares templaré.
Llegue el suspirado día,
Mírete yo venturosa,
Libre, triunfante, gloriosa,
Y contento moriré.

Á bordo del paquete inglés *Francis Freeling*, en Mayo de 1824, al salir de la bahía de Gibraltar con rumbo al Oeste, al ponerse el sol.





## Á LAS ESTRELLAS.

¡Oh, refulgentes astros! cuya lumbre
El manto obscuro de la noche esmalta,
Y que en los altos cercos silenciosos
Giráis mudos y eternos:

Y ¡oh tú, lánguida luna! que argentada
Las tinieblas presides, y los mares
Mueves á tu placer, y ahora apacible
Señoreas el cielo:

¡Ay, cuántas veces, ay! para mí gratas,
Vuestro esplendor sagrado ha embellecido
Dulces, felices horas de mi vida
Que á no tornar volaron.

¡Cuántas veces los pálidos reflejos
De vuestros claros rostros derramados,
Húmedos resbalar por las colinas
Vi apacibles del Betis;

Despejando un no visto firmamento,
Y el sol un monte azul descubre y dora.
Es América..... *Sí, logré mi intento*,
Grita el piloto audaz, y en voz sonora
Exclaman cielo y tierra y mar profundo:
¡VIVA COLÓN, descubridor de un mundo!

Londres, 1824.





## EL SUEÑO DEL PROSCRIPTO.

¡Oh sueño delicioso,
Que hace un momento tan feliz me hacías!
¿Huyes y me abandonas inclemente,
Y en el mar borrascoso
Tornas á hundirme de las ansias mías?.....
¡Ay!..... Los fugaces cuadros que mi mente
Ha un instante en tus brazos contemplaba,
Los juzgué realidad, y mis pesares
Y mi destino bárbaro olvidaba:
Y ¿todo fué ilusión?..... Vuelve halagüeño,
Vuelve, ¡oh consolador, oh dulce sueño!

Por tu mágico influjo llevado,
Yo me he visto en mi patria adorada,
No de sangre y de llanto inundada,
No cubierta de luto y de horror;

Sino libre, triunfante, felice,
Como un tiempo que huyó presuroso,
Cual celaje risueño y hermoso,
Al soplar huracán bramador.

Encantadas riberas de Betis,
Sacros bosques de adelfas y rosas,
Apacibles colinas graciosas,
Ha un momento que en vos me encontré;

Y tranquila ilustrando ese cielo
De zafiro á la luna fulgente,
Rielar en la riza corriente,
Resbalando por flores miré.

¡Oh consuelo de todas mis penas!
Á mi lado mi Angélica estaba,
Que con voz celestial entonaba
Dulces himnos de gloria y de amor.

Y yo ufano pulsaba la lira,
Á su voz y á su encanto obediente,
Y al oirnos el plácido ambiente
No agitaba ni rama ni flor.

¡Cuántas sombras de amantes dichosos,
Que otro tiempo aquel suelo habitaron,
Juzgué ver que á los dos nos cercaron
Escuchando la dulce canción!

¡Ah! Mis penas horribles cesaban,
Y en mi vida feliz y contento
Fuí jamás, como el corto momento
De tan grata fugaz ilusión.

Pero ¡ay desventurado!
Era sueño engañoso,
Que voló presuroso,
Y hora es mayor mi mal.

Son ilusión mis dichas,
Son realidad mi penas:
Así feroz lo ordenas,
¡Oh destino fatal!

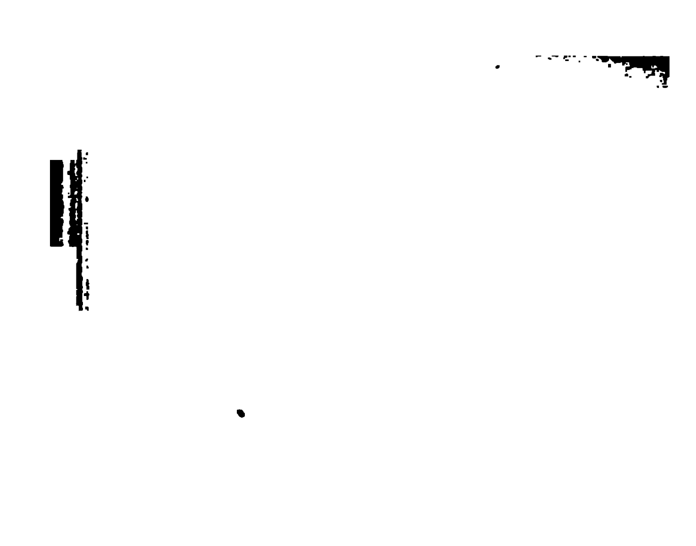
Despierto súbito,
Y me hallo prófugo
Del suelo hispánico,
Donde nací;

Donde mi Angélica,
De amargas lágrimas
Su rostro pálido
Baña por mí.

Y en vez del bálsamo
Del aura plácida
Del cielo bético
Que tanto amé,

Las nieblas hórridas
Del frío Támesis
Con pecho mísero
Respiraré.

Londres, 1824.







## LA MALEDICENCIA.

Ya perfume del ambiente,
Ó ya del jardín estrella,
Lozana rosa descuella
Cuando el sol dora el oriente.
Mas ¡ay! ponzoñoso diente
De insecto alevoso y vil
Muerde su tallo gentil,
Su luz virginal marchita,
Y del trono precipita
Á la reina del pensil.

En su seno de cristal,
Puro y sin mancha ninguna,
Ostenta limpia laguna
Otro sol, al sol igual;
Cuando asqueroso animal,
Que anfibio entre juncos yace,
En destrozar se complace
De los cielos el trasunto:
Lánzase al agua y al punto
Todo el encanto deshace.

La luna resplandeciente,
Rico celestial topacio,
Vence en el inmenso espacio
Á la estrella más luciente;
Y cuando al orbe un torrente
Da de hermosa claridad,
Mueve el viento sin piedad
Un oscuro nubarrón,
Que mancha tal perfección,
Que ofusca tal majestad.

Lozana y fragante rosa,
Tranquila y clara laguna,
Bella y esplendente luna
Es la opinión de la hermosa.
Y la lengua mentirosa
Que deslustra esta opinión
Hiriéndola sin razón,
Es el insecto alevoso,
Es el anfibio asqueroso,
Es el negro nubarrón.

1825.





## ENVIANDO UN RAMO DE FLORES

### Á UNA DAMA ENFERMA.

---

Den á tus ojos contento
Con sus risueños colores
Esas olorosas flores,
Y den bálsamo á tu aliento.
Ornato de tu aposento,
Brillen con solicitud:
Y ¡ojalá! que tal virtud
El cielo les concediera,
Que su presencia te diera,
Bella ingrata, la salud.

1825.









## EL FARO DE MALTA.

Envuelve al mundo extenso triste noche,
Ronco huracán y borrascosas nubes
Confunden y tinieblas impalpables
El cielo, el mar, la tierra:

Y tú invisible te alzas, en tu frente
Ostentando de fuego una corona,
Cual rey del caos, que refleja y arde
Con luz de paz y vida.

En vano ronco el mar alza sus montes
Y revienta á tus pies, do rebramante
Creciendo en blanca espuma, esconde y borra
El abrigo del puerto:

Tú, con lengua de fuego, *aquí está*, dices,
Sin voz hablando al tímido piloto,
Que como á numen bienhechor te adora,
Y en ti los ojos clava.

Tiende apacible noche el manto rico,
Que céfiro amoroso desenrolla,

Recamado de estrellas y luceros,
Por él rueda la luna;

Y entonces tú, de niebla vaporosa
Vestido, dejas ver en formas vagas
Tu cuerpo colosal, y tu diadema
Arde al par de los astros.

Duerme tranquilo el mar, pérfido esconde
Rocas aleves, áridos escollos
Falso señuelo son, lejanas lumbres
Engañan á las naves.

Mas tú, cuyo esplendor todo lo ofusca;
Tú, cuya inmoble posición indica
El trono de un monarca, eres su norte,
Les adviertes su engaño.

Así de la razón arde la antorcha,
En medio del furor de las pasiones
Ó de aleves halagos de fortuna,
Á los ojos del alma.

Desque refugio de la airada suerte
En esta escasa tierra que presides,
Y grato albergue el cielo bondadoso
Me concedió propicio;

Ni una vez sólo á mis pesares busco
Dulce olvido del sueño entre los brazos,

Sin saludarte, y sin tornar los ojos
Á tu espléndida frente.

¡Cuántos, ay, desde el seno de los mares
Al par los tornarán!..... tras larga ausencia
Unos, que vuelven á su patria amada,
Á sus hijos y esposa;

Otros, prófugos, pobres, perseguidos,
Que asilo buscan, cual busqué, lejano,
Y á quienes que lo hallaron, tu luz dice,
Hospitalaria estrella.

Arde, y sirve de norte á los bajeles,
Que de mi patria, aunque de tarde en tarde,
Me traen nuevas amargas, y renglones
Con lágrimas escritos.

Cuando la vez primera deslumbraste
Mis afligidos ojos, ¡cuál mi pecho,
Destrozado y hundido en amargura,
Palpitó venturoso!

Del Lacio moribundo las riberas
Huyendo inhospitables, contrastado
Del viento y mar entre ásperos bajíos,
Vi tu lumbre divina:

Viéronla como yo los marineros,
Y olvidando los votos y plegarias

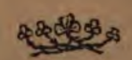
Que en las sordas tinieblas se perdían,
¡*Malta!!!* ¡*Malta!!!* gritaron;

Y fuiste á nuestros ojos la aureola
Que orna la frente de la santa imagen,
En quien busca afanoso peregrino
La salud y el consuelo.

Jamás te olvidaré, jamás..... Tan sólo
Trocara tu esplendor, sin olvidarlo,
Rey de la noche, y de tu excelsa lumbre
La benéfica llama,

Por la llama y los fúlgidos destellos
Que lanza, reflejando al sol naciente,
El Arcángel dorado que corona
De Córdoba la torre.

Malta, 1828.





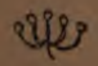
## Á MI ESPOSA,

AL OFRECERLE, EN SUS DÍAS,
UN ALCARTAZ DE DULCES, UN RAMILLETE DE FLORES
Y UNA HEBILLA DE ORO.

---

Flores, azúcares, oro
Te presento como emblemas
De calidades supremas
Que en tí, amada esposa, adoro.
El oro pinta el tesoro
De tu virtud y alma pura;
Los confites, la dulzura
De tu amable condición;
Y las frescas flores son
Símbolo de tu hermosura.

Malta, 1829.







A LOS EXCELENTÍSIMOS SEÑORES

MARQUESES DE SANTA CRUZ,

en la boda de su hija tercera

DOÑA FERNANDA DE SILVA Y GIRÓN.

---

No sonará mi acento
En el nupcial festín. ¡Ay!..... No me es dado
Del insigne Mirisco (1) al dulce lado
Su cítara pulsar encantadora,
Y enriquecer el viento
Con altos versos y con voz sonora.

¡Oh! Si el poder del numen que me inspira,
Y de amistad el fuego sacrosanto
Que arde en mi pecho, á mi olvidada lira
Dieran tal vuelo y á mi rudo canto,
Que sus ecos llegaran
Á la orilla del regio Manzanares.....

---

(1) El Excmo. Sr. Duque de Frías, *Mirisco* entre los Árcades de Roma, que escribió al mismo asunto una bellísima composición.

¡Cuál mis fervientes votos resonaran
Unidos de Mirisco á los cantares!

En el risueño día
En que Fernanda, tímida, inocente,
En las aras del Dios omnipotente
Jura constante amor á un tierno esposo,
Ilustre y venturoso,
Yo su beldad y gracias cantaría.
Yo, que la vi de la apacible cuna
Salir del mar de Cádiz en la orilla;
Y como al lado de la blanca luna
La estrella esplendorosa
De amor adorna el cielo y pura brilla,
Brillar al lado de su madre hermosa.

Yo, que en la margen del soberbio Sena
La vi crecer, cual crece
Tallo gentil de cándida azucena,
Que el blando aliento de las auras mece;
Yo, en fin, que cuando el áspero destino
Me arrancó fiero á mis paternos lares,
Arrastrándome al hórrido camino
De amargura y dolor, del Manzanares
La vi ninfa gentil; y reclinada
De su madre adorada
En el cándido seno, parecía
Cabe rosa esplendente
Medio abierto pimpollo, que lozano,
Al rojo amanecer de hermoso día,

Muestra el matiz de pudorosa frente,
De perlas lleno y de beldad riente.

En el eco lejano
De mi voz sonaría
La dicha excelsa del esposo ufano,
Y de la abuela y padres la alegría;
Y la esperanza altísima, que nace
Con tan ilustre enlace,
De nuevos héroes á la patria mía.

Mas ¡ay! mi voz ahogada
Del infortunio por la mano helada,
No puede allá volar, ni aspira á tanto;
Y acostumbrada al llanto,
No acierta á dar al viento
Dulces himnos de júbilo y contento.

Tranquilos vates, que las cuerdas de oro,
De la patria en las selvas y jardines,
Os es dado pulsar, y en alto coro
Cantar la pompa y celebrar festines,
Alzad la voz, mientras airada suerte
Me condena al silencio de la muerte.

¡Al silencio!!! Y ¿por qué?..... Cuando go-
Arder la sacra antorcha de Himeneo, [zosos
Y su tercer trofeo
Alzar amor en lazos venturosos,
Ven por tercera vez en sus salones

De Santa Cruz los ínclitos Marqueses;
Cuando barras, castillos y leones
Esperan nuevos héroes, cuyas glorias
Reproduzcan altísimas memorias;
Yo olvido de fortuna los reveses,
Arde mi mente en estro sacrosanto,
Brota mi rudo labio son divino,
Y es á mi pecho necesario el canto,
Como el agua al sediento peregrino.

Sí, cantaré. ¿Qué importa que no suene
Allá en Madrid mi dolorido acento?
¿Qué importa que no llene,
Entre los brindis y el clamor sonoro
De himnos de gozo y voces de contento,
Un soberbio artesón de cedro y oro?
Sonar la voz del infortunio debe
Con más solemnidad, y en otra escena,
Cuando amistad lo arroba y enajena,
Y á entonar cantos de placer se atreve.

Sí, cantaré sobre estas, que combate
Ronco el púnico mar, peñas desnudas,
Y so la inmensa bóveda del cielo.
El santo fuego que en mi pecho late,
Engrandece mi voz entre las mudas
Terribles sombras del nocturno velo;
Y las estrellas, contra mí sañudas,
Y la luna menguante
Iluminan mi pálido semblante,

brillan en las lágrimas que lloro,
de mi lira en el marfil y el oro.

Las gracias, los amores,
La virtud, la alegría
Vengan tan fausto día,
Fernanda, á celebrar;

Y de virgíneas flores
Coronen tu alma frente,
Que, como el sol naciente,
No halla en el orbe par.

El fuego honesto y puro
Que arde en tu pecho hermoso,
Mereciendo dichoso
Paterna bendición,

Sea manantial seguro
De placeres sin cuento,
Y siempre con aumento
Arda en tu corazón.

Bendiga el santo cielo
Tu enlace y lo fecunde,
Para que en bien redunde
Del imperio español,

Que espera con anhelo
Bazanes y Girones,
Que lleven sus pendones
Por cuanto alumbra el sol.

Girones y Bazanes,
Que cual Hércules nuevos
Puedan, cuando mancebos,
Las sierpes sofocar;

Y entre sabios afanes
Crezcan, y á las Españas
Con virtudes y hazañas
Consigan restaurar.

Vence al rugir del mar mi altivo acento,
Y se dilata por su espacio undoso:
Sobre las alas rápidas del viento
Mi canto numeroso
Llega á las playas donde fué Cartago,
Y entre el estruendo vago
De las olas que rómpense en la arena
Ó entre ásperos bajíos,
Suenan los versos míos,
Y el dulce nombre de Fernanda suena.

Sopla el Austro fogoso,
Y su nombre y mis versos arrebata,
Entre celajes de luciente plata,
Á la cumbre del blanco Lilibeo,
Cárcel ardiente ó bramadora tumba
De los furores del audaz Tifeo;
Y al nombre de Girón esclarecido
Que entre sus riscos cóncavos retumba,
Callan su ronco hervor y su ladrido

Scila y Caribdis, de respeto llenas;
Conmuévese Trinacria, y mis cantares
Ledos, cruzando los desiertos mares,
Repiten seductoras las Sirenas.....

Mas ¿qué rumor vecino,
Llenando al mudo viento,
Viene á turbar el éxtasis divino,
Y á sorprender mi entusiasmado aliento?
¿Es el bretón soldado
Que en los adarves usurpados grita,
De orgullo, astucia y de opulencia armado?

¿Es el rudo piloto moscovita
Que á zarpar se apresura
Entre las sombras de la noche obscura,
No para dar el rumbo al mar helado
Y á saludar á su aterida tierra,
Sino á llevar el exterminio y guerra,
Y el devorante fuego,
Mintiendo amparo al oprimido griego,
En sus toscos bajeles,
Preñados de ambición y orgullo insano,
Al caduco otomano
Y del torpe serrallo á los verjeles? (1).

---

(1) Se escribían estos versos en el momento en que la escuadra rusa, al mando del almirante Heyden, daba la vela para Navarino.

No; que es más noble estruendo
El que en torno rimbomba y sordo cunde,
Pues nuevo ardor difunde
En mi mente, mi canto engrandeciendo.
De los sepulcros venerandos nace,
Que del gran Precursor el templo santo,
Que Malta alzara en su pasada gloria,
Ornan el pavimento y rico muro
De terso mármol y de bronce obscuro,
Entre lauros eternos de victoria
Y nobles timbres del infiel espanto,
Que en respetar el tiempo se complace.

De los sepulcros nace, que entre tanto
Sepulcro de famosos campeones
De todas las católicas naciones,
Héroes hispanos guardan en su seno;
Y en cuyas letras, que la edad no empaña,
Nombres de horror al torvo Sarraceno,
Nombres de gloria á la guerrera España,
Se ven Silvas y Caros y Bazanes,
Y Borjas y Girones,
Pimenteles, Quiñones,
Y Osorios y Pachecos y Guzmanes.
De éstos, de éstos las sombras conmovidas
Al eco de mi voz se alzan gloriosas,
De Fernanda las dichas celebrando;
Y ledas presagiando
Héroes, que con sus hechos rivalicen
Y los insignes nombres eternicen.

¡Oh gloria de Aragón y de Castilla!
¡Qué lampo de celeste reverbero
Perdurable en sus rostros centellea!
¡Qué fuertes armas de templado acero,
Do la cruz blanca refulgente brilla!
¡Qué ricos mantos que el ambiente ondea!.....
Tales por conquistar la tumba santa
Los vió lidiar Jerusalén, y tales
Hazañas inmortales
En Rodas, Chipre y Candia ejecutaron,
Y tales rechazaron,
Al ínclito Valetta obedeciendo,
De estas peñas al Turco furibundo,
Cuyo poder tremendo
Era entonces terror del ancho mundo.
Cércanme en torno por el aire vano.....

Así los semidioses revolaban
En derredor del gran cantor troyano,
Y su acento inmortal solemnizaban:
Así hendiendo la niebla circundaban
Al bardo caledón las sombras leves
De los guerreros de Morvén y Tura,
Cuando en la noche obscura,
Despreciando los vientos y las nieves,
Sobre los riscos de Loclín sentado,
Pulsaba el arpa al lado de Malvina,
Y la voz ronca del torrente hinchado
Sobrepujaba con su voz divina.

Malta, Julio de 1829.



## LA SOMBRA DEL TROVADOR.

De luchar fatigado
Con las rugientes ondas del Tirreno
Y con los huracanes bramadores,
Ultimo esfuerzo del invierno crudo,
Cuando mira sañudo
Al sol de majestad y gloria lleno
En su alto trono equinoccial sentado,
Proteger á los céfiros y flores,
Llegué á las verdes olas
Que reciben del Ródano tributo,
Do triunfó Decio Bruto,
Do vencieron las naves españolas.

A pequeña distancia,
En azuladas cumbres se ofrecieron
Montes y selvas de la rica Francia,
Y mis ojos por ella se extendieron.
Latió mi pecho, ardió mi fantasía,
Nobles altos recuerdos me agitaron,
Y apoderados de la mente mía,
Á un siglo que ya fué me transportaron.

Mas no me presentaba la memoria
Los torrentes de sangre y los horrores
Que aquel hermoso suelo deslustraron;
Ni el coloso que en él plantó su asiento,
Ni su esplendente y fugitiva gloria,
Ni las palmas y lauros triunfadores
Que con su pesadumbre lo abrumaron.
Distinto pensamiento
El alma me llenaba;
Mi completo existir embebecía
El que á la vista de Provenza estaba,
Cuna de la moderna poesía.

¡Salve, suelo feliz, donde rompiendo
Las nieblas de la noche aterradora,
Por uno y otro siglo de furores,
De muerte y servidumbre amontonadas,
Brilló de nuevo la esplendente aurora
Con influjo tan alto, que reuniendo
El valor, el ingenio y los amores,
Tornó el germen sagrado
De virtud, y de gloria, y de cultura,
Que de la Europa engrandeció el estado,
Y cuyo fruto inextinguible dura!
¡Salve, suelo felice, do la mano
De la beldad, con una flor de oro
(Flor de más precio que el mayor tesoro)
Premió los triunfos del ingenio humano!
¿Quién sabe si en tus selvas deliciosas,
En el silencio de la noche obscura,

Las sombras vagarosas
Veré de tus antiguos trovadores;
Y de sus altos versos el sonido
Me hará poner en consolante olvido
De mi estrella enemiga los rigores?.....
De tal modo decía:
El sol al occidente declinaba;
Amorosa soplaba
El aura mansa y suave,
Y hacia la tierra plácida impelía
Las pardas lonas de mi corva nave.
Cayendo el ancla con estruendo rudo,
Bajó á cebar su diente en las arenas;
El bronce asolador, de paz tronando,
Dió la ansiada señal; el marinero
Veloz, ágil, forzudo,
Por las jarcias y mástiles trepando,
Desnudó las ya inútiles entenas;
Y lancéme el primero
Á la cercana orilla presuroso;
Mas los ojos tornando
Al pabellón glorioso,
Asilo en mi infortunio y mis pesares,
Dominador de los extensos mares (1).

Besé la hierba do estampé la planta,

(1) Hice el viaje de Malta á Marsella en una goleta de guerra inglesa, que me procuró la amistad del general Ponsomby.

Y la ciudad dejando esclarecida
Que á Tiro en opulencia se adelanta,
Y cuyo griego origen nunca olvida, (1)
Corrí en pos de mis dulces ilusiones
Á perderme en las selvas y collados;
Sin llamar mi atención ni un solo instante
Los bajeles armados,
Bélicos aparatos, y pendones
Que en la espaciosa playa tremolaban,
Y á surcar se aprestaban
El piélago inconstante,
Para llevar venganza y cruda guerra
Á la abrasada tierra, (2)
Donde esclavo infeliz tuvo el destino,
Bajo el poder del moro furibundo,
Al escritor divino, (3)
Gloria de España, admiración del mundo.

Ya los remotos mares de occidente
Del sol ardían en la eterna lumbre;
Noche apacible el manto desplegaba,
Y la pálida luna refulgente,
En la celeste cumbre,
Sobre trono de nácares reinaba.
Y yo solo vagaba,
Y mis inciertos pasos recorrían

---

(1) Marsella.
(2) Alude á la expedición de Argel.
(3) Cervantes.

Frescas colinas, apacibles prados,
Arroyos sosegados,
Espesas enramadas
Y obscuros olivares,
Que risueñas mecían,
De rosas y azahares
Las auras de la noche embalsamadas;
Y á mi mente traían
Del Betis las riberas encantadas,
Do culto tienen mis paternos Lares.

Con tal recuerdo el triste pecho mío
Sintióse ahogar, y de mi suerte acerba
Renovó la amargura.....
¡Ay! Despechado me arrojé en la hierba
Al pie de un olmo, rey de la espesura;
Y allí, en confuso y ciego desvarío,
Mil sucesos pasados
Y mil vagas escenas
Cruzaron por mi ardiente fantasía,
Cual huyendo de vientos desatados,
De inciertas formas pavorosas llenas,
Cruzan las nubes en revuelto día.

Cuando de pronto..... ¡oh celestial encanto!....
No fué ilusión de mi agitada frente,
Yo las vi á la merced del manso viento,
La niebla pavorosa blanquecina
Y de la noche el sosegado ambiente
Hender, al claro brillo de Lucina.

Sí, yo las vi: las venerables sombras
De los siglos pasados,
Las sombras de los altos trovadores,
Que sin ajar las hierbas ni las flores,
De aquellos ricos prados
Blandísimas alfombras,
En torno á mí giraban.

De la luna en confusos reverberos
Los antiguos ropajes ostentaban
Las aéreas formas de sus bultos vanos.
Ciñen, golas de ilustres cortesanos,
Ciñen, el peto y casco de guerreros,
Alta diadema alguna,
Varias las muestras de áspera fortuna,
Y todas el laúd ó arpa sonora,
Y en la cinta la espada cortadora.
Absorto estaba á la visión atento,
De respeto y de asombro el seno henchido;
Y un confuso alarido
De aflicción y lamento,
Que sumiso en el coro resonaba,
Toda mi sangre de pavor helaba.

Y vi á una sombra alzarse, descollando
Con noble majestad y gallardía
Entre todas..... ¡Oh Dios!..... ¡Tal vez sería
La del garrido joven que, escuchando
Á la voz de la fama
De Trípoli elogiar á la Princesa,

Ardió en tan nueva y tan vehemente llama,
Que los hinchados mares atraviesa
En busca de su amor; mas con tal suerte,
Que al punto de encontrarla grata y bella,
¡Ay! á las plantas de ella
Tronchó su cuello el brazo de la muerte! (1)
¿Ó fué el que en Barcelona
De ciencia gaya estableció la escuela? (2)
¿Ó de Tolosa el Conde gloríoso,
Protector de los juegos floreales,
Que hermanando la lanza y la vihuela,
De hiedra entrelazó su alta corona,
Ornada ya de lauros inmortales? (3)

De personaje excelso y generoso
Era la sombra que se alzó, inspirando
Respeto en todas ellas; y pulsando
Un arpa celestial, cuyo sonido
Del mundo y de los hombres daba olvido,
Con doloroso acento
Dió esta canción al adormido viento:

Orillas del Manzanares
Todo es luto y lloro amargo,

(1) Gofredo Rudel, Príncipe de Blaya.

(2) La poesía provenzal, llamada *gay saber*, fué muy cultivada en Aragón y Cataluña, especialmente en los tiempos de Alfonso XI y Juan I.

(3) El conde Remond ó Raymundo V.

Porque su sol refulgente
Se ha hundido en eterno ocaso.

La alta flor de su hermosura,
De la Hesperia toda ornato,
Por el hierro de la parca
Tronchada yace en el campo.

De su ilustre entendimiento
El resplandeciente astro
En la nube de la muerte
Quedó por siempre eclipsado.

¡Oh dolor! La excelsa esposa
Del descendiente preclaro
De los altos Condestables,
Gloria del imperio hispano,

La insigne y divina esposa
Del trovador fortunado,
Que palmas ganó en las lides,
Y en las academias lauros;

Del sesudo en los consejos
Y en los combates bizarro,
Del discreto entre las damas,
Y entre los varones sabio;

En la fresca primavera
De sus florecientes años,

Yace del voraz sepulcro
En el hondo seno helado,

Envuelto en pavor y luto,
Sin luz el mundo dejando,
Sin alma á su tierno esposo,
A los tristes sin amparo.

No hay boca que no suspire,
No hay ojos libres de llanto,
No hay corazón que no tiemble,
No hay pecho sin susto y pasmo,

Desde el espantoso día,
Desde aquel momento aciago
En que tal golpe á la tierra
Descargó el destino insano.

Llórala el claro Segura,
Que en sus huertas y en sus prados
De su niñez venturosa
Gozó los tiernos encantos.

Llórala el mar que combate
Los castillos gaditanos,
Pues la admiró en gentileza,
Envidia á Anfitrite dando.

Llóranla el soberbio Sena
Que vió su beldad ufano,

Y del Támesis las ondas,
Que sus gracias admiraron.

Nosotros también ¡ay tristes!
Ha poco que disfrutamos
De la soberana lumbre
Con que esclareció estos campos.

¡Ah! Recordad cuán gozosos,
La carroza circundando,
Cantábamos sus loores,
En amor suyo abrasados.

Eran sus ojos luceros,
Su frente bruñido mármol,
Perlas y coral su boca,
Y su garganta alabastro.

No del arroyo en la margen
Descuella laurel lozano
Más que su talle gracioso,
Más que su cuerpo gallardo.

No la aventajara Venus,
Cuando de Amatunta y Pafos
En las florestas reinaba,
Ceñida la sien de nardos.

Ni cuando la blanda espuma
Surcó del mar argentado,

En concha de nácar y oro,
Con delfines por caballos.

Y con ser tan esplendentes
De su belleza los rasgos,
Aun era mayor la lumbre
De su entendimiento claro.

¡Ay! Aun las fragantes flores
Que á su breve pie brotaron,
Perfuman estas praderas,
Brillan con matices varios.

Y ella ¡oh dolor! ya no existe.
¡No existe!..... ¡Oh muerte! tu brazo,
Con un golpe tan altivo
Mil gargantas ha segado.

¡Ay!..... Si á lo menos su tumba
Ilustrara estos collados,
Nosotros en torno de ella,
De la luna al brillo escaso,

Cantáramos elegías,
Vertiéramos tierno llanto,
Con nuestras arpas y voces
Acento á la noche dando.

Y su generosa sombra
Entre nosotros acaso

Presidiera nuestros coros,
Y premiara nuestros cantos.

Mas no, tesoro tan grande
Es debido al suelo patrio,
Y á las venerandas urnas
De sus mayores preclaros.

Y allí también trovadores,
Que el tiempo antiguo ilustraron,
Le tributarán rendidos
Con sus versos holocausto.

Y no sólo los que fueron,
Sino los que son, su canto
Uniendo al del triste esposo,
De ciprés funesto orlados,

Pulsarán la ebúrnea lira
Con universal aplauso,
De Piedad al dulce nombre
Fama eterna asegurando.

—No sé si cantó más, que un negro velo
Cegó mis ojos: súbito desmayo
Al nombre de Piedad me arroja al suelo
Como herido de un rayo.
Cuando tornó á latir mi ahogado pecho,

Y mis ojos se abrieron nuevamente
Más que á la luz al lloro,
Solo me hallé: y el sol desde el oriente
Derramaba su fúlgido tesoro.
Alcéme, en llanto y en dolor deshecho,
Y dejé el campo aquel, harto seguro
De cuanto visto y escuchado había.
Pues la carrera de mis males larga
Y mi destino duro
Me han enseñado, en experiencia amarga,
Que ilusiones son siempre y vano sueño
Las escenas que ve mi fantasía
De gozo y de alegría,
De dulce dicha y de placer risueño;
Mas que siempre son ciertas las de llanto,
De luto y muerte, y de dolor y espanto.

Marsella, Marzo de 1830.





## EL CANTO DEL RUISEÑOR.

¡Qué noche deliciosa!
Plácida obscuridad envuelve al mundo,
Y en letargo profundo
Este ameno jardín yace y reposa.

No alienta el manso viento,
No se mecen las hojas ni las flores,
Y fijas, sus fulgores
Las estrellas nos dan del firmamento.

Ni un celaje de gasa
Cruza el espacio vagaroso y leve,
Ni el arroyo se atreve
Á murmurar, y silencioso pasa.

No sé qué indefinible
Estas tinieblas y silencio y calma
Difunden en el alma.....
Un secreto pavor incomprensible.

Solamente vigila
Un pecho enardecido y amoroso,

En el común reposo
De noche tan serena y tan tranquila.

¿No escuchas? El lamento
Suena del ruiseñor..... Oye cuál llora;
Su queja encantadora
En el olmo escondido esparce al viento.

¡Oh cuán dulce martirio
Expresa su dulcísimo gorjeo!
¡Qué afanoso deseo!.....
¡Qué fuego, qué pasión y qué delirio!

Pero no son perdidas
Esas frases de amor, que deliciosas
Las auras vaporosas
Repiten á las flores adormidas,

No, que son escuchadas
Por el objeto amado, y en su pecho
El tierno efecto han hecho,
Y van con dulce amor á ser pagadas.

Oye. Ese rumor leve.....
De las hojas y ramas el rüido.....
No es el viento, dormido
Yace, y ni las agita ni las mueve.

Es el ala ligera,
Con la que de hoja en hoja y rama en rama,

Al amor que la llama,
Vuela del ruiseñor la compañera.

Oyólo, y conmovida
Vuela á hacer la ventura de su amante,
Y vuela palpitante
Por sus ardientes frases encendida.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Y ¿á tu pecho de nieve,
Ni mis frases de amor hijas del alma,
Ni mi perdida calma,
Ni mi afanoso lamentar conmueve?

..... No, que mayor ternura,
Más dulce gratitud, más fuego cabe
En el pecho de un ave,
Que en el de una mujer ingrata y dura.

1830.





## VERSOS ESCRITOS EN UN ALBUM.

---

Si una cosa muy bonita,
Bella niña, se te antoja
Hallar siempre en esta hoja,
Por mi indocta mano escrita,

El que busques te aconsejo
Quien por arte de Luzbel
Te convierta este papel,
Al mirarle tú, en espejo.

1830.





## UN GRAN TORMENTO.

Amar ¡ay! sin ser amado
Es horrible maldición,
Que el cielo en su indignación
Arroja desapiadado
Á un infeliz corazón.

Consúmese noche y día
El que desamado ama,
Y piedad en vano clama:
Arder mejor le sería
Del hondo infierno en la llama.

Mira, y cuanto ve delante
Se lo cubre un negro velo,
Y un grito de desconsuelo
Oye agudo y penetrante,
Que dan mar y tierra y cielo.

.....¡ Infeliz! No arde á sus ojos
El sol, ni apacible ambiente
Su pecho aspira latiente,

Ni ve los celajes rojos
Que borda el alba en oriente.

Ni admira el oro y la grana
Del ocaso, cuando arde
En los fuegos de la tarde,
Ni de la estación lozana
Goza el magnífico alarde.

Ni oye el delicioso arrullo
De las aves, ni el rumor
De la selva encantador,
Ni del arroyo el murmullo,
Que salta de flor en flor.

Nada: que el objeto helado
De su pasión sólo mira,
Tan sólo fuego respira,
Sólo oye ¡desventurado!
Voces de dolor, de ira.

¿Qué es la vida en el mezquino
Que á estado tan lastimoso,
Do no hay salud ni reposo,
Le arrastra el feroz destino
Ó un encanto poderoso?.....

Es un horrible tormento,
Como no lo tiene igual
El más doloroso mal,

Ni cupo en el pensamiento
Del tirano más brutal.

¡Oh, qué noches! ¡Oh, qué días
Convulso y sediento pasa!
Ora el pecho se le abrasa,
Ora entre mil agonías
Un puñal se lo traspasa.

Una mano de gigante,
De ardiente hierro vestida,
Tiene á la garganta asida,
Ó el corazón palpitante
Le aprieta, y con él la vida.

Y si un instante veloz
Brota allá en su pensamiento
Una esperanza, al momento
La siega la aguda hoz
Del pertinaz escarmiento.

Cuenta el triste sus martirios,
Que comprendidos no son;
Y habla en vano á un corazón,
Que burla de los delirios
De una profunda pasión.

Al ver sus ojos de fuego
Hielo rígido pintado
En los del objeto amado,

Y en su semblante el despego,
¡Cuál queda desventurado!

Y por respuesta tener
De fogosas expresiones,
Consejos y reflexiones
Ó un *no* de nieve, es hacer
Un alma infeliz jirones.

El triste que escuchó tal,
Prefiriera haber oído
De una ceraste el silbido,
Ó la trompeta final,
Ó del mundo el estallido,

Pues falta tierra á su planta,
Se hunde el cielo sobre él,
Le ahoga un áspero cordel,
Y la existencia le espanta:
¡Oh qué martirio crüel!

Amar ¡ay! sin ser amado
Es horrible maldición,
Que el cielo en su indignación
Arroja desapiadado
Á un infeliz corazón.

1830.





## UN PADRE.

Era obscura la noche; ronco trueno
ramaba sordo entre apiñadas nubes;
e cuando en cuando lampo refulgente
Horrendo relucía.

Entre impalpables sombras son confuso
aba la cabellera de los bosques,
on violencia espantosa sacudida
Por desatados vientos.

El mar entumecido, en los peñascos
ompiendo su furor, á las tinieblas
uevo horror daba, con su espuma dando
Pálidas llamaradas,

Y del monte cruzando la aspereza,
n los troncos y riscos tropezando,
in temor de barrancos ni torrentes,
Baja á la playa un hombre.

Ni el horror de la noche, ni lo recio
el temporal, que al orbe estremecía,

Le recordaban su abrigado albergue,
Ni acortaban sus pasos.

¡Infeliz!..... Huye de su patria, y huye
De cuanto amó. Y anhela solamente,
Ó la muerte en la mar, ó en los desiertos
Perder la odiosa vida.

Sí, tiene el corazón envenenado,
Y roto en partes mil, y en él deshecha
Una borrasca estalla, más furiosa
Que la que está afrontando.

Víctima de traiciones y de engaños,
Tornadas en tormentos sus delicias,
Deshechas sus más dulces ilusiones,
¿Qué es la vida á sus ojos?

Maldice el mundo mísero, y maldice
Cuantos nudos al mundo le ligaron,
Y en la playa del mar embravecido
Busca anheloso un barco.

Uno mira á la llama pavorosa
De un súbito relámpago, y brioso
Lo empuja resbalando por la arena
Hasta ponerlo á flote.

No le asusta el bramido de las olas,
Que en los costados rómpense y lo cubren

De espuma, y mar adentro se lo lleva
La violenta resaca.

Salta en él, arma los delgados remos
Y boga con vigor, y de la tierra,
Que otra vez y otra vez feroz maldice,
Se aleja satisfecho.

Montes movibles humillando, hendiendo
Ciegas tinieblas, entre espesa lluvia
Volcando y levantándose en un punto,
Entra adentro en los mares.

Un rayo de la luna, penetrando
Entre las negras voladoras nubes,
Atraviesa la atmósfera un instante
Y la tierra ilumina.

El despechado, sin querer, los ojos
Á ella revuelve, y como punto blanco
Una pequeña casa allá en el monte
Ve, y lanza un alarido.

Tornó la obscuridad. Mas ¡ay! no aparta
De allí el mezquino el pensamiento, y mira
Allí de humilde lámpara la lumbre,
Y se le rompe el alma.

Olvida sus agravios y rencores,
El piélago voraz le pone espanto,

Y torna entre peligros horrorosos
En busca de la tierra.

Y sírvele de faro aquella escasa
Luz, y bogando con robustos brazos,
Gime, y trabaja, lucha, forcejea
Contra las bravas olas.

Era padre, era padre: y en su albergue
(Que es aquel que la luna esclareciera,
Y donde brilla la dudosa lumbre,
Que potente le arrastra)

Dejó dormido en la inocente cuna
Un niño tierno, y su recuerdo solo,
Que en su pecho renace y lo domina,
Á la tierra le llama.

Y con vigor y brazos de gigante
Rema y empuja la ligera barca,
En un beso no más del tierno niño
Cifrando su ventura.

Y anhelando encontrar en su sonrisa
El bálsamo que cure los destrozos
De su deshecho corazón, y olvido
De agravios y rencores.

Ya ve la playa cerca, ya, ya toca
De salvación y de ventura nueva,

Y de perdón y calma y dulce vida
El anhelado puerto.

Mas ¡ay! el viento inexorable empuja
El frágil barco, y espumoso monte,
Que se estrella rugiente en los peñascos,
Lo rompe y lo confunde.

Y á la luz de un relámpago, en la espuma
Que retrocede rápida á su centro,
Con ella reluchando y luego hundirse
Se ve un mísero náufrago.

Y entre el bramido de la mar y el viento,
Y el de la lluvia y tempestad horrenda,
Se oyó un agudo acento por dos veces
Gritar: ¡Hijo!..... ¡Hijo mío!

1832.





## Á MI HIJO GONZALO,

### DE EDAD DE CINCO MESES.

---

De tu madre en el seno
Duermes, dulce amor mío,
Cual perla del rocío
Duerme en el seno de la tierna flor;
De mil encantos lleno
Reluce en tu semblante,
Cual sol en el diamante,
De un alma nueva el celestial candor.

Aun en la tierra impura
Tu pie no se ha estampado,
Ni han tus manos tocado
El crudo hierro y corruptor metal;
Ni ha ofendido á criatura
Esa boca suave,
Que pronunciar no sabe,
Y en que reina pureza angelical.

Ignoras lo que es muerte,
Y lo que es vida ignoras,
Mas en tanto las horas
Contigo mudas caminando van.
Y ¡cuál será tu suerte!.....
¿Qué te importa? Risueño
Gozas tranquilo sueño
Sin darte el día de mañana afán.

Duerme, prenda adorada;
Pero de cuando en cuando
Despierta al beso blando,
Que te daremos ó tu madre ó yo;
Y déjame encantada
Con tu risa inocente
El alma, que doliente
Del infortunio el cáliz apuró.

Sí, cuando te sonríes
A mis dulces caricias,
En un mar de delicias
Olvido cuanto ha sido y ha de ser:
¿Qué me importa, si ríes
Mirándome amoroso,
El ceño desdeñoso
De fortuna y las iras del poder?

Mas no hay placer completo:
¡Ay! Siempre que te miro,

Se me escapa un suspiro
Pensando cuál será tu porvenir.
  Misterioso secreto
Que como tú yo ignoro,
Que ni el saber, ni el oro,
Ni la fuerza consiguen descubrir.

  Un pimpollo de rosa
Cae al dulce arroyuelo,
Que apenas cubre el suelo,
Durmiendo manso entre una y otra flor:
  ¡Feliz si en él se posa
Y entre sus juncias prende,
Y los tallos extiende]
Bajo el abrigo del paterno amor!

  Mas invisible, artera
Con las flores jugando,
La corriente arrastrando
Lo va del río al rápido raudal:
  Aun puede una ribera
Lograr en él, do viva,
Do un jardín lo reciba
Y llegue á ser magnífico rosal.

  Pero si el turbio río
Lo lleva al mar..... ¡ay, triste!
El huracán lo embiste,
Las olas lo arrebatan con furor;

Y perece, hijo mío,
Bajando al hondo seno,
Ó en el salobre cieno
Yaciendo al pie de escollo bramador.

París, 1832.





## EL OTOÑO.

Al bosque y al jardín el crudo aliento
Del otoño robó la verde pompa,
Y la arrastra marchita en remolinos
Por el árido suelo.

Los árboles y arbustos erizados,
Yertos extienden las desnudas ramas,
Y toman el aspecto pavoroso
De helados esqueletos.

Huyen de ellos las aves asombradas,
Que en torno revolaban bulliciosas,
Y entre las frescas hojas escondidas
Cantaban sus amores.

¿Son ¡ay! los mismos árboles que ha poco
Del sol burlaban el ardor severo,
Y entre apacibles auras se mecían
Hermosos y lozanos?

Pasó su juventud fugaz y breve,
Pasó su juventud, y envejecidos

No pueden sostener las ricas galas
Que les dió primavera.

Y pronto en su lugar el crudo invierno
Les dará nieve rígida en ornato,
Y el jugo, que es la sangre de sus venas,
Hielo será de muerte.

A nosotros los míseros mortales,
A nosotros también nos arrebata
La juventud gallarda y venturosa
Del tiempo la carrera.

Y nos despoja con su mano dura,
Al llegar nuestro otoño, de los dones
De nuestra primavera, y nos desnuda
De sus hermosas galas.

Y huyen de nuestra mente apresurados
Los alegres y dulces pensamientos,
Que en nuestros corazones anidaban
Y nuestras dichas eran.

Y luego la vejez de nieve cubre
Nuestras frentes marchitas, y de hielo
Nuestros áridos miembros, y en las venas
Se nos cuaja la sangre.

Mas ¡ay, qué diferencia, cielo santo,
Entre esas plantas que caducas creo,

Y el hombre desdichado y miserable!
¡Oh Dios, qué diferencia!!!

Los huracanes pasarán de otoño,
Y pasarán las nieves del invierno,
Y al tornar apacible primavera
Risueña y productora,

Los que miro desnudos esqueletos
Brotarán de sí mismos nueva vida,
Renacerán en juventud lozana,
Vestirán nueva pompa.

Y tornarán las bulliciosas aves
Á revolar en torno, y á esconderse
Entre sus frescas hojas, derramando
Deliciosos gorjeos.

Pero á nosotros, míseros humanos,
¿Quién nuestra juventud, quién nos devuelve
Sus ilusiones y sus ricas galas?.....
Por siempre las perdimos.

¿Quién nos libra del peso de la nieve
Que nuestros miembros débiles abruma?
De la horrenda vejez, ¿quién nos liberta?....
La mano de la muerte.

1833.





## VERSOS ESCRITOS EN UN ALBUM.

---

Pues tanto, niña, te empeñas,
Voy á contarte una historia
Que me ocurre á la memoria,
Y muy linda, por más señas.

Callada me has de escuchar,
Y con el ánimo atento,
Pero en tanto que la cuento,
Por Dios, no me has de mirar.

Así, así, mira al balcón,
Ó en esos claveles rojos
Del florero pon los ojos,
Que voy á empezar; ¡chitón!

Era en punto media noche,
Y en una alta galería

Que dominaba del Tajo
Las soñolientas orillas,

Á la luz de escasa luna
Entre nácares dormida,
Un bulto blanco y movible
De lejos se descubría.

En un jardín inmediato,
Donde entre sombras las brisas,
Si bien halagaban flores,
Suave aroma difundían,

Una voz blanda y sonora,
De ruiseñores envidia,
De un laúd acompañada,
Daba á las tinieblas vida.

Y del Tajo en la corriente,
Remontando el agua arriba,
Se divisaba una barca,
Que dos remos impelían.

Y en ella de pie un guerrero,
Cuya armadura bruñida,
Siendo espejo de la luna,
Entre vagas nieblas brilla.

Era el bulto blanquecino
Del corredor, doña Elvira;

El que cantaba era un paje,
Y el que en la barca venía.....

¡Ay niña, que me has mirado!
Y al mirarme tú, al momento
Se me ha olvidado mi cuento.....
No has de ignorancia pecado.

Bien te lo dije. Acabé,
Que al mirarme ojos tan bellos,
Tan sólo pensar en ellos
Y abrasarme en ellos sé.

1835.





# LA CATEDRAL DE SEVILLA.

I.

De la fe y del entusiasmo
Soberana producción,
De tanta generación
Asombro, respeto y pasmo,
Y del mundo admiración:

Grande y magnífico templo
Digno del Omnipotente,
Que en ti mora eternamente,
Cuando absorto te contemplo,
¡Cuán alto vuela mi mente!

Sí, desde el espacio inmenso
Ve tu torre y botareles,
Y de Dios á los doseles,
Entre el humo del incienso
Subir la voz de los fieles.

Ni la vista audaz que emplea
El águila frente á frente
Con el sol cuando campea
Allá en el cenit, desea,
Ni su volar eminente.

Pues que de ti enamorada,
Más alto vuela, más ve,
Por las dos potencias que
Te formaron animada,
El entusiasmo y la fe.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

En viva fe y en entusiasmo ardieron
Los no contaminados corazones
De aquellos piadosísimos varones
Que, *levantemos al Señor*, dijeron,
*Un templo tal, que la futura gente*
*Por locos nos repute,*
*Cuando en él reverente*
*Busque consuelos y oblación tribute.*

Á tales palabras luego
Ardió una generación,
Á quien diera el cielo en don
Un entusiasmo de fuego,
Una fe de exaltación.

Y un pobre albañil, obscura
ya olvidada criatura,

Que ni midió el Capitolio,
Ni estudió en la Grecia, solio
De la docta arquitectura,

De fe y entusiasmo ardiendo,
Vió en sueños tu mole santa;
Y acaso también durmiendo,
Su mano un ángel rigiendo,
Trazó tu gigante planta.

Y un pueblo todo
Arde, se agita;
Y la mezquita
Despareció.

Pero la torre
Quedó empinada,
Porque manchada
Nunca se vió.

No, que en su cumbre el árabe Almuedano,
SÓLO HAY UN DIOS, gritaba;
Y donde la verdad se proclamaba
Era triunfal padrón para el cristiano.
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

II.

Sobre la casa hundida de la luna
Plantóse el templo del Señor triunfante,

Como sobre un sepulcro alegre cuna,
Como una santa cruz sobre un turbante.

Un siglo entero de entusiasmo y vida,
Vida de fe, se afana,
Y la insigne basílica cristiana
Nace, y álzase erguida,
Hasta escuchar sus bóvedas: *¡Hosanna!*

Que aquel siglo de arrojo y energía
Sólo, con sus esfuerzos singulares,
Pudo alzar en los hombros los sillares
Que obscurecen al sol de mediodía.

Otro siglo en pos vino
Aun de entusiasmo y fe, y aventajado
En poder, en cultura y en riqueza,
Á dar cima al portento peregrino
Al Dios Omnipotente consagrado:
Monumento de triunfo y de grandeza,
Padrón de eternidad para Sevilla,
Admiración del mundo y maravilla.

Ese templo es una historia
De piedra, que nos dejaron
Dos siglos que ya pasaron,
Pero que aun viven en él.

Pues en él se ve y medita

De su entusiasmo y fe santa,
Y de su poder que espanta,
El vivo trasunto fiel.

III.

Dos centurias allí..... Después vinieron
Otras de corrupción, que ya gigantes
De entusiasmo y de fe no produjeron.
Indignas de memoria,
Aunque ricas, triunfantes
Y sabias, no pudieron
Otra página dar á aquella historia.

Obras monumentales
Son huellas de los siglos colosales.
Seres aislados nada pueden, nada.
De arbustos que verdean
Ralos aquí y allí por la abrasada
Región inmensa del desierto mudo,
Y con el viento quemador pelean,
Jamás formarse un bosque eterno pudo.

El entusiasmo y fe, cuando no abrasan
Á todo un siglo, á una nación entera,
Meteoros son que brillan y que pasan
Sin el rastro dejar de su carrera.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
Ardieron en aislados corazones.
Mas ¿qué es un corazón?..... Insigne Cano,
Inspirado Murillo,
Cuya paleta el brillo
Venció de la paleta de Ticiano,
Montañés y Becerra,
De entusiasmo y de fe fuisteis varones;
Pero solos, aislados en la tierra.
¡Ay! Tan sólo os fué dado
En la historia de piedra una expresiva
Guirnalda de laurel y siempreviva
Poner, y en sus sillares estampado
Vuestro nombre dejar, como el viajero
Lo deja en las pirámides grabado.

IV.

Mole santa, templo augusto,
Del Omnipotente gloria,
De insignes siglos historia,
Obra de entusiasmo y fe,

¿Quién es el necio, el impío
Que te mira indiferente,
Que sin pasmo reverente
Osa en ti estampar el pie?
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

¿Quién cuando en pompa de solemne día
Mira un pueblo postrado
Delante del altar de oro, velado
Con blanca nube que hasta el cielo envía
El sacro aroma del quemado incienso;
Y de tu espacio inmenso
Los ámbitos llenar oye turbado
Tempestades de altísona armonía,
Con que al pausado coro,
El órgano sonoro,
Y las campanas que en los aires zumban
Responden, y tus bóvedas retumban,
Y por encanto superior parece
Que habla tu inmensa mole y se estremece;
Quién desconoce estar en la presencia
De la sabia eternal Omnipotencia?.....
¿Quién no va allí á pedir con fe victoria,
Y para España independencia y gloria?

Pues cuando del ocaso en los canceles
El moribundo sol entre celajes
Refleja en tus pintados ventanajes,
Y aun dora tus gallardos botareles,
Y de soslayo tu morisca torre,
¿Qué mortal, si recorre
Tus solitarias naves,
No se halla de pavor sobrecogido;
Y al escuchar de las campanas graves
El pausado quejido,
Y clamorosos sones,

namente, donde el cuerpo santo
rey conquistador culto recibe,
ace el sabio rey, do brilla tanto
eo de victoria:
nto, iglesia, monumento, historia.
ntras más te contemplo y más te admiro,
entusiasmo y pura fe respiro.....
re, portento santo sin segundo,
ia de España, admiración del mundo!

Sevilla, 1837.



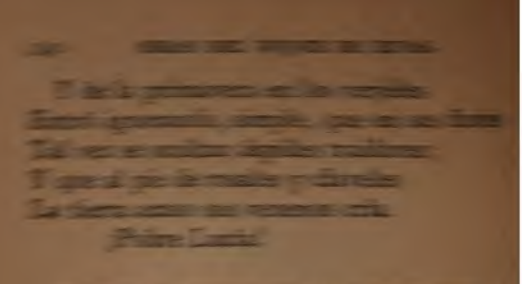


# LUCÍA.

¡Ay!..... Nació bella cual la flor temprana
Que en el jardín despunta con la aurora,
Cuando el celaje volador colora
De oro encendido y de brillante grana
La luz primera del risueño día.
¡Pobre Lucía!

Y creció como crece de azucena
Tallo gentil hasta elevar la frente,
Que adula y besa el apacible ambiente,
De candidez y granos de oro llena,
Cáliz de aroma y líquida ambrosía.
¡Pobre Lucía!

Y dióle el cielo un alma más hermosa
Que su linda, hermosísima presencia,
Y un puro corazón, de la inocencia
Centro y de la virtud más candorosa;
Pero ¡ay! tierno y sensible en demasía.
¡Pobre Lucía!



[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
¡Pobre Lucía!

Y soñó, desdichada, una ventura
Eterna, y de engañosas ilusiones
Se perdió en las fantásticas regiones,
Y del suave deleite el aura impura
Aroma celestial le parecía.
¡Pobre Lucía!

Y pronto, como tórnase en el viento
El brillador celaje de la tarde,
Que con matices refulgentes arde,
En obscuro borrón del firmamento,
Tornóse negra angustia su alegría.
¡Pobre Lucía!

Y en abrojos estériles las flores,
Y los dulces placeres en martirios,

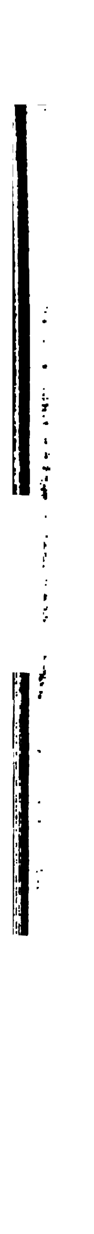
Realidades horrendas los delirios,
Traición y engaños viles los amores,
Y en noche horrenda el fugitivo día.
¡Pobre Lucía!

Y marchito el carmín de su semblante,
Y escarnecida del maligno mundo,
Y despeñada en su dolor profundo,
Y abandonada del inicuo amante,
La muerte al cielo con afán pedía.
¡Pobre Lucía!

Y pronto la logró, porque no pudo
En su angustioso envenenado pecho
Un corazón vivir roto y deshecho
Del desengaño por el hierro agudo;
Y polvo es ya bajo esta losa fría.
¡Pobre Lucía!

1838.







## SONETO.

CONTRA LOS ELOGIOS DESMEDIDOS
QUE HOY CON TANTA FACILIDAD SE PRODIGAN.

---

¡Fortuna grande! ¡Tiempo venturoso!
Ensánchate y ahueca, patria mía:
Ni un hijo solo tienes en el día
Que no descuelle á guisa de coloso

Un niño subteniente, *héroe glorioso*
Es sin disputa; *honor de tu poesía*,
El que escribe dos coplas á su tía;
Todo folletinista, *autor famoso*;

*Gran orador*, cualquiera diputado;
Cada bolsista, *insigne financiero;*
*Modelo de virtud,* todo prelado.

Mas con cosecha tal y tal venero
De hombres, que al mundo tienen asombrado,
¿Cómo eres compasión del mundo entero?

1839.





## LA CANCELA.

Peculiar es de Sevilla,
De la encantada ciudad
Que del Betis en la orilla
Es el emporio y la silla
De la gracia y la beldad,

La primorosa *cancela*,
Que el patio y portal divide
Y es transparente cautela,
Que contra importunos vela
Y que la vista no impide.

¿De quién será la invención?.....
¿De alguna vieja curiosa?.....
¿De alguna madre celosa?.....
Lo que yo sé es que un ladrón
No pudo inventar tal cosa.

¿Si será red que tendió
El amor sagaz y astuto?

Al ver qué es de hierro, n
Cabe casi duda. Yo
Por red de amor la reputo.

Y red tan particular,
De malicia tan artera,
Que se suelen consolar
En ella, de almas un par,
Una dentro y otra fuera.

Delicadísimo encaje
De hierro, cuyas labores
Transparente cortinaje
O leve y sutil celaje
Son para unos amadores;

Mientras para otro son
De fuerte cárcel impía:
Tú, para mi fantasía,
Productora eres de un conj
Un cuadro de hechicería.

En la noche, sobre tod
Que es de portentos esfe
Véate de cualquier modo
Para observarte acomodo
Tome ya dentro ó ya fue

Desde la calle se ven
Por tu espacio transpare

1a luz resplandeciente,
l no la logró el Edén,
a da el sol en oriente,

olumnas de mármol rico.
ntre arbustos y entre flores
vivísimos colores
. fuente, cuyo pico
plata murmura amores.

allá en sombras misteriosas
el último confín,
fresco obscuro jardín,
.de estrellas olorosas
las flores de un jazmín.

entre fragancia y frescura
le darnos la cancela
ı voz sonora y pura,
: sus acentos mesura
ı el clave ó la vihuela:

el apacible murmullo
tertulia bulliciosa,
ı vista de una hermosa,
las que son el orgullo
esta tierra deliciosa.

Como sílfide del aire
: el patio cruza leve,

Un grupo sin formas luego,
Y con pausado sosiego
Un embozado andaluz.

Y la chispa de un cigarro,
Un bulto blanco y ligero,
El santo olio, el animero,
Y los cántaros y el carro
Del aguador callejero.

Y gente se oye que pasa
Fatigada de paseo,
Y la charla nada escasa,
En muy sabroso ceceo,
De familia que va á casa.

De una puerta el aldabón,
Una guitarra..... un silbido.....
En fin, de la confusión
De una inmensa población
El soñoliento rüido.

Acaso un bulto se ve
Allá en la pared de enfrente,
Que aguarda inmoble á que esté
Sola la calle, porque
Le es importuna la gente.

Y en cuanto sola la mira,
Tímido hacia la cancela

Ya se acerca y se retira,
Ya finge tos, ya suspira,
Y esperar le desconsuela;

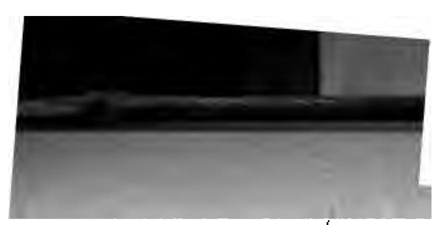
Hasta que dentro la hermosa
Sílfide ó aparición,
Que también una ocasión
Está esperando anhelosa,
Con inquieto corazón;

De la tertulia pesada
Cuando irse al último ve,
Y solo el patio, porque
Al gazpacho ó ensalada
Toda la familia fué;

La encuentra, la seña da,
Y linda se deja ver
Mas bien ángel que mujer,
Para el que esperando está
Cansado de padecer.

Entonce el bulto de afuera
Y de dentro la deidad
Van á unirse de carrera,
Y la red de hierro artera
Se atraviesa sin piedad.

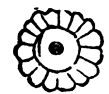
Y ambos que blando algodón
Se torne la dura reja,





A quien dan su maldición,
Piden al amor, que deja
Las cosas como ellas son.

1837.







## SONETO

LEÍDO EN EL LICEO DE SEVILLA
LA NOCHE DEL 21 DE JULIO DE 1838,
DÍAS DE S. M. LA REINA GOBERNADORA.

---

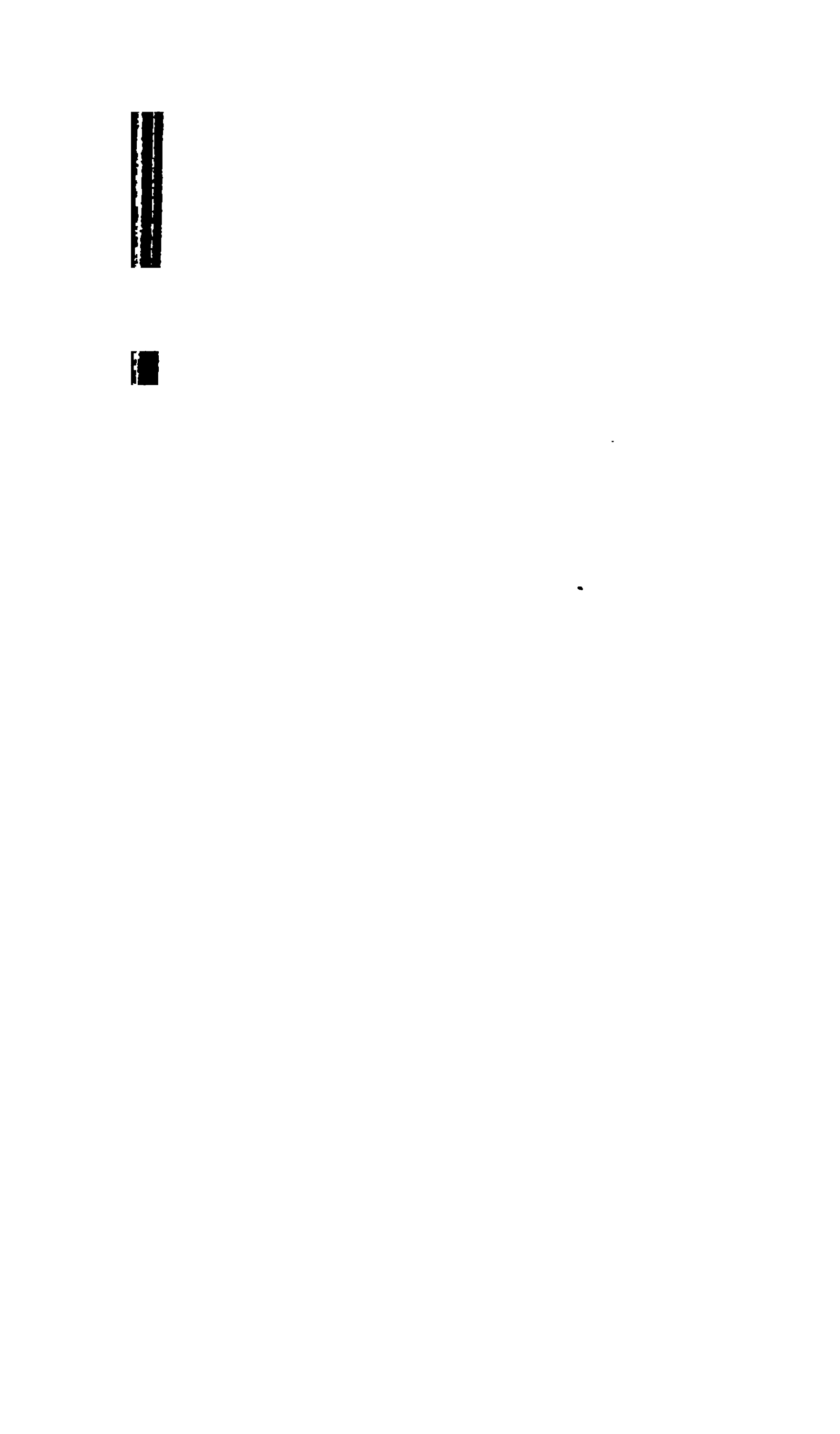
¡Salve, astro tutelar de las Españas,
De belleza y bondad sol refulgente,
A quien tributa la española gente
Un tesoro de amor, otro de hazañas!

Mientras de excelsa luz el orbe bañas,
Grande, augusta, magnánima, prudente,
Y al ángel que nos dió el Omnipotente
En el trono defiendes y acompañas;

Entre el aplauso universal que suena
Desde Gades al alto Pirineo,
Aterrando al traidor, que Dios confunda,

El voto ardiente de lealtad, que hoy llena
Este salón del andaluz Liceo,
Recibe, ¡oh madre de ISABEL SEGUNDA!







# Á UN ARROYO.

Pobre arroyo, de una fuente
Ignorada en lo secreto
De las selvas hijo, y nieto
De un vil peñasco: detente.
¿Dó te lleva tu corriente?.....
No des, no, ni un paso más.
Mira que engañado estás,
Y pensando eterno ser,
A morir, á perecer
En un breve vuelo vas.

¿No te contenta este prado
En donde eres claro espejo,
Que copia fiel el reflejo
Del celaje nacarado?.....
Más allá ¿no te has tornado
En culebra de cristal,
Que con paso desigual
Se mueve de flor en flor?.....
Párate y burla el rigor
De tu destino fatal.

Ya eres cítara sonora,
Y con tus acentos suaves
Acompañas á las aves,
Y das música á la aurora;
Mas tu voz encantadora,
A que te quiebras la debes
En conchas y piedras leves:
..... ¡Ay! No des un paso más.....
Si adviertes que roto vas,
¿Cómo á caminar te atreves?

Alucinado con ver
Falaces transformaciones,
Tras de nuevas ilusiones
Te das, menguado, á correr.
El ansia de engrandecer
Te hace flores desdeñar,
Riscos y conchas dejar,
Y hacia peñascos desnudos
É insensibles troncos rudos,
A ser su escarnio, marchar.

Ufano porque otra fuente
Te rinde humilde tributo,
No adviertes que va de luto
Enturbiada tu corriente.
..... Ya eres soberbio torrente.....
Ya tu voz trueno retumba.....
Ya tu raudal se derrumba.....
..... Mas ¿dónde?..... En el ancho río,

Que te arrastra raudo y frío
Al mar profundo, á la tumba.

Cuando absorto te examino,
Cuando en vano mis miradas
Contar quieren tus pisadas,
Medir quieren tu camino,
Ver ¡ay! la vida imagino
Del desdichado mortal,
Pues es á la tuya igual;
Y me confunde y me asombra
La del ente que se nombra
Por burla *ente racional.*

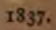
Nace como tú inocente,
Como tú tras sombra vana
Corre, como tú se afana
En crecer rápidamente;
Como tú, desde su oriente
Llega en un punto á su ocaso;
Como tú, pretende acaso
Que es su vida eternidad,
Y como tú ¡oh ceguedad!
No ve que todo es un paso.

Y aunque durara cien años
La infeliz humana vida,
Fuera un punto su corrida,
Todo su período engaños,
Todo su fin desengaños;

Pues bien claro se percibe
Que sólo se circunscribe
Á un tan rápido momento,
Que se escapa al pensamiento,
Lo que de veras se vive.

Lo pasado nada es ya.
El porvenir no llegó.
Lo presente es..... ¿qué sé yo?
De entre las manos se va.
..... ¿Conque la vida será
Sólo lo presente?..... Y ¿es
Lo presente nada?..... Pues
La vida del hombre es nada,
Si se mira despojada
Del *antes* y del *después*.

Si es la vida en conclusión
Un solo punto fugaz,
Un breve sueño falaz,
Una nada, una ilusión,
¿Cómo puede ¡oh confusión!
Tanto afán y tanto anhelo,
Tanto susto y desconsuelo,
Tanto angustioso llorar,
Tanta desdicha encerrar
En tan corto espacio el cielo?.....








## LAMENTACIÓN.

### FRAGMENTOS.

### I.

Sí, yo la vi..... Mi patria revestida
De hierro alzóse, y admiró á la tierra,
Y, diosa de la guerra,
Metió en el cielo la cimera erguida.
Alzóse, y levantando la bandera
Del santo patriotismo,
Despertó el heroísmo
De una raza jamás, jamás cobarde;
Y roca fué valiente
Do se estrelló el torrente
De invencibles guerreros,
Que de triunfos sin cuento haciendo alarde,
Inundaron los límites iberos.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

¡Con qué noble constancia y bizarría,
En lucha de exterminio
Triunfó gallarda; confundió al coloso,

Cuyo feroz dominio
Rápido por el orbe se extendía,
Y dió á la Europa atónita reposo!

Eternos soles de radiante gloria
Coronaron la reina de dos mundos.
..... Mas ¡ay! aquella espléndida victoria
Sólo le dió laureles infecundos.
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

II.

Sus hijos tan valientes,
Tan duros con extraños invasores,
Cuanto dóciles, blandos y obedientes
Con domésticos viles opresores;
Si indómitos y fuertes libertaron
La dulce patria de extranjero yugo,
Necios á seres nulos la entregaron,
Cual se entrega una víctima al verdugo.
En manos degradadas é impotentes,
Tantas glorias recientes,
Tantas glorias antiguas se eclipsaron:
Y hundidos los trofeos,
Y perdidos tan ínclitos afanes,
Lo que no consiguieron los titanes,
Consiguiéronlo ¡oh mengua! los pigmeos.
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

En fango sepultóse el nombre augusto
De la egregia nación, hecho jirones
Su regio manto, y su poder robusto
Se perdió en dolorosas convulsiones.

Y en ellas ¡ay! en mísera agonía
Revuélcase infeliz, despedazada
La gloria de la antigua monarquía,
Doquier del mar y el sol reverenciada.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

III.

¡Ay!..... Vedla, vedla escuálida, doliente,
Rotos sus miembros todos y esparcidos,
Ludibrio de franceses y britanos.
Vedla como cadáver impotente,
Sólo por hijos producir gusanos,
Que se ceban insanos
Con rabia furibunda
En sus entrañas, disputando fieros
De la madre anhelante y moribunda
Los míseros despojos postrimeros.
¡Qué horror! ¡Qué horror!..... España ¡dura suerte!
¿Va á lanzarse en los brazos de la muerte?
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Puede, que amaga muerte á las naciones
Que, en discordias civiles,

Son juguete de viles
Y villanas pasiones;
Cuando las impotentes ambiciones
Y la torpe codicia
De honra, ciencia y virtud el puesto ocupa[n]
Y hollando la lealtad y la justicia,
La última sangre de los pueblos chupan.
Sí, que también perecen las naciones
Y se hunden del olvido en las regiones.
..... De ciento, soles de grandeza un día,
Es hoy el Asia tumba.
Y en África, por yermos arenales
Do florecieron razas colosales,
El viento abrasador se espacia y zumba.

IV.

¿La patria de Pelayos é Isidoros
Desaparecerá?..... ¿La denodada
Que desde Covadonga hasta Granada
Holló gloriosa los pendones moros;
La que llevó de ocaso á las riberas,
En bajeles triunfantes,
La santa cruz de Cristo en sus banderas
Y el habla deliciosa de Cervantes;
La de valor y de nobleza ejemplo,
Que de fe pura y de lealtad fué templo,
Se hundirá en el no ser?..... ¡Oh, no! Piados[o]
Mejorará su suerte

ıdecido el Todopoderoso:
ará del lecho de la muerte,
un salvador, y alzará el vuelo.
briga en su suelo
nes de virtud y fortaleza,
infecundos yacen y esparcidos,
o aparezca el brazo de gigante,
trono hundido y el altar levante,
he de la discordia la cabeza,
rtidos confunda,
a libertad santa y fecunda
re el reinado venturoso,
loria y con reposo
nirán, opimo fruto dando,
spañol imperio restaurando.

absorto vió el mundo
letargo profundo
paña despertar, y valerosa
lependencia asegurar gloriosa;
rá de la sima
ce levantarse, y poner grima
ves extranjeros,
us discordias acaloran fieros,
viles, domésticos tiranos
beldes villanos;
rono de sus reyes
su pueblo la grandeza augusta
zar para siempre en la robusta
de la razón y de las leyes.

V.

Mas ¿dónde, cielos, dónde
El héroe á tal empresa destinado?
Hoy al anhelo universal se esconde?.....
..... Si por inspiración me fuera dado
Conocer, admirar en profecía
Al que ha de restaurar la patria mía.....
..... Yo la espalda violento
Del huracán indómito oprimiera,
Con su empuje subiera
Á escalar el sublime firmamento,
Allí audaz robaría
Una pluma del ave de un querube,
Y con líquida luz escribiría
El nombre egregio en la remota nube.

Sevilla, 1840.





## SONETO.

Detesta Pero-Antón la aristocracia,
Y títulos y bandas escarnece,
Pues diz que sólo la virtud merece
En el aprecio de los libres gracia.

Mas luego que con arte y eficacia
En la Bolsa ó garito se enriquece,
Y con poca vergüenza medra y crece,
Subiéndose á mayores con su audacia;

Ya á su alma la virtud no satisface,
Ni aun del tesoro el brillo y el provecho;
Y en bajezas é intrigas se deshace,

Hasta esmaltar blasones en su techo,
Ser marqués, atrapar un alto enlace,
Y ornar con cintas el villano pecho.

1841.





## LA ASONADA.

Ronco retumba el pavoroso ambiente
hórrido bramido
un mar enfurecido,
ie agita algún espíritu infernal.

Mar hinchado, tremendo, altivo, hirviente
plebe amotinada,
ie inunda desbocada
s calles de esta hermosa capital.

Mar de demencia y de ignorante furia,
pálidos semblantes,
pechos anhelantes,
sed de sangre y bárbara embriaguez.

Es de la humana sociedad injuria
baldón que en su seno
mpa así todo freno
norante canalla tan soez.

Los templos, los palacios, los talleres
los sabios liceos,

Y los ricos museos
Tiemblan, ó vilipendio, ó destrucción.

Escóndense aterradas las mujeres,
Al seno palpitante
Estrechando el infante,
Y aumenta su gemir la confusión.

El sabio, el bueno, el justo y el anciano,
Los rostros desteñidos,
Hablan, no son oídos,
Y los arrastra el popular furor.

Y con indignación ¡esfuerzo vano!
Todo el que es caballero,
Empuñando un acero
Al torrente se opone con valor.

*Vivas* y *mueras* en horrendos gritos
Lanzan bocas inmundas,
Blasfemias furibundas,
Que hacen la tierra en derredor temblar.

La despechada turba de precitos,
Que suplicios eternos
Apura en los infiernos,
Otras tales no osaran pronunciar.

Vivas dan, y ¡qué vivas espantosos!
Á viles criminales,

Á inicuos desleales,
Á ideas que ni aun pueden discernir.

Á las leyes, que hollando van furiosos,
Al interés mezquino
Del que les diera el vino,
Que entre crímenes deben digerir.

Y ¡qué mueras! ¡qué mueras, patria mía!
Á cuanto de alta gloria
Te corona en la historia,
Y te dió del poder la celsitud.

Á cuanto Europa te envidiaba un día,
A cuanto noble y bueno
Aun existe en tu seno,
Al saber, al honor, á la virtud.

¡Ay!..... Ya agitando la incendiaria tea,
El puñal esgrimiendo,
El aire ensordeciendo
Con la ciega descarga en confusión,

No hay vida, no hay hacienda que no sea
Presa de los villanos,
Que obedecen insanos
Á extranjera ó traidora inspiración.

Libertad sacrosanta: ¡ay! en tu nombre
La horrenda tiranía

De la canalla impía
Triunfa de la tranquila sociedad.

Y sin respeto alguno que la asombre,
Mata, roba, arrüina,
Incendia y extermina,
Y grita furibunda: *¡Libertad!!!*

Malvados, ¿qué queréis?..... Mas no malva
Ignorantes y viles, [do
Instrumentos serviles
De una ambición infame y pertinaz,

Con mentira y con vino entusiasmados,
Y con una peseta
Que una mano secreta,
Extranjera tal vez, os dió falaz,

¿Pensáis, alucinados, que mañana
Seréis más venturosos,
Más ricos, más famosos,
Que pan en vuestras casas va á llover?

Ved que fundáis una esperanza vana
En un crimen tremendo,
Á cuyo peso horrendo
Más infelices vais mañana á ser.

Ved que sois instrumento despreciable
De cobarde malicia,

De insaciable codicia,
De un envidioso afán, de una traición;

Que con vuestro furor nada hay estable,
Ni riquezas, ni reyes,
Ni religión, ni leyes;
Que hundís en un abismo á la nación.

¿Ciegos seguís en el tumulto fiero?.....
..... Matad, robad, hartaos,
De crímenes saciaos,
Que vuestros triunfos pasajeros son.

Sólo el de la razón es duradero;
Su inexorable espada,
Por las leyes armada,
Vibrará antes de mucho la razón.

La metralla delitos tan atroces
Castigará terrible,
Y el verdugo inflexible
Á los que encienden vuestro insano afán.

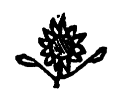
Ó acaso vuestros crímenes atroces
Al muerto despotismo,
De lo hondo del abismo
Vengador y terrible evocarán.

Sí, que ignorantes turbas revoltosas,
De locas ambiciones

Y de inicuas pasiones
Necio juguete ó instrumento vil,

Solamente cadenas afrentosas
Y látigo merecen;
No los frutos que crecen
De la alma libertad en el pensil.

Sevilla, 1





## SONETO.

### RECETA SEGURA.

Estudia poco ó nada, y la carrera
Acaba en abogado de estudiante.
Vete imberbe á Madrid, y petulante
Charla sin dique, estafa sin barrera.

Escribe en un periódico cualquiera;
De opiniones extremas sé el Atlante,
Y ensaya tu elocuencia reventante
En el café ó en junta patriotera.

Primero concejal, y diputado
Procura luego ser, que se consigue
Tocando con destreza un buen registro:

No tengas fe ninguna, y ponte al lado
Que esperanza mayor de éxito abrigue;
Y pronto te verás primer ministro.





# Á LA REINA NUESTRA SEÑORA.

---

VERSOS ESCRITOS EN EL ALBUM
QUE REGALÓ Á S. M. EL LICEO DE MADRID
LA NOCHE DEL 15 DE DICIEMBRE DE 1843.

Ángel puro inocente,
Que al regio trono de mi patria subes,
Como el sol refulgente
Sube al cenit, las borrascosas nubes
Venciendo y disipando,
Y bienhechora luz al orbe dando:

Tú el amparo y consuelo
De la angustiosa y abatida España
Serás; pues tú del cielo
Tan sólo puedes aplacar la saña,
Y la tremenda ira
Con que el Dios de venganzas ¡ay! nos mira.

De un pueblo que te adora
En el amor y en las sagradas leyes
Apoyada, Señora
(Pues son el firme apoyo de los reyes),

Bajo tu pie quebranta
De la discordia la feroz garganta.

Con mano vigorosa
Rige las riendas del imperio hispano;
Levántalo animosa
Del cieno inmundo en que relucha en van
Dale paz y reposo:
Esto te pide un pueblo generoso.

Riquezas brota el suelo,
Y riquezas nos dan lejanos mares,
Y riquezas el cielo;
Mas no reposo y paz en nuestros lares,
Y exánime y postrada
Yace esta tu nación desventurada.

De Otumba y de Pavía,
De Lepanto y Bailén el pueblo es este;
Arde en él todavía
De ingenio y de valor el don celeste,
Y en combates civiles
Se pierden sus esfuerzos varoniles.

Tú sola, refrenando
De impunes rebeliones la osadía,
Que las leyes hollando,
Tornan la libertad en anarquía,
Lograr puedes la hazaña
De dar reposo á la infeliz España.

Y si intentaren fieros
De la discordia acalorar la tea
Aleves extranjeros,
El universo atónito te vea
Cercada de leones,
Cuyo rugido aterre á las naciones.

Tuya es la empresa santa
De hacer del pueblo generoso ibero
Después de angustia tanta,
De los pueblos ilustres el primero;
Tuya será la gloria,
Y nombre eterno te dará la historia.

Sí, tanta horrenda plaga
Como lanzó en España el hondo infierno,
Que un ángel la deshaga
Y la remedie ya, quiere el Eterno;
Y á ti el hacerlo fía,
Y ángel reparador á ti te envía.

Lógralo venturosa.
Si fundó esta nación otra Isabela,
Sálvala tú gloriosa
De la discordia insana que la asuela,
Y la fama confunda
La primera Isabel con la segunda.





## SONETO.

### UN BUEN CONSEJO.

Con voz aguardentosa garla y grita
Contra todo Gobierno, sea el que fuere;
Llama á todo acreedor, que te pidiere,
Servil, carlino, feota, jesuíta.

De un diputado furibundo imita
La frase y ademán. Y si se urdiere
Algún motín, al punto en él te ingiere,
Y á incendiar y á matar la turba incita.

Lleva bigote luengo, sucio y cano,
Un sablecillo, una levita rota,
Bien de realista, bien de miliciano;

De nada razonable entiendas jota;
Vivas da ronco al pueblo soberano,
Y serás eminente patriota.





## LA PRIMERA VEZ QUE VI A M. B.

Sí, la misma es que mis ojos
En ilusión vieron vana,
Ya en los perfiles de grana
Que ornan los celajes rojos
De la encendida mañana;

Ya entre las orlas de espuma
Del adormecido mar,
Sobre la arena triscar,
Leve como leve pluma,
Y mi pecho encadenar.

Sí, la apacible sonrisa
De su boca deliciosa
La vi en la modesta rosa,
Cuando la ligera brisa
La acaricia cariñosa.

Y escuché su acento suave
En el sonoro arroyuelo

Que de aljófar borda el suelo,
Y en los gorjeos del ave,
Al primer albor del cielo.

Y en sueño fugaz y leve
La vió mi imaginación,
Robándome el corazón,
Cruzar vaporosa y leve,
Celestial aparición.

Es la misma. ¡Ah! La encontré
De la vida en el camino.
..... ¿Por qué arcano del destino,
Mi afán entre sombras fué
Encanto tan peregrino?.....

Y ¿por qué sin conocerla
Su imagen me suspendía,
Y grabada la tenía,
Mucho tiempo antes de verla,
Con fuego en el alma mía?.....

¿Quién lo sabe? Nuestra mente
No es nuestra. Vuela, medita,
Se encumbra, se precipita
Á impulso oculto obediente
Que la contiene ó la incita.

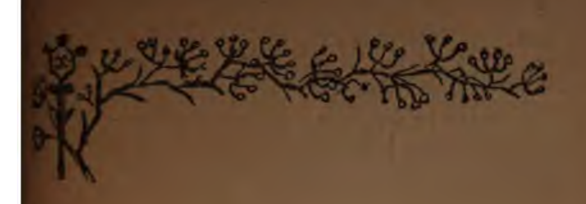
Y lo mismo el corazón:
Es de bronce ó es de cera,




Según la oculta impulsión
Que lo calma ó que lo altera.
Obscuros misterios son.

Cádiz, 1844.





## EL SOL PONIENTE.

---

Á los remotos mares de occidente
Llevas con majestad el paso lento,
¡Oh sol resplandeciente,
Alma del orbe, de su vida aliento!

Otro hemisferio con tu luz el día
Espera ansioso, y reverente adora
Ya un rayo de alegría,
Con que te anuncia la risueña aurora.

Sobre ricas alfombras de oro y grana
Que ante tus planas el ocaso extiende,
Tu mole soberana
Lentamente agrandándose desciende.

La tierra que abandonas te saluda,
El mar tus rayos últimos refleja,
Y la atmósfera muda
Ve que contigo su esplendor se aleja.

Del lozano Posílipo (1) la cumbre
Ya oculta tu magnífica corona;
Pero tu sacra lumbre
Aun deja en pos una encendida zona.

Y aun dora del Vesubio (2) la agria frente
Y aun brilla en el espléndido plumaje
De humo y ceniza ardiente,
Que sube hasta perderse en el celaje.

Y aun esmalta con vivos resplandores,
Y perfila con oro y con topacio
Los nítidos colores
De las nubes que cruzan el espacio.

Pero á medida que de aquí te alejas,
Tu regia pompa tras de ti camina,
Y tan sólo nos dejas
Tibia luz pasajera y blanquecina.

Y queda sin color la tierra helada,
Sin vislumbres la mar y sin reflejos,
Y con niebla borrada
Capri (3) se pierde entre confusos lejos:

---

(1) Gallarda y extendida loma al O. de Nápoles, cu-
bierta de casas de campo y de arboleda.

(2) El volcán que se eleva en medio de una fertilísima
llanura al E. de Nápoles.

(3) Isla peñascosa y elevada, que está en medio de
la entrada del golfo de Nápoles.

Mas también el crepúsculo volando
Va en pos de ti, y al mar y tierra y cielo
La noche amortajando
Con su impalpable y pavoroso velo.

Y ¿no te siguen del mortal los ojos
Anhelantes, confusos, arrasados;
Y al ver tus rayos rojos
Desparecer, no quedan consternados?

¿No tiembla el hombre, y puede en su de-
Al sueño y al placer y á los amores [mencia
Darse, sin que la ausencia
Le aterre de tus puros resplandores?.....

..... ¿Quién la seguridad le da patente
(Ni aun el orgullo de su ciencia vana)
De que al plácido Oriente
A darle vida y luz vendrás mañana?

¡Ay!..... ¡Si el Criador del universo, airado
De ver tan sólo en la rebelde tierra
El triunfo del malvado,
Y la inicua ambición, y la impía guerra,

La inmensa hoguera en que ardes apagara
De un soplo, ó de la ardiente
Melena te llevara
A otro espacio su mano omnipotente!!.....

Mas no, fúlgido sol: vendrás mañana,
Que no trastorna, no, su ley eterna
La mente soberana
Que formó el universo y lo gobierna.

Mil veces y otras mil vendrás, en tanto
El plazo designado se consuma,
Que el Dios tres veces Santo
Dió á la creación en su sapiencia suma.

Sí, volverás y durarás; que tienes,
Criatura predilecta, el don de vida,
Y hermoso te mantienes,
Burlando de los siglos la corrida.

No así nosotros, míseros humanos,
Polvo que arrastra el hálito del viento,
Efímeros gusanos
Cuya vida es un rápido momento.

Nuestro afán debe ser sólo al mirarte
Transmontar y dejarnos noche umbría,
Si aun vivos admirarte
Nos será concedido al otro día.

¡Ah!..... ¿Quién sabe?..... Tal vez, sol ref
Que has hoy mi pensamiento arrebatado,
Mañana desde Oriente
Darás tu luz á mi sepulcro helado.

Nápoles, 1844.



## VERSOS

### ESCRITOS EN EL ALBUM DE P. A.

Tus ojos, ojos no son,
Niña, sino dos navajas
Con que destrozas y rajas
El más duro corazón.

Y tu boca celestial
No es boca, es un vaso lleno
De hechizos y de veneno,
Entre perlas y coral.

Por experiencia lo sé:
Vi tus ojos, y al instante
Con un hierro penetrante
Roto mi pecho encontré.

Tu suave voz me encantó,
Bebí tu sonrisa, y luego
De ardiente ponzoña el fuego
Por mis venas circuló.





## NO HAY REPARACION.

Con lágrimas inútiles,
Con estéril ofrenda,
La infiel toma la senda
Que hacia el sepulcro va del que engañó.

Y de ocaso en las cárdenas
Nubes, tumba del día,
Ya el sol la frente hundía,
Cuando al recinto funeral llegó.

Del dudoso crepúsculo
Á la luz nebulosa,
Cercana ve la losa,
Entre la húmeda hierba blanquear.

Y se acerca impertérrita,
Pues engaño y traiciones
Juzga en sus ilusiones
Con lágrimas y flores reparar.

Cuando se alza terrífico,
Y el corazón le pasma,

De la losa un fantasma,
Bulto blanco de niebla y de vapor,

Con dos ojos fosfóricos
Que á la pérfida miran,
Ó esquivándola giran,
Dando en torno siniestro resplandor.

La sangre toda cuájase
De la infiel, que quisiera
Que la tierra se hundiera,
Y la tragara y confundiera allí.

Y más cuando el fantástico
Espectro, con profundo
Acento de otro mundo,
Terrible, aterrador, le dijo así:

«En esta tumba, ¡oh mísera!
¿Qué reparo pretendes?
¿Acaso no comprendes
Que este recinto profanando estás?

»Los dones y las lágrimas
Al vivo satisfagan,
Si su amor propio halagan,
Pero al muerto, desnudo de él, jamás.

»Cuando convulso y trémulo
Tu engaño sospechaba,

Y aun amante anhelaba
Á tu arrepentimiento dar perdón,

»El llanto ahora infructífero,
Y esas flores, acaso
Detuvieran el paso
Con que bajé infeliz á esta mansión.

»Mas tú entonces frenética
De mi dolor burlaste,
La ofensa redoblaste,
Y me hundiste en el sitio en que me ves.

»¿De tu delirio pérfido
Te arrepientes ahora?.....
..... ¡Huye de aquí, traidora;
No esta tumba profanes con tus pies!

»En ella, ¿de qué sírvenme
Lloro y dones votivos?.....
Vé con eso á los vivos,
Que los reciben con risueña faz.

»Aléjate, retírate,
Pues aquí no hay amores,
Ni aroma dan las flores:
Deja á los muertos en su eterna paz.»

El espectro disípase,
Y cae la triste al suelo,

Donde un montón de hielo
Parece de la luna al resplandor.

Y á la mañana próxima,
Junto á la losa yerta
Se la encontraron muerta.
..... ¿Fué de arrepentimiento, ó de terror?

1844.





## MEDITACION.

---

AL INSIGNE POETA NAPOLITANO EL SR. GIUSEPPE CAMPAGNA (1).

¡Ay, con qué confianza,
Desde el risueño oriente de la vida,
El mortal se abalanza
Al mundo, que con goces le convida!

Tan sólo ve delante
Risueños prados y lozanas flores;
Sólo mira anhelante
Fiel amistad y plácidos amores.

---

(1) Á esta composición contestó el Sr. Giuseppe Campagna los siguientes versos:

AL CHIARISSIMO DUCA DI RIVAS.

RISPOTA.

Quel sublime, quel durevole
Ben che alletta insieme e giova
Ah! d' Adamo la progenie
Sempre cerca e mai non trova,
E trovar nol può, chè stolida
Essa il cerca ove non è:

En saber y opulencia,
En grandeza, en poder, en gloria y fama,
Sólo ve su inocencia
De un magnífico sol la eterna llama.

Avanza fascinado
El pie por la carrera seductora,
Y entra ¡desventurado!
Donde al momento desengaños llora.

La que juzgó pradera,
Ve que al contacto mismo de su planta
Se marchita y se altera,
Tornándose arenal yermo que espanta.

Y las que desde lejos
Eran flores fragantes, purpurinas,
Aromas y reflejos
Pierden y se convierten en espinas.

---

Essa il cerca entro le splendide
Mura, all'aura ingannatrice
Delle corti, ove il più misero
Talor sembra il più felice,
E qual mostra andar più libero
Ha più ceppi intorno al piè.

Essa il cerca nel tripudio
Che par gioia ed è tristezza:
Essa il cerca nella tumida
Miserevole ricchezza,
Che la pace e il sonno invidia
All'onesta povertà.

Al seno palpitante,
Á quien su amigo se pregona estrecha,
Amigo que al instante
Con un puñal el corazón le acecha.

El menguado le fía
Honra, fortuna, nombre y pensamiento,
Y encuentra al otro día
Traición aleve, estéril escarmiento.

Ve unos ojos de llama
Y un seno de jazmines palpitante,
Y su pecho se inflama,
Y sueña eternas dichas delirante.

Y las lágrimas bebe
(Mejor fuera un veneno) deliciosas,
Que son sobre la nieve
De un rostro angelical perlas preciosas.

---

Essa il cerca nella torbida
Luce data alle terrene
Menti: luce che la tenebre
Mal per noi rompendo viene;
Se la rompe e non la dissipa
Anche assai peggior la fa.

A soccorrere l'infausto
Mondo reo, di sangue intriso,
Non creava Iddio le grazie,
Non i vezzi, non il riso,
Non la pompa, non la gloria:
Ma creava la virtù.

Y rendido á un encanto
Que sus sentidos todos encadena,
Juzga verdades cuanto
Brota el labio falaz de una sirena.

Mas cuando el alma tiene
Más rendida á sus pies, y más dichosa,
Un desengaño viene,
Y se halla aislado en cárcel tenebrosa.

Y ve que al alto cielo,
Insensible burlándole, le plugo
Ofrecer á su anhelo,
En la forma de un ángel, un verdugo.

---

La creava e circondavala
De quei raggi onnipossenti,
Che a descrivere non giungono
Gl' imperfetti umani accenti,
E che fan del cielo il gaudio
Pregustare all' uom qua giù.

Çerto quei che tutelarono
Co' lor petti il suol natio,
Certo quei che il sangue sparsero
Per la fè del vero Dio,
E la nostra alma redensero
Dal servaggio e dall' error,

Sovruman diletto accolsero
Certo quelli in su la terra,
La tenzone pe' fortissimi
Fù trionfo, non fù guerra:
Il martirio pe' magnanimi
Fù dolcezza, non dolor.

Destrozado el corazón,
El alma en pedazos rota
Juzgan ¡oh alucinación!
Que es verdad otra ilusión
Que descubren más remota.

Y corre el mortal mezquino,
Sediento, ansioso, á beber
En las fuentes del saber,
Sin saber que su destino
Es el de ignorante ser.

Así, de sed medio muerto,
Tras agua y selvas hermosas,
Que son nubes engañosas,
El viajador del desierto
Va con plantas anhelosas.

Libros revuelve, enciérrase, medita

---

De virtù mova per l' arduo
Sentier l' uomo, e tal perfetto
Ben godrà qual ei desidera,
Si, godrallo.—E gliel prometto
Io nel nome di quel massimo
Che la vita in lui spirò,

Si godrallo, ed involarglielo
Non potrà verun, perch' esso
Chiuso allor della letizia
Avrà il fonte entro se stesso:
Ne tal fonte unqua per volgersi
Di fortuna si seccò.

Con vigiloso afán,
Y en un caos sin fin se precipita
Do los martirios de la duda están.

Y sólo ve una luz, luz que le aterra
Y alumbra el *hasta aquí*,
Que trazó Dios en la infelice tierra
A nuestra inteligencia baladí.

La tiniebla abandona desdeñoso,
Que ciencia juzgó ya,
Y en busca de la dicha y del reposo
En pos de otra ilusión perdido va.

La pompa y riqueza son
Sólo del mortal ventura,
Dice, y corre y se apresura,
Y con alma y corazón
Las solicita y procura.

Ya tesoros inmensos ha logrado.
Sí, ya los consiguió.
¡Cuántos riesgos y penas le han costado!
Y ¿qué es lo que con ellos ¡ay! logró?
Susto, inquietud, desvelo,
Y más grande ansiedad que antes probó.
El corazón se le convierte en hielo,
Marchita su alma está;
Ve que se burla de él feroz el cielo,
Y en pos de otra ilusión perdido va.

Mas un nuevo sol radiante
Que sobre un monte se encumbra,
Lo fascina y lo deslumbra,
Y á él dirígese anhelante.

Es el del poder y mando,
Y hasta él es fuerza llegar
Con esfuerzo singular,
Obstáculos derribando.

Por virtudes ó crímenes, no importa,
La cumbre del poder su planta oprime,
Y el sol que el alma le dejara absorta,
Visto de lejos con su luz sublime,
En llama horrenda, que el infierno aborta,
Ve convertido, y despechado gime
Ardiendo en ella ¡mísero! entre horrores,
Ansias, miedos, vigilias y rencores.

Conoce el triste, y lo conoce en vano,
Que allí de los cabellos le ha traído
De un demonio feroz la dura mano,
Y quisiera ¡infeliz! no haber nacido.
Bajar procura de la cumbre al llano;
Pero la escala ¡ay Dios! por do ha subido
Se ha roto, se ha deshecho, y sólo mira
Despeñaderos do los ojos gira.

Tiene cerca de sí más alta cumbre,
La cumbre de la gloria y de la fama;

Espléndida la ve de hermosa lumbre,
Y con sonora voz le exhorta y llama.

Salta atrevido á colocarse en ella:
¡Cuán pocos lo consiguen! O le falta
El influjo benigno de una estrella,
Y á un mar de fango y de desprecio salta,

Ó empujado de próspera fortuna
Se empina, y ciñe de laurel la frente,
Para apurar las penas una á una,
Que causan de la envidia el corvo diente,

De la calumnia el bárbaro veneno,
De la injusticia infame la osadía,
De la sucia ignorancia el negro cieno
Y de la ingratitud la saña impía.

Destrozado el corazón,
El alma en pedazos rota,
Muerta la imaginación,
Ve que en mar de confusión
La barquilla humana flota.

Y torna el triste mortal
Atrás los cansados ojos,
Y ¡oh desengaño final!
Ve sólo un ancho arenal
Sembrado todo de abrojos.





Tal vista le desconcierta;
Se vuelve con ansiedad
En busca de una verdad,
Y encuentra una tumba abierta,
Y detrás la eternidad.

Nápoles, 1844.





## RETRACTACION.

AL MISMO.

Razón tienes, Campagna:
Tu canto filosófico
De mi delirio tétrico
Sabiamente triunfó.

Sí, amigo, sí: se engaña
El mortal melancólico,
Que el orbe sólo un cúmulo
De infortunios juzgó.

Al cabo, aun cuando sean
De este valle las lágrimas,
El Criador sapientísimo
Que le dió vida y ser,

Quiso que en él se vean
De su piedad sin límite

Huellas aun más magníficas
Que las de su poder.

Y en él trazó una senda
Por do, siguiendo impávido,
Aun el mortal más mísero
Logra paz y quietud.

Y ninguno pretenda
Que no la halla; solícita
Á cada paso muéstrase:
Es la de la virtud.

El hombre ponga á sus pasiones freno,
La razón se lo ofrece á cada instante,
Y pisará triunfante
Del vicio inmundo el corrompido cieno.

Enciérrese en los términos que plugo
Dar á su terrenal inteligencia
Á la alta omnipotencia,
Y se libertará de atroz verdugo.

Cual tránsito veloz mire la vida,
A un eterno reposo encaminado,
Y verá sosegado
Del tiempo breve la fugaz corrida;

Eleve el alma al ser omnipotente
Despreciando las pompas terrenales,

Y brotará á raudales
Dulce consuelo en su tranquila frente.

Y amor, no amor impuro y deleznable,
Y de la caridad el don divino
Sembrarán su camino
Con flores de fragancia perdurable.

Tranquila el alma, contento
Seguirá su corazón
La antorcha de la razón
Y la voz del sentimiento.

Y no perdida su mente,
Ni su pecho envenenado,
Admirará entusiasmado
El saber omnipotente.

Y en la creación hallará
De altos goces inefables
Las fuentes inalterables,
Con que el alma saciará.

Arde el Oriente en púrpura teñido,
Y álzase el sol magnífico lanzando
Á torrentes la luz, el adormido
Mundo de vida y de calor llenando.

Al trono sube del cenit ardiente,
Un mar de lumbre desde allí derrama,

Y el orbe, rey, postrado y reverente,
De la creación inmensa le proclama.

Á darle vida á otro hemisferio, el paso
Tiende con majestad, y le presenta
Ancho camino el apartado ocaso,
Y sus tesoros y su pompa ostenta.

¿Y espectáculo tal no encanta al hombre,
Y llamado á gozarlo es infelice?.....
..... ¿Hay mortal que lo mire y no se asombre,
Cuando insensato su existir maldice?.....

La noche el manto extiende
Recamado de estrellas y luceros,
Y entre celajes nacarados pende
La luna de argentinos reverberos,
Modesta, vaporosa.
El aura bulliciosa
Trisca en el mar dormido,
Y en el bosque, vestido
De obscuridad, se mece:
En letargo profundo
Sumergido parece,
Y en dulce paz el fatigado mundo.

Y ¿es para el hombre nada
La noche sosegada,
El trémulo fulgor de las estrellas,
Las nubes que fantásticas y bellas

Cruzan por el espacio,
El disco de topacio,
De la brisa balsámica el aliento,
Y el reposo del orbe soñoliento?
¿Este conjunto mágico ¡infelice!
A su imaginación nada le dice?
¿No conmueve su alma?
¿No la sumerge en deliciosa calma?

Mas no es la naturaleza,
Es el hombre el que hace al hombre
Que de su existir se asombre,
Que deteste su flaqueza;

Es la sociedad..... ¡Ay! no:
En ella piadoso el cielo
Manantiales de consuelo
Perennes aseguró.

¿Hay placer más sabroso,
Cabe mayor ventura
En la humana criatura,
Que el de la dicha ajena socorrer?

Quien da al menesteroso
Alivio; quien el llanto
Enjuga del quebranto,
¿Desventurado se osará creer?.....

Y todos los mortales

Motivo de hacerlo tienen,
Si en su pecho mantienen
El fuego de la santa caridad.

Si vicios infernales
La compasión sagrada
No tienen desterrada
De un alma endurecida y sin piedad.

Una acción justa y buena
Da tan puro contento,
Halaga el pensamiento
Tanto un acto de noble rectitud,

Que sólo un alma llena
De cieno miserable,
El encanto admirable
Puede desconocer de la virtud.

¿Y las lágrimas sólo,
No son un don del cielo,
Si por ajeno duelo
Logran nuestras mejillas esmaltar?

No halla de polo á polo
Mayor consuelo un pecho
Destrozado y deshecho,
Que el de por tierna compasión llorar,

Pues la presencia

De la inocencia
De un tierno niño
Y su cariño,
La dulce calma
¿No son bastantes á volverle á un alma?

Aquella pura
Dulce criatura,
En cuya frente
De Dios patente
Se ve el aliento,
¿No embalsama, no hechiza el pensamiento?

Si despertando
A un beso blando,
Mira risueño,
¿Quién guarda ceño?
¡Ay! Sus caricias
Son un mar insondable de delicias.

Pero un pecho, aunque justo, inexorable,
Por desengaños é injusticias roto,
Brama sañudo, como brama el noto,
Y detesta este mundo miserable.

No encuentra en él venganza, no la encuentra
En el cielo, que insulta y que provoca,
Y en desesperación deshecha y loca,
En un abismo de infortunios entra.

Sangre ansía y destrucción, odios respira.
Existe entre venenos y rencores,
Y siempre en derredor sus ofensores,
Turba de espectros y fantasmas mira.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Pues bien; tórnese á Dios un solo instante,
Haga un esfuerzo, y diga: *Yo perdono*,
Y de repente se hallará en un trono,
Y ángeles sólo mirará delante.

Razón tienes, Campagna:
Tu canto filosófico,
De mi delirio tétrico
Sabiamente triunfó.

Sí, amigo, sí, se engaña
El mortal melancólico,
Que sólo el orbe un cúmulo
De infortunios juzgó.

Nápoles, 1844.





## UNA DECLARACIÓN.

¡Ay, que tus ojos de fuego,
Y tu garganta divina,
Y tu gracia peregrina
Roban á mi alma el sosiego,
Idolatrada Azelina!

Como un rayo de la luna,
Que en noche de primavera
Consolador reverbera
Sobre apacible laguna,
Es tu mirada hechicera.

Y tu aliento es el ambiente
De un jardín embalsamado,
Tu voz el aura del prado,
Tu sonrisa la corriente
De arroyuelo sosegado.

Y tu delicioso seno
De apretada y pura nieve,

Es la copa donde bebe
Su poderoso veneno
El tirano amor aleve.

Verte es mi dicha mayor,
Mi delicia el escucharte
Y mi destino adorarte.
..... Mas ¡ay! al ver tu rigor
El corazón se me parte.

Lástima á mis penas ten,
Tu amor mi pecho destroza;
Nada en la crueldad se goza,
Y la crueldad no está bien
En una tan buena moza.

¿Quieres un alma abrasada
Que mire su cielo en ti?
¿Quieres encontrarte, di,
Como jamás adorada?
Pues vuelve la vista á mí.

Vuelve amable á mí la vista,
Y verás, como discreta,
Que es fuerza te comprometa
Un alma ardiente de artista
Y un corazón de poeta.

Este fuego celestial
Que enciende mi fantasía,

El estro que al alma mía
Le da un temple sin igual,
Tuyos son, ingrata mía.

Serán humildes despojos,
Si mi pena te conmueve,
De tu garganta de nieve,
De tus rutilantes ojos,
De tu pie pulido y breve.

No pierdas aislada, no,
De tus lozanos verdores
Los encantos y las flores:
Y los perderás si no
Los disfrutas en amores.

¿Qué es un alma sin amor?.....
¿Qué es la beldad sin amante?
Una luz sin resplandor,
Una pasajera flor
Falta de aroma fragante.

Deja, pues, el desdén tú,
Y yo, que ardiente te adoro,
De amor te daré un tesoro
Mas grande que el del Perú,
Pues vale amor más que el oro.





## Á LUCIANELA.

### SONETO PRIMERO.

Cuando el desnudo pie graba en la arena
Luciana de la alegre Mergelina,
Y su garbo y su gracia peregrina
Envidia en los verjeles la azucena,

¿Qué es la enclenque de perlas y oro llena,
Que en el landó lujoso se reclina,
Y que con vanidad necia imagina
Que todo lo avasalla y lo encadena?

Tras la humilde y lozana pescadora
Se me va el corazón, se me va el alma,
Y huyen de la altivez de la señora;

Que la beldad, no el lujo, es quien la calma
Turba de un pecho noble y lo enamora,
Y sólo á la beldad rindo la palma.





## Á D. JOSÉ ZORRILLA.

CONTESTACIÓN Á LOS LINDOS VERSOS QUE PUBLICÓ, DEDICADOS AL AUTOR, EN «EL HERALDO» DE 30 DE JULIO DE 1844.

En estas risueñas playas
En otro tiempo españolas,
Que halagan las mansas olas
De un mar de plata y zafir,
Donde vagan sombras tantas
De alta fama y nombradía,
Que siempre al morir el día
Juzgo en derredor oir;

En esta ciudad de encanto,
Que embriagada en los festines
Duerme en medio de jardines,
Junto al borde de un volcán,
Sin sospechar llegue un día
Que la trague furibundo,
Como á otras que en lo profundo
De los abismos están,

Llegó á mí tu dulce acento,

Esclarecido poeta,
Donde tu alma se interpreta,
Donde luce tu amistad.
Y vino con sus encantos
Bálsamo á ser de mi pecho,
Nunca, nunca satisfecho,
Siempre, siempre en ansiedad.

Pues si tú tanto recuerdas
Las delicias de Sevilla,
De Guadalquivir la orilla,
Y mi tranquila mansión,
¿Qué haré yo, mi amado amigo;
Qué haré yo, que dejé en ellas
De mis ojos las estrellas,
Las prendas del corazón?

Ni pienses que olvidar puedo
Aquellas fugaces horas,
Tan dulces y encantadoras,
Que presto tuvieron fin,
En que los versos divinos
Que de tu labio brotaban,
Luz, color y cuerpo daban
Al aura de mi jardín.

Y el rumor de la arboleda,
De la fuente la sonrisa,
El bullicio de la brisa
Saltando de flor en flor,

Y el general embeleso
Acompañaban tu canto,
De nuestras almas encanto,
Y envidia del ruiseñor.

¡Ay! Esa luna lánguida y luciente,
Que de Madrid en el hermoso prado
Arrebató tu mente
Á la orilla del Betis encantado,

Brilla en esta región de artes y amores
Tan hechicera y blanda y deliciosa,
Y por estos alcores
Resbala tan lasciva y vaporosa,

Que parece la reina de este cielo,
Y la diosa del mar de las Sirenas,
Y el numen que da al suelo
De Parténope vida á manos llenas.

De la corona del Vesubio ardiente
Aparece magnífico topacio;
Luego es resplandeciente
Bajel de plata en el inmenso espacio.

Y al transmontar la cumbre deliciosa
De Posílipo, el monte de las flores,
Es virgen pudorosa,
Que huye de los profanos amadores.

Torno al disco de plata refulgente,
De lágrimas preñados,
Los ojos arrasados,
Envidiando su marcha al occidente.

Y al encanto de Nápoles la espalda
Volviendo desdeñoso,
Miro á la luna ansioso,
Que va á darle su luz á la Giralda.

¡Ay, si á mis ojos míseros en ella,
Por fuerza prodigiosa,
De mi mirada ansiosa
Les fuera dado el estampar la huella!.....

Tú solo con tu ingenio soberano
Descifrarla sabrías,
Y en sus trazos leerías
Cuánto anhelo estrechar tu amiga mano;

Cuánto las prendas apretar al seno,
Que por mi ausencia lloran,
Y sin mí tristes moran
Del Betis patrio en el contorno ameno.

Y que encantos jamás habrá bastantes,
Ni Circes, ni Sirenas,
Que consuelen mis penas,
Donde no suena el habla de Cervantes.

Nápoles, 1844.





## LA APARICION

### DE LA MERGELINA (1).

Se esconde tras Posílipo,
Entre nubes de grana,
La antorcha soberana
Del refulgente sol,
Del Vesubio flamígero
Esmaltando la cumbre
Con la postrera lumbre
Del último arrebol.

Cruzan el viento ráfagas
Que aun el astro colora,
Perfila, argenta y dora
Sobre el espacio azul.
Bulle brisa balsámica
Entre fragantes flores,
Y mece en los alcores
El pino y abedul.

(1) Se llama así en Nápoles la risueña playa que está entre la *Ribera de Chiaja* y el monte *Posílipo.*

El golfo de Parténope
Es espejo de plata,
Que plácido retrata
El celeste esplendor,
Y la pompa magnífica
Que al bajar al ocaso
Acompañan el paso
Del astro abrasador.

Pero con vuelo rápido
Tan espléndida escena,
Que tierra y cielo llena,
Despareciendo va.
Y de tibio crepúsculo
Luz densa y blanquecina,
Montes, ciudad, marina
Y cielo envuelve ya.

Entonces, cuando bórranse
Los mares y collados,
Confundidos, mezclados,
En dudoso total,
Y el orbe todo muéstrase
De la misma manera,
Que si al través se viera
De empañado cristal,

Ven mis ojos extáticos
En la arenosa playa,
Junto á la blanca raya

Del adormido mar,
Vaporosa, fantástica
Aparición divina,
Que da á la Mergelina
Encanto singular.

Erguida como el vástago lozano
De azucena gentil,
Que en las plácidas noches del verano
Señorea el pensil,

Se alza de una mujer encantadora
La forma angelical,
Que en sí todos los dotes atesora
Del poder celestial.

Y tal hechizo se desprende de ella,
Y fragancia, y fulgor,
Y en medio á tal atmósfera descuella
De encantos y de amor,

Que mientras anhelante y confundido,
Sin osarme acercar,
En tierra una rodilla, y abstraído
De tierra y cielo y mar,

La contemplo, se cambia mi existencia
En tal contemplación,
Que arrebata con mágica influencia
Mi alma á ignota región.

Sus ojos son de un ángel de consuelo:
Por la mar adormida los pasea,
Ó los eleva al vaporoso cielo,
Y luz divina en ellos centellea;

Ó á la inmensa ciudad, á quien envuelve
La sombra densa de la noche fría,
Anhelante los torna y los revuelve,
Llenos de celestial melancolía;

Ó hacia el Vesubio, cuya frente adorna
Rojo penacho de espantosa lumbre,
Girando el cuello de marfil, los torna;
Y afanosa los clava en su alta cumbre.

¿La inmensidad de la creación admira
En el mar y en el cielo cristalino;
Y cuando á la ciudad los ojos gira,
La obra desprecia del mortal mezquino?.....

¿Y cuando á la encendida y agria frente
Los torna del volcán, y en él los clava,
De escondida pasión, que su alma siente,
Mira el trasunto en la encendida lava?

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

¿Quién lo sabe? Imposible es que consiga
Descubrir un mortal sus pensamientos,

e la llama que su pecho abriga
nobles y escondidos elementos.

as yo lo sé: que mi alma se desata
os vínculos rudos terrenales,
ndo se purifica y se dilata
emplando sus gracias celestiales.

conocer le es dado de la Dea
nente y corazón, y las regiones
aquélla velocísima pasea,
éste las sublimes sensaciones.

pasmada y atónita comprende
frases que, veloces y cortadas,
labio puro de coral desprende,
do vida á las auras regaladas:

ases como las forma el rumor leve
íquido cristal que el prado gira,
landas flores que el ambiente mueve,
spíritu impalpable que suspira.

ro aunque estampa su profunda huella
ní, y á mi existir da nuevo giro
que así plugo á mi dichosa estrella),
nto entonces contemplo y cuanto miro,

e es imposible referirlo luego,
ndo torna mi espíritu á engastarse

En el humano fango, donde el fuego
Del éxtasis por fuerza ha de apagarse.

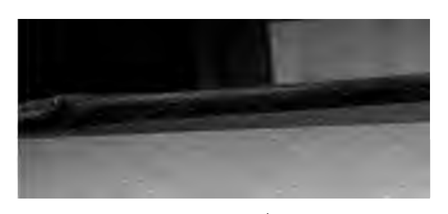
Ni el misterio de tales sensaciones
Puede nunca explicar humano labio,
Pues para tanto faltan expresiones
Al más rico lenguaje y al más sabio.

Mas dentro de esta cárcel tenebrosa,
El perfume conserva el alma mía
De la contemplación maravillosa,
Y el vibrar de una angélica armonía.

El crepúsculo se apaga,
Cubre de la noche el velo
La tierra, la mar, el cielo,
Y la aparición ó maga
Desparece en raudo vuelo.

Y en la arenosa ribera,
De negras sombras cercado,
Cual ángel precipitado
De la soberana esfera,
Me hallo solo y prosternado.

El nuevo sol veo salir,
Y ansioso anhelo que el paso
Apresure hacia el ocaso,
Para que torne á venir
Otro crepúsculo escaso.





Que en su plazo fugitivo,
Bajo la fascinación
De la mágica visión,
Es cuando de veras vivo
La vida del corazón.

Nápoles, 1844.





# Á LUCIANELA.

SONETO SEGUNDO.

Cuando al compás del bandolín sonoro
Y del crótalo ronco, Lucianela
Bailando la gallarda tarantela,
Ostenta de sus gracias el tesoro;

Y conservando el natural decoro
Gira, y su falda con recato vuela,
Vale más el listón de su chinela
Que del rico Perú las minas de oro.

¡Cómo late su seno! ¡Cuán gallardo
Su talle ondea! ¡Qué celeste llama
Lanzan los negros ojos brilladores!

¡Ay!..... Yo en su fuego me consumo y ardo,
Y en alta voz mi labio la proclama
De las gracias deidad, reina de amores.

1847.





# UNA NOCHE DE VERANO
## EN EL GOLFO DE NÁPOLES.

---

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR
D. FRANCISCO MARTÍNEZ DE LA ROSA.

*Pues no te fatiga el sol,*
*Boga, boga, barquerol.*
Por este golfo de plata,
Ó más bien mansa laguna,
Donde la argentada luna
Su cándido albor retrata;
Por do apresuradas vuelan
Tantas barcas pescadoras,
Con lumbreras en las proras,
Que en el rizo mar rielan;
*Pues no te fatiga el sol,*
*Boga, boga, barquerol.*

Aléjame de esta orilla
Do la espuma centellea,
Do á la ciudad lisonjea
La onda que á sus pies se humilla,
Y do los roncos bramidos

De otro mar siempre agitado,
Mar de vivientes formado,
Me atormenta los oídos.
*Pues no te fatiga el sol,*
*Boga, boga, barquerol.*

Solo con mi pensamiento,
Y solo también contigo,
Entregarme quiero, amigo,
En brazos del manso viento;
Y separado del mundo,
En honda meditación
Darle á mi imaginación
Un alimento fecundo.
*Pues no te fatiga el sol,*
*Boga, boga, barquerol.*

¡Cuál la barca blandamente
Se columpia y se desliza
Sobre el agua, que entapiza
Un fósforo refulgente!
El fósforo que los remos,
Que alzas y bajas, encienden,
Cuando el mar cortan y hienden
Con sus delgados extremos.
*Pues no te fatiga el sol,*
*Boga, boga, barquerol.*

Ya el rumor de la ciudad
La voz del caos parece,

Y ya mi barca se mece
En medio á la inmensidad.
¡Qué espectáculo sublime
Absorto contemplo y miro!
¡Con qué libertad respiro!
Nada aquí mi pecho oprime.
*Pues no te fatiga el sol,*
*Boga, boga, barquerol.*

Miro tendida á mi espalda
De Nápoles la ciudad,
Como dormida beldad
En un lecho de esmeralda.
Y entre vaporosos lejos
Forman apariencias varias,
Sus diversas luminarias
Con sus móviles reflejos.
*Pues no te fatiga el sol,*
*Boga, boga, barquerol.*

Á mi diestra recostado,
Celador de estos confines,
Y de quintas y jardines
Vestido y engalanado,
Á Posílipo veo estar,
Gigante de alta belleza,
En un monte la cabeza,
Y los pies dentro del mar.
*Pues no te fatiga el sol,*
*Boga, boga, barquerol.*

Y de escoria otro gigante
Y de ceniza vestido,
Se alza á mi siniestra erguido,
Solo, enhiesto, vigilante.
Llamas sus cabellos son,
Que agita tímido el viento,
Son tempestades su aliento,
Y su grito destrucción.
*Pues no te fatiga el sol,*
*Boga, boga, barquerol.*

Allí al frente, inmensa nave
De peñas que dió al través,
Capri está, y quien tiene es
De este ancho golfo la llave.
Y los montes donde apenas
Sorrento y Castelamar
Se ven, vienen á cerrar
Este mar de las Sirenas.
*Pues no te fatiga el sol,*
*Boga, boga, barquerol.*

Italia, Italia, región
Que mejor no alumbra el cielo,
Jardín de Europa, tu suelo
Es tierra de bendición.
Y de él son lo más hermoso,
Compendio de tu beldad,
De Nápoles la ciudad
Y su golfo delicioso.

*Pues no te fatiga el sol,*
*Boga, boga, barquerol.*

Un toldo de terciopelo
Del firmamento colgado,
Con diamantes tachonado,
Es de este prodigio cielo.
Rueda por él y campea
Un topacio colosal,
Que la región celestial
Esclarece y señorea.
*Pues no te fatiga el sol,*
*Boga, boga, barquerol.*

Y diamantes y topacio
Y toldo repite el mar,
Y se me figura estar
Suspendido en el espacio;
Y que el inmenso vacío
Cruzo, como cruza el ave,
En alas del viento suave,
Y en brazos del albedrío.
*Pues no te fatiga el sol,*
*Boga, boga, barquerol.*

La brisa un arpa es aquí,
Do acordes incomprensibles
Espíritus invisibles
Tocan en torno de mí.
Y sus sones son beleño

Que suave encanto difunde,
Y que en mis venas infunde
Bálsamo de dulce sueño.
*Pues no te fatiga el sol,*
*Boga, boga, barquerol.*

Por las auras arrullado,
Y por las ondas mecido,
Mis penas daré al olvido
Y dormiré descansado.
Venid con solicitud,
Venid á ocupar mi mente
Y á volar sobre mi frente,
Sueños de mi juventud.
*Pues no te fatiga el sol,*
*Boga, boga, barquerol.*

Que en este tranquilo mar,
Bajo este apacible cielo,
Y cercado de tal suelo,
Venturas se han de soñar,
Y deliciosos amores,
Que son encanto del mundo,
Dando al olvido profundo
De la vejez los rigores.
*Pues no te fatiga el sol,*
*Boga, boga, barquerol.*

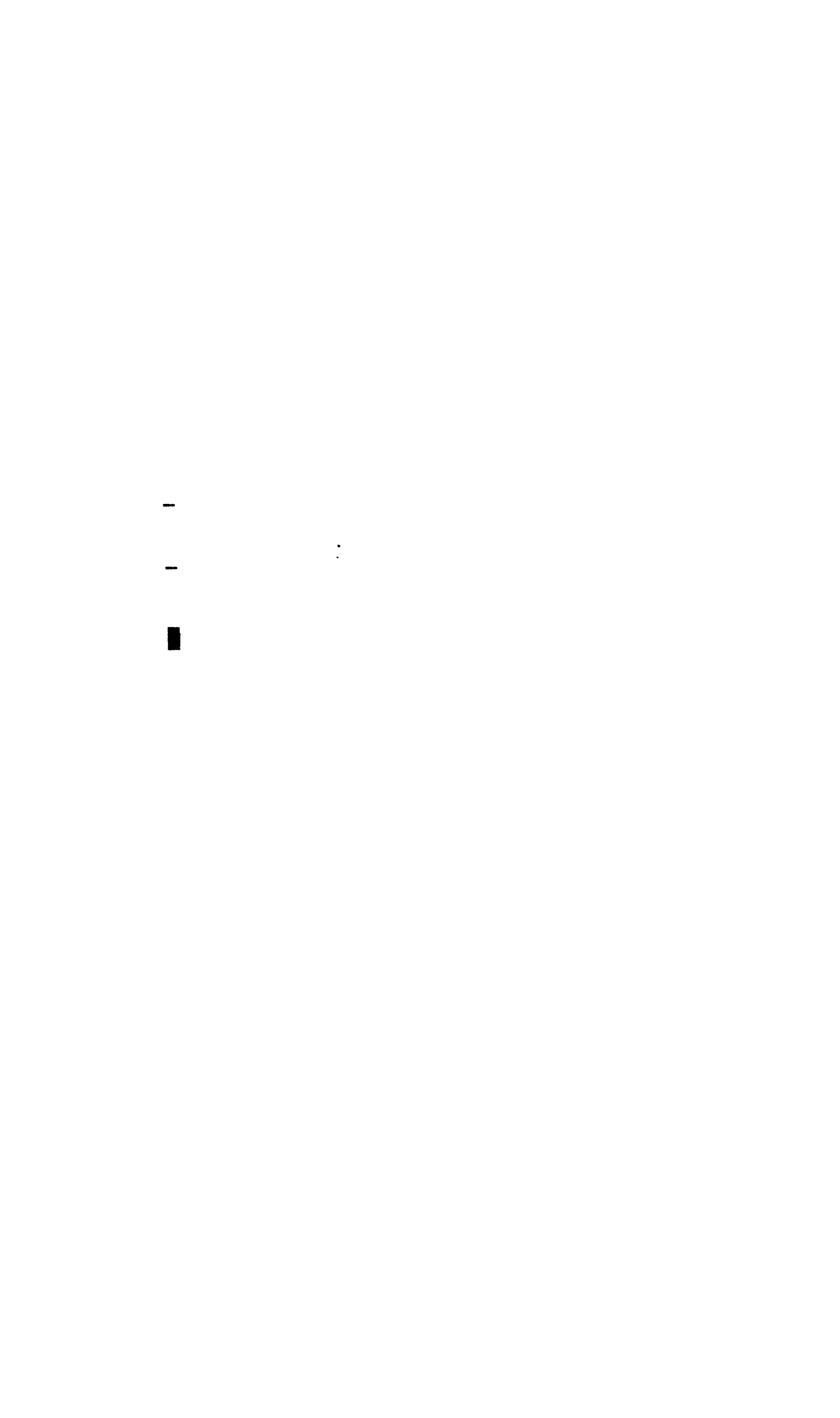
Boga, hasta que de oro y grana
Pinte celajes la aurora,

Y este mar, tan mudo ahora,
Himnos cante á la mañana.
  Y deja á mi fantasía
Que este golfo prodigioso,
Ahora vago y misterioso,
Admire al venir el día.
    *Pues no te fatiga el sol,*
    *Boga, boga, barquerol.*

  Y entonces á la ciudad
Ambos á dos tornaremos,
Tú á descansar de los remos,
Yo á volver á mi ansiedad;
  Que las horas de ilusión
Siempre son ¡ay! fugitivas;
Y quedan las positivas
Que augustian el corazón.
    *Pues no te fatiga el sol,*
    *Boga, boga, barquerol.*

Nápoles, Junio de 1845.







## DESCONSUELO.

Por el campo helado y yerto
Que entre la selva frondosa
Está de la edad briosa,
Y entre el árido desierto
De la vejez angustiosa,

Caminando hacia occidente
Con lento paso avanzaba,
Y abismado meditaba
En lo que tenía enfrente,
Y en lo que tras mí dejaba.

En aquel yermo asolado
Me ofrecía el pensamiento,
Como ráfagas de viento,
Recuerdos de lo pasado
Que al alma daban tormento;

Y en sombras vagas también,
Cual las inciertas figuras

Que entre las nubes obscuras
De la borrasca se ven,
Las ansiedades futuras.

Enfermo, solo, seguía
Combatido y arrastrado
Entre el futuro y pasado,
Y nada en torno veía
Con mi existir enlazado;

Cuando los puros reflejos
Advertí de flor tan bella,
Entre la aridez aquella
Nacida, que desde lejos
Dudé si era flor ó estrella.

Mas al punto en que la vi
Calmóse mi amargo afán,
Porque ejerció influjo tan
Raro, que me atrajo á sí,
Como al acero el imán.

Llegué, llegué..... ¡Qué color
Tan puro y resplandeciente
Iluminaba su frente!
¡Con qué fragancia en redor
Embalsamaba el ambiente!

¡Qué perlas de almo rocío
Avaloraban su seno!

Su tallo, de pompa lleno,
¡Con qué garbo y señorío
Avasallaba el terreno!

Jamás en regio pensil,
Ni en los jardines de Flora,
Meció el soplo de la aurora
Otro tallo tan gentil,
Ni flor tan encantadora.

Y cual si alma y corazón
El cielo dado le hubiera
(Ni aun yo sé de qué manera),
Cariño y tierna afición
Mostróme afable y sincera;

Y que grata había brotado
Por disposición del cielo
En aquel ingrato suelo,
De mi pecho lacerado
Tan sólo para consuelo.

¡Ay! á su encanto rendido
Tan dichoso me encontré,
Y en un delirio tal, que
Lo que iba á ser y había sido
De todo punto olvidé.

Y ciego y loco un momento,
Pensé que otra vez me hallaba

En la selva que dejaba
Detrás, y ufano y contento,
Que era mortal olvidaba.

Y me figuré posible
Junto á aquella hermosa flor,
Y amparado de su amor,
Del destino irresistible
Burlar el fiero rigor.

Mas su rigor me impelía
A proseguir el camino,
Aunque al encanto divino
De aquella flor me acogía:
Que es muy terrible el destino.

Entonces nueva ansiedad
En mi corazón sentí,
Que era angustia horrenda, sí,
Tanto amor y tal beldad
Dejarme detrás de mí.

Y resuelto á no dejarla,
Y á que conmigo siguiera
La inevitable carrera,
Quise del suelo arrancarla,
Y prestóse placentera.

Mas ¡ay, Dios! en el momento
Que mi mano la tocó,

Impetuosa la embistió
Ráfaga de árido viento,
Y en mis manos se agostó.

¡Ay, con qué fieras congojas
Vi por el suelo esparcidas,
Mustias, secas, encogidas,
Sus antes risueñas hojas
Rutilantes y encendidas!

¡Con qué horror miré el lozano
Tallo roto y abatido,
Y su follaje caído!
¡Con cuánta ansiedad en vano
Busqué el aroma perdido!

—Los ojos levanté al cielo;
No vi el sol, la noche era:
Y proseguí mi carrera
En más hondo desconsuelo,
Y en soledad la más fiera:

Que en el campo helado y yerto,
Que entre la selva frondosa
Está de la edad briosa,
Y entre el árido desierto
De la vejez angustiosa,

Si aparece una ilusión,
Se deshace luego, luego;

Pasa como leve fuego,
Y destroza el corazón,
Que se va tras de ella ciego.

Nápoles, 1845.





## SONETO.

---

### ¡¡¡UN AMIGO!!!

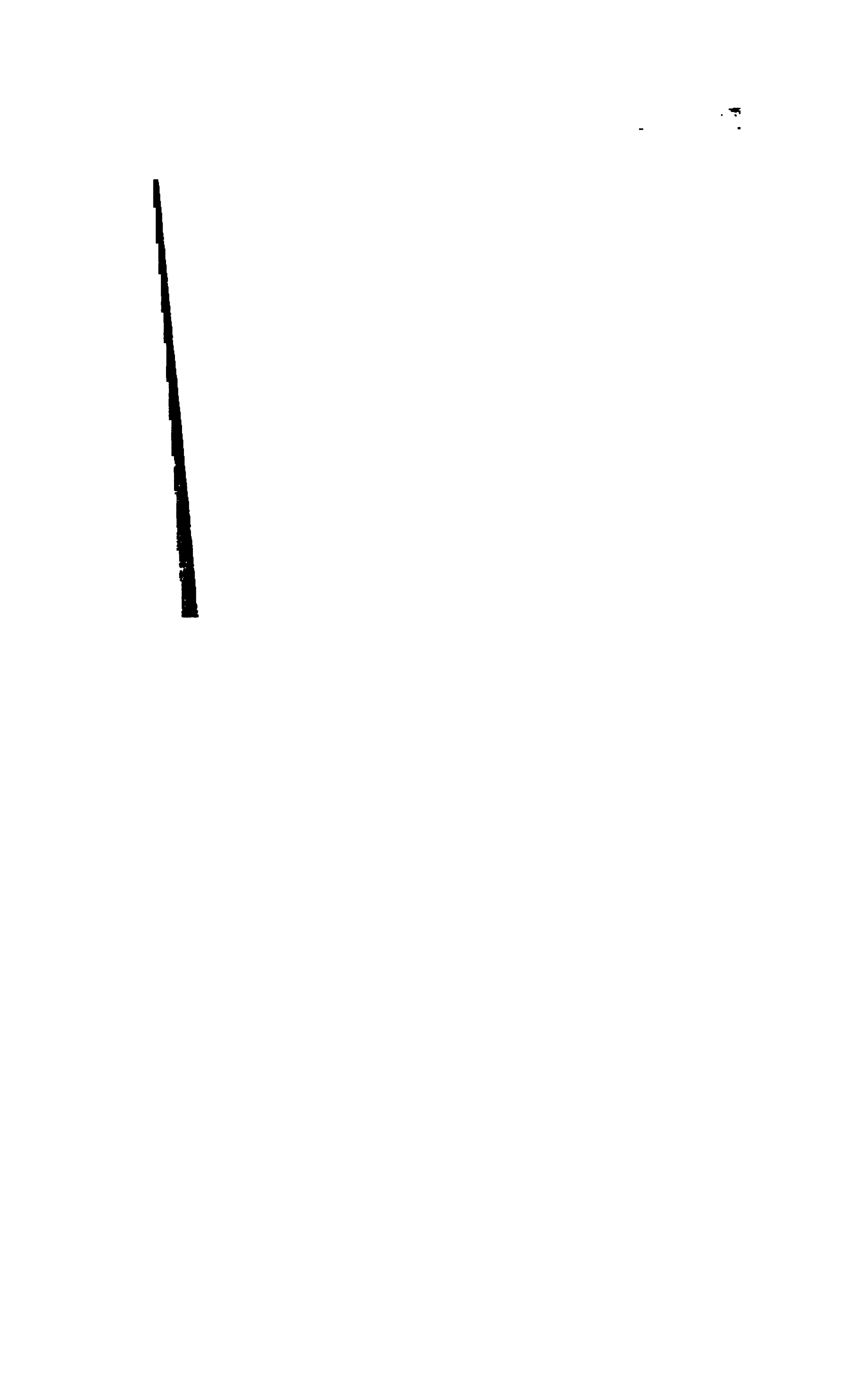
Guarte, ese amigo que te estrecha al seno,
Que ríe si ríes, que si lloras llora,
Que te adula y te sigue á toda hora,
Y á quien te entregas de confianza lleno,

Es vaso aleve henchido de veneno,
Es copa vil que el artificio dora,
Ente infame y rüin de alma traidora,
Y con un corazón de inmundo cieno.

Que un soplo de ambición su pecho anime,
Que tu mérito envidia en él despierte,
Que tu nombre y favor sin fuerza estime,

Que á encontrar bella á tu mujer acierte,
Verás al punto esa amistad sublime
Ser villano puñal que te dé muerte.







# ELVIRA.

Á LOS SEÑORES DUQUES DE BIVONA,
EN LA MUERTE DE SU HIJA DE ESTE NOMBRE,
Á LOS SIETE MESES DE EDAD.

---

EL POETA.

¡Ay! Con razón mi indócil fantasía
Tenaz se resistió
Al fuego encantador de la poesía,
Cuando tu breve vida comenzó.

Enajenados de placer miraban
¡Mísera humanidad!
Su dicha en ti tu padres, y anhelaban
Versos en tu loor de mi amistad.

Y era mi afán componerlos;
Pero nunca pude hacerlos,
Porque el cielo los inspira,
¡Ay, Elvira!

Había ya trazado el cielo
Que tu vida fuese un vuelo,

¿Quién á esta estancia llega,
Do contemplan atónitos mis ojos
De un ángel los despojos,
Y resplandor de eterna luz los ciega?.....

Una mujer hermosa,
La negra crencha al viento desparcida,
Sin aliento, sin vida,
Penetra estos umbrales anhelosa.

Los bellos ojos secos,
Pero sin luz, abiertos, espantados,
Los labios deslustrados
Hondos lanzando y lastimeros ecos.

¡La madre!..... ¡Desdichada!
Á apurar viene el último martirio,
Buscando en su delirio
Á la que su hija fué, y ahora es ya nada.

LA MADRE.

¡Hija!!! ¿Dó estás?.....
Allí..... Allí.
¿Duermes quizás?
¡Ay!..... Vuelve en ti.....

Dadme, bárbaros, dadme mi hija amada,
Ved que es mi vida su inocente aliento,
Mi gloria su sonrisa idolatrada,
Toda mi dicha su infantil acento.

..... ¡Yo la parí:
Yo la adoré.....
Yo la perdí!

Cielos, volvedme mi adorada prenda,
Ó dadle fin á mi existencia horrenda.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

No ha muerto, no.....

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

¡Sí, muerta está!
¿No alienta ya.....
Y aun vivo yo?.....
¡Ay! Estos restos fríos
Devórelos la tumba con los míos.

EL POETA.

Llora, madre infelice: llora, llora.
Llorando alivia el corazón hinchado,
Pero la mano omnipotente adora,
Que el bien que te otorgó te ha arrebatado.

Llora, sí; mas bendice resignada
La voluntad santísima y eterna
Que al orbe inmenso próvida gobierna,
Que formó el orbe inmenso de la nada.

¿Quién sus inescrutables intenciones
Consigue penetrar?..... ¡Ah! Los humanos

Olvidan, en sus ciegas pretensiones,
Que son del polvo efímeros gusanos.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Ahí los restos mortales
De tu hija tienes; conmovido el cielo
De tu dolor, sus leyes eternales
Trastorna, y vuelve en presuroso vuelo
El alma tierna y pura
A darles vida. Entre los tiernos lazos
De tus maternos brazos
La estrechas con frenética locura.
Tu faz regala con su aliento suave,
Con sus manitas trémulas tu seno,
Y su acento infantil, de gracias lleno,
Te da tal dicha, que mayor no cabe.
Pero torna la vista
A la carrera de dolor y llanto
Que tu amor egoísta
Le abre de nuevo, y temblarás de espanto.

¡Cuánto de afán y susto,
De lágrimas imbéciles la aguardan
En la frágil niñez!..... Y cuando arbusto
Tierno comience á verdear..... ¡Oh cielo!
¡Qué forzoso desvelo,
Qué fatigas tan duras
Para aprender errores,

a saber enmascarar el alma,
a amoldarse á necias imposturas,
on falsos colores
strar que busca de virtud la palma!

Y cuando ya lozano
lo de hermosa flor robusto sea,
ás cuál la rodea
las pasiones el tropel insano,
, cuánta tempestad sobre su frente
agolpará rugiente!.....
La sociedad viciosa y corrompida,
atmósfera es de vida
que ha de respirar..... ¡Cuánto tormento
es buena, si es sensible!
i es dura y malvada,
ué amargo desaliento!
qué desierto horrible
arena y hielo se verá cercada!!!

Pues en la edad madura,
didas las más gratas ilusiones,
vínculos más santos de ternura
tos, despedazados,
n dogales tornados,
engaños alevosos y traiciones
la mano feroz emponzoñada,
uál será su existencia?..... ¡Desdichada!

Y luego la vejez, de enfermedades

Afán y de disgustos,
De dolores, de sustos,
Y de remordimientos y ansiedades,
A que es forzoso que el mortal sucumba;
Y la muerte después..... después la tumba.....
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
Después la eternidad. . . . . . . . . . . . . . . .
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
. . . . . . . . . . . . . . . . Y en tan amarga
Y rápida carrera,
Que hacen los infortunios lenta y larga,
¿Quién, madre, te asegura
Que se conserve pura,
Que se salve inocente
El alma de esa niña, que imprudente
Lanzas de nuevo al piélago iracundo
Del corrompido mundo?.....
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
¿Quién sabe, quién, si tú, su madre tierna,
De ese amor insensato compelida,
La tornas á una vida
Que ha de acabar en perdición eterna?.....
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
¿Te hielas? ¿Te estremeces? Basta. El cielo
No trastorna sus leyes eternales
Por complacer el imprudente anhelo
De los ciegos y míseros mortales.
No te la volverá. Muerta ahí la tienes;

uirnalda funeral ciñe sus sienes.....
ías conmigo contémplala un momento,
verás que del Dios tres veces santo,
ue hoy te quiso probar con tal tormento,
a infinita piedad no te abandona,
un consuelo sin fin te proporciona.

Mira ese rostro de nieve,
Que ha dos horas destrozaba
Y horrendo desfiguraba
Dolorosa convulsión,
Ya sin una sombra leve
Del angustioso tormento,
Que de horror y sentimiento
Te inundaba el corazón.

Míralo tranquilo y bello,
Sin los dolores del mundo,
En dulce sueño profundo,
Que nadie interrumpirá.
Y en la frente el alto sello
Observa, madre dichosa,
De la mano poderosa,
Que el orbe rigiendo está.

Mira en la boquita bella,
Antes ¡ay! desfigurada,
Lívida, ardiente, agitada
Con la agonía final,
Grabada la santa huella

Del alma pura, inocente,
Que á vivir eternamente
Voló al coro angelical.

Y aunque estos restos mortales
Pronto serán polvo, nada,
No quedas, no, separada
De la prenda de tu amor:
No, que de las celestiales
Mansiones bajará ansiosa
El alma de tu hija hermosa,
Á velar en tu redor.

Y cuando triste lamentes
Otras desgracias del mundo,
Y de otro dolor profundo
Tu pecho oprimido esté,
Si acaso de pronto sientes
Inesperado consuelo,
Y nuevas fuerzas que el cielo
Para alabarlo te dé,

Es que de tu Elvira el alma
Te besa, y te da su aliento,
Bajando del alto asiento
Do los ángeles están.
Y renacerá la calma
En tu pecho al suave ambiente,
Que en torno á ti blandamente
Sus alitas moverán.

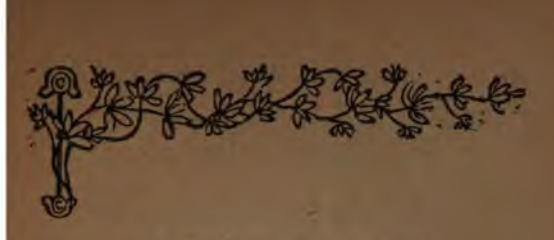
Y cuando á tus otros niños
(Dios te los guarde y conserve)
Tu afán maternal observe
Del sueño en la dulce paz,
Si ves que sueñan cariños,
Y que sonríen graciosos,
Es que miran venturosos
De su hermanita la faz,

Y porque ella en torno de ellos,
En las horas misteriosas,
Con las alas vaporosas
Gira amante en tornos mil,
Con sus celestes destellos
El espíritu ahuyentando
Del infierno, que acechando
Esté la cuna infantil.

Bendice á Dios: bendícelo, y el llanto
Enjuga, pues que ser has merecido
Madre de un querubín, que el *Santo, Santo*,
Entona ante el Señor, de luz vestido;
En gozo celestial torna el quebranto,
Y repite con labio enardecido
Por la fe santa, que á mi pecho inspira:
*Ora pro nobis*, venturosa Elvira.

Nápoles, 17 de Junio de 1845.





## FANTASÍA NOCTURNA.

AL EXCMO. SR. D. JUAN NICASIO GALLEGO.

El sol siguiendo su eternal viaje
En los mares perdióse de occidente,
Y ya ni en los perfiles del celaje
Dejaba rastro de su huella ardiente.

De obscuridad vestido estaba el suelo,
Mientras nuevo esplendor engalanaba
La inmensurable bóveda del cielo,
Y más rica y más grande se mostraba.

Yo del risueño Vómero (1) en la loma,
Que señorea lo mejor del globo,
Entre un ambiente de fragante aroma
Solo vagaba en soñador arrobo.

Miré en bultos fantásticos los montes
Alzar diversos su contorno vago,

(1) Collado que domina gran parte de la ciudad de Nápoles y su golfo.

Y el mar á los remotos horizontes
Ir á perderse, adormecido lago.

Luego, todo borrarse y confundirse,
Como si de la vida el don perdiera,
Y de alba niebla y de vapor vestirse,
Cual si de una mortaja se vistiera.

Mientras que más luceros, más estrellas
Adornaban el claro firmamento,
Diciéndome la voz de ellos y de ellas:
*Aquí la eternidad tiene su asiento.*

Sentí aquel estupor indefinible,
La conmoción sin nombre, vaga y fría,
Que da la soledad so un apacible
Cielo, después de sepultado el día.

Y llegué á imaginar que el globo, helado,
Desierto, no albergaba otro viviente
Más que yo; y afligido y aterrado,
Volar ansiaba al cielo refulgente.

Pero luego el rumor hasta mí llega
De la inmensa ciudad que á mis pies yace,
Mezclado al que en las cumbres y en la vega
El aura mansa entre las selvas hace.

Diviso las vislumbres, los reflejos
De luces esparcidas por el llano,

Ya más cerca indicando, ya más lejos,
Ó lámpara ú hogar de albergue humano.

Y entre niebla borrosa y sombra espesa,
Que apenas puedo penetrar, advierto
Nave que el mar anchísimo atraviesa
Buscando ansiosa el conocido puerto.

El rumor, y las luces, y el navío
Recuérdanme que el globo está habitado,
Y cambia vuelo el pensamiento mío,
A la tierra de nuevo encadenado.

A la tierra, y apártase del cielo,
Porque siempre esta mísera corteza
De humana carne hacia el mezquino suelo
Hace doblar al alma la cabeza.

Y juzgué ya de danzas y festines
Aquel rumor que la ciudad derrama;
Las luces ser de quintas y jardines,
Ó á las que el sabio estudia, y logra fama;

Y que la nave que las aguas corta,
Preñada de placeres y metales
De otra región, á nuestra playa aporta,
A aumentar nuestros goces terrenales.

Olvidé los luceros, las estrellas.....
Y ansié tornar á la ciudad, que ofrece

Goces sin fin, ó dirigir mis huellas
A la luz que á los sabios esclarece.

Ó hacia el puerto correr, y en los tesoros
Que frescos llegan del pomposo oriente,
Del rico ocaso, de los climas moros,
De placeres saciar mi sed ardiente.

Iba en pos de este anhelo irresistible
A descender de la elevada roca,
Cuando el ala de espíritu invisible,
Que giraba en redor, mi frente toca.

No sé si era un espíritu celeste,
Ó espíritu infernal, quien de mí en torno
Agitaba las alas y la veste,
Causando en mi interior tan gran trastorno.

Mi mente cambia giro, advierte y piensa,
Y en helado sudor ¡ay! me confundo,
Que aquel rumor de la ciudad inmensa
No es más que el estertor de un moribundo;

Que aquellas luces son las luminarias
Con que el mortal camina al cementerio,
Y las naves, fantasmas funerarias
Que vagan de hemisferio en hemisferio.

Alzo los ojos, que anhelante intento
Nuevo consuelo y luz de las estrellas

En la copa beber del firmamento;
Pero ¡ay! su amparo me negaron ellas.

El instante que yo de la mezquina
Tierra en la faz los ojos puestos tuve,
El claro cielo funeral cortina
Me había robado de espantosa nube.

Convulso, y en temblor deshecho, helado,
Erizado el cabello de mi frente,
Y de un viento fortísimo azotado,
Que abortaron las nubes de repente,

Olvido donde estoy. Que existo dudo:
La vista ciega en las tinieblas giro,
La boca abierta, pero el labio mudo,
Y espectros vagos, que me cercan, miro.

Y siento que mis plantas humedece
Fango de sangre; que la cumbre aquella
Que á mis trémulos pies asiento ofrece,
Y que vi al claro sol tan verde y bella,

Es un montón de huesos corroídos
De mil generaciones que pasaron,
Y escombros de cien pueblos destruídos,
Que ni el son de sus nombres nos dejaron.

Y oigo á una parte el grito furibundo
De la espantosa abominable guerra,

Y el rodar de su carro por el mundo
Con trueno tal, que al universo aterra.

De las revoluciones á otro lado
El alarido aterrador y horrendo,
Y el choque entre el futuro y el pasado,
Jamás reposo al orbe consintiendo.

Y escucho por doquier el espantable
De las pasiones alarido agudo,
Que en el género humano miserable
Ceban, sin saciedad, el diente crudo.

Y hieren y atormentan mis oídos
De verdugos y víctimas mezclados
Insultos y dolientes alaridos,
De un siglo en otro siglo duplicados.

Y oigo las espantosas carcajadas
De los infiernos, y el sarcasmo horrible
Con que las negras huestes condenadas,
Del mundo ven la situación terrible.

Tantos sones diversos y espantosos,
Que cien tormentas hórridas formaban,
De obscuridad abismos horrorosos
Hendiendo agudos, hasta mí llegaban.

Pero mis ojos nada descubrían:
Tinieblas espesísimas y densas,

Cual si cuerpo tuvieran, me oprimían,
Las regiones del aire hinchendo inmensas.

Cuando de pronto aterradora llama
El ancho cráter del volcán arroja,
Que hasta el cielo enlutado se encarama,
Y alumbra al mundo con su lumbre roja.

Mas ¿qué alumbra?..... ¡Gran Dios! Alumbra [sólo
Un inmenso sepulcro, que se extiende
Devorador del uno al otro polo,
Y en medio á la creación de un pelo pende.

Y en él turbas y turbas de gusanos,
Que entre sí despedázanse rabiosos,
De otros y de otros disputando insanos
Los restos miserables y asquerosos.

Mas todo iba á morir. La ardiente lava,
Que por las agrias cuestas se derrumba,
Lenta y desoladora se avanzaba
A dar eterna paz á la gran tumba.

No pude más: herido del espanto,
Misericordia, en tanto desconcierto,
Pidiéndole al Señor tres veces santo,
A tierra vine como cuerpo muerto.

Nápoles, 1846.





## EL CAMPO.

AL DUQUE DE MONTEBELLO.

¿A esto campo llamáis? ¿A los verjeles
Que arregla y que repule un jardinero,
A un bosquecillo á guisa de florero,
Y á tiestos de azucenas y claveles?

¿A un palacio, que puede maravilla
Del arte ser, y se alza á las estrellas,
Con estancias tan anchas y tan bellas,
Y donde el lujo refinado brilla,

Casa de campo lo llamáis, en donde
El descanso y salud buscáis ansioso,
Y aquel tranquilo y plácido reposo
Que en la apacible soledad se esconde?

¿Y juzgáis poner tregua á la fatiga
Del mundo, á cuatro pasos de la corte,

Donde de fatuos la importuna cohorte
Os sigue á todas horas y os hostiga?

¿Donde es más atildado vuestro traje,
En donde en sus venenos más esmero
Pone vuestro famoso cocinero,
Y do ostentáis más brillo y equipaje?

Esta vida de moda, titulada
*Vida de campo*, es vida de artificio,
De loca vanidad, de lujo y vicio,
Que ni al alma ni al cuerpo sirve nada.

Vida de campo es cosa diferente,
Casa de campo es diferente cosa,
Y el que llamar así las vuestras osa,
O no dice verdad, ó está demente.

Para buscar descanso de la corte,
Y en vez de su afanoso movimiento,
Paz y reposo y plácido contento,
De modo tal que á la salud le importe,

Fuerza es ir lejos de ella, renunciando
Al género de vida que ella impone,
Y donde cuerpo y alma no aprisione
De moda y chismes el dañino bando.

Esconderse en el seno enmarañado
Del bosque, que hizo Dios, en las montañas

Obra de su poder, ó en las cabañas
Aproximarse al primitivo estado.

Admirar la fructífera llanura,
Donde el Omnipotente, á manos llenas,
Al mísero mortal de sus faenas
Le da en premio sustento con hartura;

Los montes que gigantes la alta frente,
De peñascos y encinas coronada,
Esconden en la nube nacarada,
Y el primer rayo gozan del oriente;

El llano que se viste de amapolas,
La cascada que, entre una y otra peña,
Rota, á los hondos valles se despeña,
Ó de la solitaria mar las olas.

¿Los mosaicos qué son y losas tersas,
A las maduras mieses comparados?
¿Qué con la verde alfombra de los prados
Las que tejen solícitos los persas?

¿Qué es del hombre el más grande monu-
Sus columnas, sus torres y obeliscos, [mento,
Si se comparan con los altos riscos,
Puntales del remoto firmamento?

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

[illegible]

[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]

Allá en la corte [illegible]
Donde todo es ficción, todo mentira;
[illegible]
Léjos de aquella [illegible]

En el campo escucharte la voz leve
De la naturaleza y su armonía,
El grave acento de la selva umbría,
Cuando su cabellera el viento mueve;

El estruendo de ronca catarata
Que se rompe bramando en remolinos,
Por toscas peñas, por robustos pinos,
Y en espuma y en humo se dilata;

El murmullo apacible que en la obscura
Noche esparce el arroyo entre las flores,
Y el que la brisa forma en los alcores,
Meciéndose en los lechos de verdura;

Los dulces trinos, los gorjeos suaves
Del ruiseñor, que sus amores llora,
Y los himnos que cantan á la aurora
En dulce coro las risueñas aves.

Y si sublime música se anhela,
¿Cuál á la voz del huracán se iguala,
Ó á la del mar cuando el empíreo escala,
Ó del granizo cuando el campo asuela?

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Pues ¿y los elegantes cortesanos
Que á caballo ó en tílburi, á porfía
Vienen á fastidiaros todo el día,
Y á quitaros el tiempo de las manos,

Se pueden tolerar? Y esos festines
Con plata y con *vermeil*, y esos lacayos
Con franjas y cordones en los sayos,
Chupa roja y calzón, guantes, botines,

¿Hay quien los sufra?..... Y el paseo en coche,
Y esas ropas de seda recamadas,
Y sorber el té inglés, y hacer *charadas*
Hasta mucho después de media noche,

¿Es vivir en el campo? Yo, si anhelo
Descansar de este mundo bullicioso,
Y en busca de salud y de reposo,
A una agreste mansión dirijo el vuelo,

Rompo todos los hábitos de corte;
Sus palacios, sus mesas y su traje

Olvido, y hasta olvido su lenguaje;
Y la simple verdad sólo es mi norte.

Busco la soledad, que en ella sólo
Se alza el mortal á la serena altura
De la meditación, y se figura
Dueño de la creación de polo á polo.

Ya trepo de los montes á la cima,
Despreciador del viento, con la mente
Me lanzo á contemplar el sol ardiente,
Y águila soy que al cielo se sublima.

Ya bajo á lo profundo de los valles
A escuchar de la tórtola el reclamo,
Y cruzo libre, como el libre gamo,
Limpios arroyos y torcidas calles.

Y si de aquellas quiebras en el fondo
Me asalta un temor vago, incierto y frío,
No tengo que fingir denuedo y brío,
Y con las liebres tímidas me escondo.

Ya, á la par del reptil de verde escama,
Me deslizo en la yerba de los prados,
Donde encuentran mis miembros fatigados
Siempre mullida y deliciosa cama.

Ya fiera del desierto me reputo
Cuando recuerdo agravios y rencores,

Ya para con aleves y traidores
Lecciones tomo del raposo astuto.

Ya de ilusiones blandas y sabrosas
Vuelo en las alas al humilde nido,
Donde su tierno amor han escondido
Las aves inocentes y dichosas.

Si me hielan las brisas de la aurora,
Me restaura del sol la lumbre ardiente;
Si ésta me abrasa, el delicioso ambiente
Busco, que en las obscuras selvas mora.

Al despuntar el sol abro los ojos,
Disfruto á mi placer del día entero,
Y cuando va á alumbrar otro hemisfero,
Ya mis miembros del sueño son despojos.

Y si anhelo la humana compañía,
Pues sociales al cabo hemos nacido,
Sin componer ni rostro ni vestido
Ni frases rebuscar de cortesía,

Voyme al chozo inmediato ó á la aldea,
Y converso con rudos labradores,
Y en sus charlas y pláticas de amores
Mi mente se complace y se recrea.

No porque necio abrigue la creencia,
Juzgando verdaderos los idilios

De Moscos, Garcilasos y Virgilios,
Que es la choza el hogar de la inocencia,

Sino porque los rústicos, al menos,
Si hombres al fin, y como tal, taimados,
No tienen á la moda enmascarados
Sus conatos ya malos ó ya buenos.

Y á la sana razón es cosa rara
Que se nieguen, y saben por instinto
Juzgar de nuestro humano laberinto
Con gran exactitud y á luz muy clara.

Vivo como ellos viven. Oro y seda
No adornan mi vestido. Es el aseo
De mi ajuar y persona el solo arreo,
Sin que otro alguno incomodarme pueda.

Como, como ellos comen, pan moreno,
Caza y legumbres. Bebo vino puro.
Del sol ni del relente no me curo,
Y prefiero al colchón de pluma el heno.

Y después de dos meses de esta vida,
Más robusto, más joven, más tranquilo,
Dejo del campo el sosegado asilo,
Contento y la salud restablecida.

Y al bullicio del mundo alegre torno,
Y de la sociedad á las delicias,

Preguntando afanoso las noticias,
Y si ha habido en el orbe algún trastorno.

Así comprendo sólo que útil sea,
Y que así les conviene al cuerpo y alma,
Dando vigor al uno, al otro calma,
La vida de los campos y la aldea.

Que esta vida de moda y de artificio,
Más que la de la corte refinada,
Siempre será por mí considerada
Vida de vanidad, de lujo y vicio.

Castellamare, Julio de 1846.





# Á LUCIANELA.

SONETO TERCERO.

Deja, deja las redes, Lucianela,
Y las áridas playas de los mares,
Y torna á tus dulcísimos cantares,
Y torna á tu gallarda tarantela.

Ven el ídolo á ser de tu plazuela,
Do el mismo amor se inclina en tus altares,
Y á abrasar corazones á millares,
Al compás del pandero y la vihuela.

¿Por qué has de usar de materiales redes
Para enlazar imbéciles pescados,
Que el ser tuyos contemplan suerte dura,

Cuando con otras invisibles puedes
Tantos pechos tener encadenados,
Que cifran en ser tuyos su ventura?

Nápoles, 1847.









## LA VEJEZ.

AL SR. D. TOMÁS RODRÍGUEZ RUBÍ.

*Placeres, gloria, aplausos y contento*
*Mire en torno la ardiente juventud;*
*Y la vejez disgustos, desaliento,*
*Y la muerte, y después el ataúd.*

¿Dó me lleváis?..... Al resplandor brillante
Que antorchas cien en candelabros de oro
Dan al rico salón,
Del convite las mesas veo delante,
Y de la gula en ellas el tesoro
Lucir su profusión.

De tersa plata en cinceladas fuentes
Los manjares la atmósfera embalsaman
Con sabroso vapor.
En tallados cristales transparentes,

Vinos deliciosísimos derraman
Su perfume y su ardor.

Frutas de todos climas y estaciones
En los cestos de esmalte y porcelana,
Brindando miel están.
Y guirnaldas, y ramos, y festones
De flores con que Mayo se engalana,
Blandos perfumes dan.

Mas nada es para mí. También ansioso
Apuré, cuando joven alentaba,
La copa del festín;
Pero ya, delicado y achacoso,
Las fuerzas que mi estómago ostentaba
Tuvieron pronto fin.

Y para mí veneno esos manjares,
Y veneno también esos licores
¡Desventurado! son.
Y veneno esas frutas singulares,
Y veneno el aroma de esas flores
Que alegran el salón.

*Placeres, gloria, aplausos y contento*
*Mire en torno la ardiente juventud;*
*Y la vejez disgustos, desaliento,*
*Y la muerte, y después el ataúd.*

¿Qué me traéis? Corceles vigorosos,

Armas bruñidas de templado acero;
¡Cuál relinchan aquéllos orgullosos!
¡Cómo de éstas deslumbra el reverbero!

Miro en el aire tremolar banderas,
Veo desfilar gallardos escuadrones,
Oigo tronar bombardas y cañones,
Escucho el son de músicas guerreras.

Y ¿qué me importa á mí? Cuando lozano
Joven en ansia de la gloria ardía,
Fulminó el hierro mi robusta mano,
Y ayudé al triunfo de la patria mía.

Y un uniforme espléndido, elegante,
Y un caballo mi afán eran tan sólo,
Y del marcial clarín la voz sonante
Mi única y sola ley de polo á polo.

Mas ya mi fuerza á dominar no alcanza
Del potro cordobés el poderío;
Y el terso estoque y la fornida lanza
Caen de la mano cuando pierde el brío.

*Placeres, gloria, aplausos y contento*
*Mire en torno la ardiente juventud;*
*Y la vejez disgustos, desaliento,*
*Y la muerte, y después el ataúd.*

¿Qué pretendéis?..... Un pueblo numeroso

Atento ocupa la engañosa escena,
Frenético entusiasmo lo enajena,
Retiembla á sus palmadas el salón.

El genio de un poeta venturoso
Lo fascina, aprisiona, exalta, enciende,
Y en dominio sin límite se extiende
Su celeste fugaz inspiración.

¡Oh, cuán grato es mirar correr el lloro
De ternura y amor por los semblantes,
Y el ver los corazones palpitantes
Al poder de los versos celestial!

Y ¿qué dicha más grande, qué tesoro
Mayor que los aplausos triplicados,
Y el verse los cabellos adornados
Con corona de lauros inmortal?

No es ya esto para mí. Cuando son hielo
La sangre, el corazón, la fantasía,
El fuego encantador de la poesía
Se apaga, hielo tórnase también.

Un alma sin vigor pierde su vuelo,
Una cascada voz pierde su encanto,
Y no producen conmoción ni llanto
Versos tibios, que se oyen con desdén.

*Placeres, gloria, aplausos y contento*

*Mire en torno la ardiente juventud;*
*Y la vejez disgustos, desaliento,*
*Y la muerte, y después el ataúd.*

¿Qué pretendéis? ¿Que al bullicioso prado
Baje á gozar las auras de la tarde,
Con el concurso alegre y apiñado
Que entre árboles y fuentes bulle y arde?.....

Ya no es para mí grato aquel paseo.
¡Cuánto, oh cielo, lo fué!..... Mas ya no llama
Mi atención la alta dama
Que ostenta en su landó lujoso arreo,
Ni el inglés carruaje
Que relumbra y chispea,
Ni el volador plumaje,
Ni la rica librea,
Ni el caballo que ufano se pompea
Entre uno y otro espléndido equipaje.

Ya para mí no es nada el dulce hechizo
De aquel fuego que brilla
Al través del sombrero ó la mantilla,
Y del ligero vaporoso rizo,
De unos ojos que dan ó muerte ó vida,
Soles de un cielo donde amor se anida.

..... ¿Qué me importan las frases dislocadas,
Que vuelan derramadas
De los grupos que pasan diferentes?

¿Qué de amantes pareja el arrullo?
—¿Qué el continuo murmullo
De aquel mar agitado de vivientes?...

Si algún caballo ó coche me atropella,
Apenas puedo con turbada huella
El peligro evitar. Si por acaso
Unos ojos de luz encuentro al paso,
Huyen ¡ay! de los míos
Apagados, sombríos;
Y ni un semblante grato, una sonrisa,
Ni una frase fugaz mi pecho halagan,
Y las turbas, que vagan,
Me empujan y me oprimen. Ya me pisa
El joven, que siguiendo con los ojos
La causa de su encanto ó sus enojos,
No ve dó pone el pie. Ya torna en ceño
Su semblante risueño,
La que vuelve un instante
A mirar á su amante,
Y halla mi rostro adusto;
Y ya le causa susto,
La arredra y martiriza
Mi frente de ceniza,
Mi severa mirada,
A la que recatada
Y tímida un billete delicioso
Iba al paso á entregarle á algún dichoso.
¡Ay cielos!..... No respiro
En aquel mundo extraño en que me miro.

*Placeres, gloria, aplausos y contento*
*Mire en torno la ardiente juventud;*
*Y la vejez disgustos, desaliento,*
*Y la muerte, y después el ataúd.*

¿A dó me conducís?..... Cuando reposo
Han menester mis miembros fatigados,
Carcomidos, helados,
¿Queréis que entre de un baile en el salón?

Ved qué noche, qué cielo borrascoso:
Las nubes lluvia sin cesar derraman,
Los aquilones braman;
Estas las horas de descanso son.

Mas el aura los suaves instrumentos
Inundan de dulcísima armonía,
Vencen la luz del día
Las arañas de bronce y de cristal.

¡Qué atmósfera los ricos aposentos
Tan templada y vivífica contienen!
¡Qué dulce encanto tienen!.....
Un aura se respira celestial.

¡Qué galas, y qué joyas, y qué flores
Ostentan elegantes damas bellas,
Rutilantes estrellas
De un cielo de placeres y de amor!

Helados, frutas, dulces y licores,
Y el té de China, y el café de Moka,
En el cristal de roca
Nos brinda el ostentoso aparador.

Ya en raudo remolino
De embalsamado viento,
Respirando contento,
Por incierto camino
Las parejas girando en torno están.

Y en un mar de armonía
Se agitan, se revuelven,
Y se alejan y vuelven,
Y cruzan á porfía,
Y en confuso tropel vienen y van.

Ni la alfombra moruna
De sus plantas se queja;
En pos de sí no deja
Rastro ni huella alguna
La turba que á compás gira el salón.

Hojas del fresco Octubre,
Que manso viento lleva
Sobre la hierba nueva
Que la llanura cubre,
Las parejas que en torno vuelan son.

Vamos de aquí;

La confusión
De este salón
No es para mí.
¡Ay! Me marea
El raudo giro
Que en torno miro;
Y cuando ondea
La gasa leve
Como la espuma,
Cuando se mueve
La riza pluma,
Cuando un pie breve
El mío toca,
Y el blando aliento
De hermosa boca
Junto á mí siento,
De abatimiento
Mi alma se llena,
De negra pena
Mi corazón.....
Me ahogo, sí.....

Vamos de aquí;
La confusión
De este salón
No es para mí.
Yo en él seré
Una fantasma
Que hiela y pasma
Á quien la ve.

Vamos de aquí;
No es el salón del baile para mí.

*Placeres, gloria, aplausos y contento*
*Mire en torno la ardiente juventud;*
*Y la vejez disgustos, desaliento,*
*Y la muerte, y después el ataúd.*

¡Ay! Si el tiempo voraz derrumba y traga
La fuerte torre y la robusta encina;
Si las montañas hunde y arruina,
Sorbe los mares y el volcán apaga,

¿Qué hará del hombre, efímera criatura,
Frágil gusano, polvo deleznable,
Cuyo existir mezquino y miserable
Un rápido momento apenas dura?

Y cuando el mudo curso de los años
Descompone sus fibras y su mente,
Y el corazón helándole, inclemente
De dolores lo cerca y desengaños,

¿Qué es para el hombre el mundo?..... Una
De que debe partir al otro día. [posada
Y ¿cómo sufrir debe la agonía
Un cuerpo que desplómase en la nada?

Sea de un benigno sol el rayo ardiente,
Que lo restaura un poco, su consuelo;

Un mullido sillón todo su anhelo,
Un báculo su amigo y confidente;

La dieta su regalo, y el reposo
En soledad tranquila su contento,
Donde pueda entregarse al pensamiento,
Ó en los brazos de un sueño letargoso.

Y en la misericordia confiado
Del que da luz al sol, vida á la hormiga,
Empuje al huracán, jugo á la espiga,
Y ante quien no hay futuro ni pasado,

El rumor no le asuste de la planta
De la muerte, que á hollarlo se encamina,
Ni el mirar la segur que se avecina
Para segar su mísera garganta.

*Placeres, gloria, aplausos y contento*
*Mire en torno la ardiente juventud;*
*Y la vejez disgustos, desaliento,*
*Y la muerte, y después el ataúd.*

Nápoles, 1847.





## TROZOS DE DOS EPÍSTOLAS

QUE EL DUQUE DIRIGIÓ DESDE NÁPOLES Á SU CUÑADO, EL ACTUAL MARQUÉS DE VALMAR (1).

(2 de Abril de 1844.)

1.ª

Estoy desesperado, pues fallidas
Todas las esperanzas me han salido
Sobre esta tierra allende concebidas;

Y en llegando á Madrid, su merecido
He de dar á la turba charlatana
De tanto embaucador y fementido,

Que, como acordarás, una mañana
Nos tuvieron con tanta boca abierta,
Y de venir aquí dándonos gana.

(1) Estos dos curiosos fragmentos los dió á luz por primera vez el Sr. Marqués de Valmar, en su discurso necrológico del Duque de Rivas, sacados de dos epístolas que desde Nápoles le dirigió su cuñado en estilo familiar y chancero, y sin que le pasase por las mientes que un día

«No hay región en el orbe descubierta,
»Cual Nápoles», decían. (¡Embusteros!
No volverán á atravesar mi puerta.)

«¡Qué clima! ¡Qué placeres! Los Eneros
»Son cual los Mayos son de Andalucía;
»Las mujeres palomas y corderos.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

»Allí producen flores los abrojos,
»Y en banquetes, teatros y funciones,
»No hay nunca pesadumbres, nunca enojos.»

Todas eran mentiras é invenciones,
Que es Nápoles país abominable,
Y el peor que hay del Sur á los Triones.

El clima, caro hermano, es detestable;
Ni un solo día he visto el cielo puro,
Ni un momento de sol claro y estable.

---

pudieran ser publicadas. En la primera descubre la mala impresión que le causó al principio la antigua Parténope, tan distante del halagüeño concepto que de ella tenía formado. En la segunda, con más conocimiento del país, rectifica sus juicios, y pondera los encantos de aquella espléndida región y el mérito de sus sabios y artistas. Ambos fragmentos son una muestra de la espontaneidad y el chiste con que, al correr de la pluma, escribía el Duque estas cartas en verso, á que era muy aficionado.

Sopla continuamente el viento duro;
Llueve dos ó tres veces cada día;
Si no te abrigas, toses de seguro.

Hoy, primero de Abril, de nieve fría
Están cubiertos los vecinos montes,
Y el mar montes de espuma al cielo envía.

Ni un árbol solo en estos horizontes
Descubrirás con hojas verdeantes,
Aunque á las altas cumbres te remontes.
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

¡Cómo estarán de nardos y jazmines,
Á estas horas, poblados los paseos
Que adornan de Sevilla los confines!
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

---

(28 de Diciembre de 1845.)

2.ª

Vino después la primavera; el cielo,
Antes de plomo bóveda pesada,
De nácar y zafir tornóse un velo.

Brotó feraz la pompa engalanada

De vegas, de montañas, de jardines;
Quedó la mar risueña y sosegada.

Admiré en su esplendor estos confines;
Del Vesubio trepé las altas cumbres;
Bosques vi de naranjos y jazmines.

De un purísimo sol gocé las lumbres;
Aprendí este lenguaje, y poco á poco
Me aficioné á esta gente y sus costumbres.

Ni amistad santa me faltó tampoco
De hermosísimas damas. Sin peluca,
Ni tos, ni panza, ni tabaco y moco,

Puede un anciano verde alzar la nuca;
Y logré que dijeran muchas bellas:
*¡Quanto è simpaticone questo Duça!*

Pinté con dicha los retratos de ellas;
Les hice y publiqué sonoros versos,
Y vime encaramado á las estrellas.

He encontrado también hombres diverso
De ciencia, erudición, buen gusto y fama,
En esta grata sociedad dispersos.

Un célebre escritor hay que se llama
Blanch, y en ciencias políticas merece
De la inmortalidad la noble rama.

Y un tal Campagna, calabrés, parece
El hijo predilecto del Parnaso,
Según su claro ingenio resplandece.

Éstos y otros, en número no escaso,
Hombres de letras, mi amistad procuran,
Y horas con ellos deliciosas paso.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Con tan buenos influjos, consiguiente
Era mudar de la opinión primera,
Sin tacha merecer de inconsecuente.

Antes me honra en verdad sobremanera
El escribir según mis sensaciones,
Y no aferrado á una opinión cualquiera.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .







# EPÍSTOLA

Á D. LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO, CONTESTÁNDOLE Á UNA SUYA DE COPENHAGUE.

---

Recibí tus lindísimos tercetos,
Que rebosan ingenio y poesía,
Cultos, sonoros, fáciles, discretos.

Y han dado gran contento al alma mía,
Que del consuelo de noticias tuyas
Hace ya muchos meses carecía.

Y por más que me digas y me arguyas
Que espacio de escribirme no tuviste,
Mi prevención no es fácil que destruyas.

Allá en Madrid, ¿acaso no pudiste
Ponerme cuatro letras, ni has podido
El tiempo que en París te detuviste?.....

Mas pelillos al mar; pues he sabido
Que has hecho con salud tan gran vïaje,
Demos todas las quejas al olvido.

Me pasma y me confunde tu lenguaje,
Y el modo con que pintas esa tierra
En tan tétrico y lúgubre paisaje.

Pues aunque sé que le hacen cruda guerra
De un invierno sin fin la nieve y hielo,
Cosa que sólo con pensarla aterra,

Juzgué, sabiendo el ardoroso anhelo
Que en ir allá tuviste, fuera acaso
Un nuevo Edén, un abreviado cielo.

Y aunque de luz, calor y vida escaso,
País de dulce trato y de cultura,
Agradable á las nueve del Parnaso.

Mas ¡vive Dios! que si es cual la pintura
Que de él me muestras en tu linda carta,
Completa debe ser tu desventura.

Desde que repasé la luenga sarta
De desdichas, que cuentas, y que creo,
Tu imagen de mis ojos no se aparta.

Y ya tu enclenque personilla veo
Aislada y tiritando entre cristales,
Mirando caer la nieve por recreo;

Ó de pieles de hirsutos animales
Cubierto hasta la boca y las narices,
Hielos atravesando y lodazales;

Ó entre estufas, alfombras y tapices
Pasar en las tertulias de esa gente
Dos ó tres largas horas infelices,

Sin que tal sociedad anime ardiente
Amor, ni coqueteo interesante,
Ni un dicho agudo su frialdad caliente;

Sin que un punto el estilo se levante,
Y, ó profunda, ó chistosa, ó tierna, ó fina,
Corra conversación sabia y galante.

En fin, sin que la luz clara y divina,
En esa opaca y detestable esfera,
Brille de la belleza femenina.

Y oyendo los rugidos, por contera,
De una lengua durísima, insonora,
Que áspera y dura aun entre lobos fuera.

Pero haces mal en lamentarte ahora,
Porque tuya es la culpa; el ala encoge,
La mecha aguanta, y resignado llora;

Que aquel á quien dan bien y mal escoge,
Dice un refrán de la española gente,
Por muy mal que le avenga, no se enoje.

Cuando al dejar del Tajo la corriente
(Donde, aunque los gallegos te aburrían,
Gozabas claro sol y puro ambiente),

Ir á la hermosa Grecia te ofrecían,
¿Por qué desacordado lo rehusaste,
Creyendo que ofenderte pretendían?

¿Por qué, di, mentecato, imaginaste
Que Dinamarca era mejor que Grecia,
Y por mudar destino trabajaste?

Si Copenhague fuera otra Lutecia,
Si otra Londres..... al cabo, se comprende,
Tu pretensión no hubiera sido necia.

Mas preferir, Leopoldo, el ir allende
El mar del Norte, á no vivir, á helarse,
Y donde ni se goza ni se aprende,

Sólo puede, perdóname, explicarse
Por falta completísima de seso,
Y como tal, con pena lamentarse.

¿Es posible que un hombre de tu peso,
Tan entendido y docto y aplicado,
Acaso, y sin acaso, con exceso,

La cuna á visitar se haya negado
Del humano saber, y el noble suelo
Por tanto ingenio y gloria consagrado?

Allí gozaras transparente cielo,
Do rueda un sol magnífico, brillante,
Que deja rara vez triunfar al hielo;

que templa su llama fulminante
andas brisas, plácidos rocíos,
con lluvia benéfica abundante.

ıa tan venturoso nuevos bríos
›iera dado y nuevas ilusiones,
bién nuevos goces y amoríos.

la vid formando sus festones
olivos pomposos, las colinas
ornar en todas estaciones.

*guas puras, corrientes, cristalinas*
el verde y delicioso prado,
as esmaltado y clavellinas;

un valle risueño, ni un collado,
n risco siquiera, que orgulloso
é de altos recuerdos coronado.

oyeras el sabio, el sonoroso
ı, aunque del tiempo carcomido,
troyano cantor hizo famoso.

en las claras noches, embebido
›fundas ó tiernas reflexiones,
ıs por los campos distraído,

Píndaros, de Homeros, de Platones,
Aspasias y Safos te cercaran
mbras, ya contigo en relaciones.

Y tu pecho y tu mente se agrandaran,
Y acaso tales obras produjeras,
Que tu nombre, Leopoldo, eternizaran.

Es verdad que en la Grecia no tuvieras
El *boudoir rococó* ni el *equipaje*
Que en Londres y París tener pudieras.

Ni aquel refinamiento en el *menaje*,
Ni acaso el regalado cocinero,
Ni *Urigüen* y *Ragnaud* te dieran traje;

Ni de tanto negocio de librero
Las malvadas y nuevas producciones,
Aluvión que se come al mundo entero,

Gozaras; ni tampoco los salones
Tan llenos de elegancia y secatura,
Ni de inmensos teatros las funciones;

Ni el oropel y baladí cultura
De academias, de clubs, de sociedades,
Charlatanismo todo y farsa pura.

Pero en lugar de tantas vaciedades,
Que son, por más que nos deslumbren, humo
Y nublados que anuncian tempestades,

En Atenas gozaras el bien sumo
De un clima delicioso, que el primero
De cuantos el mortal goza, presumo,

Y el esplendor y claro reverbero
De la belleza femenil, que al cabo
Encanto es de la vida verdadero.

Y si de la afición, que tanto alabo,
Á cultivar las ciencias y las artes
Sigues, como no dudo, siendo esclavo,

Debes de convenir, sin que te apartes
De mi opinión un punto, que la Grecia
Ricos veneros tiene en todas partes,

Do el ingenioso que el estudio aprecia
Pueda saciar su sed, y que es menguado
El que los desconoce ó los desprecia.

Y no tan sólo son de lo pasado
Los recuerdos insignes sus lecciones,
No, que también las da su nuevo estado.

Un pueblo que rompió los eslabones
Que tantos siglos arrastró, anhelante
De libertad alzando los pendones,

Y que la santa cruz plantó triunfante,
Después de larga lucha y de heroísmo,
Sobre la blanca luna del turbante;

Y que resucitando de sí mismo,
Como el fénix renace de su hoguera,
Asegura en Levante el cristianismo,

¿No es digno de estudiarse, y no ofrecie
Á tus meditaciones campo nuevo,
De la activa política en la esfera?

Sí, sí, Leopoldo; asegurarte debo
Que el darte aquel destino fué una gracia,
Y á demostrarlo sin temor me atrevo.

Pues si buscas activa diplomacia,
Para no enmohecerte entre tus socios
Y lucir tu talento y eficacia,

¿Pensabas encontrar menores ocios,
Mayor actividad en Dinamarca,
Que en la corte de Grecia y sus negocios?..

Esta tan celebérrima comarca,
Donde un pueblo á mitad civilizado,
Y un extranjero y sin vigor monarca

Luchan entre el futuro y el pasado,
Ardiendo en fogosísimas pasiones,
Tiene en Europa un puesto reservado.

Y sus bandos, partidos y facciones
Una ancha escena ofrecen positiva,
Do representen todas las naciones.

Allí la Inglaterra astuta, activa,
De la discordia en su favor el fuego
Sopla, y á Francia del influjo priva.

Ésta, por otro lado, intenta luego
De su rival descomponer los planes,
Para poder restablecer su juego:

En tanto, los caducos musulmanes
La reconquista sueñan con despecho,
Aun juzgando posibles sus afanes.

Mientras que el moscovita está en acecho
De la rica Stambul, y arde en la llama
Que por tan gran beldad guarda en el pecho.

Y el estudiar tan complicado drama,
¿De fraguar, ocasiones no te diera,
Despachos dignos de renombre y fama?

Pero insistir más largamente fuera
Hacer notable agravio á tu talento,
Y pérdida de tiempo verdadera;

Y concluiré con sólo un argumento
Contra esa tu elección, que ya te duele,
Y es, si no de razón, de sentimiento.

Al destinarte á Grecia (aunque te huele
Sólo á un corral de vacas, cual se dice
En la lengua que usar el vulgo suele),

¿Tan poca mella en tu memoria hice,
Que de abrazarme el amoroso anhelo,
En esta tierra que el Señor bendice,

No te aguijó para tomar el vuelo,
Y sin andarte en dimes y diretes,
De rondón encajarte en este suelo?...

¡Cuánto al ver asomar los gallardetes
Del buque que te hubiera conducido,
Y sus pomposas gavias y juanetes;

Ó de humo denso, obscuro, denegrido
La luenga cola, palpitado hubiera
Mi corazón de dulce gozo henchido!

¡Con qué placer del mar en la ribera,
Ó en el soberbio muelle, estrecho abrazo
Mi pecho con tu pecho confundiera!

Y enganchados después los dos del brazo,
De las familias de ambos discurriendo,
A quienes une tan estrecho lazo,

Y á Madrid y á Sevilla revolviendo
Nuestra primera charla mal zurcida,
Las cosas y personas confundiendo,

Te hubiera conducido á mi guarida,
Y en ella blandamente descansaras
Sin anhelar acaso mejor vida.

Y de esta gran ciudad las cosas raras,
Y uno y otro magnífico edificio,
Siendo yo el *cicerone*, examinaras,

Y te hicieran perder casi el jüicio
De estas calles y tiendas y paseos
La grande animación, el gran bullicio.

Luego, en estos riquísimos museos,
De las tres artes venerado hubieras
Los más altos y espléndidos trofeos:

Mármoles que con vida los creyeras,
Bronces que casi sienten y respiran,
Creaciones del genio verdaderas;

Y frescos antiquísimos que admiran
Por su dibujo, su color y gracia,
Y do gusto y saber juntos se miran;

Mosaicos en que estudio y pertinacia
Eternizan colores y perfiles,
Y que pasman los ojos por su audacia;

Y armas, y muebles é instrumentos viles,
Y trebejos domésticos, mezclados
Con adornos y adobos femeniles.

Objetos que en ceniza sepultados,
Ó entre lava, ya mármol verdadero,
Diez y ocho siglos fueron olvidados;

Y que nuestro gran rey Carlos tercero
Sacó á la luz, y dióles nueva vida,
Para instrucción del universo entero;

Pues con ellos ha sido conocida
La domesticidad de los romanos,
Y su manera de vivir sabida.

Es gran gusto tener uno en sus manos,
Ya un yelmo con su cima y su visera
De un guerrero de tiempos tan lejanos;

Ya un antiguo velón ó una salsera,
Ya el collar que adornó de una romana
El torneado cuello y la pechera;

Ya un bote de arrebol, que falsa grana
Dió de antigua coqueta á la mejilla,
Ó iluminó á una vieja cortesana.

¿Y el sentarse de un cónsul en la silla?.....
¿Y de Salustio (1) ó de otro personaje
Mirar la palancana ó la salvilla?.....

Y no sólo á utensilios del menaje
De aquellos famosísimos varones
Dieras y á sus estatuas homenaje,

Que de este gran museo en los salones,
De las artes modernas lo darías
También á extraordinarias producciones.

---

(1) En las ruinas de Pompeya se ve una linda casa que llaman de *Salustio*, y en donde se han hallado muchas preciosidades.

Sanzio y Buonarrotti admirarías
ablas y los mármoles divinos,
Salvator de Rosa apreciarías.

si gustas de rancios pergaminos,
sta biblioteca los hallaras,
gos, normandos, árabes, latinos.

es y cuando conmigo contemplaras
Herculano y Pompeya las rüinas,
nto, cuánto, Leopoldo, allí gozaras!

ego, trepando riscos y colinas,
n pie mal seguro y vacilante
s de azufre y lavas ferruginas,

los hombros altivos del gigante
hizo el estrago, hubiéramos subido,
sta la hórrida boca fulminante,

ra escuchar el infernal bramido,
rador cual continuado trueno,
del fiero Titán allí escondido.

vieras cómo lanza el hondo seno
zas, peñas, llamas, humo ardiente,
ofusca el sol más claro y más sereno;

vieras de las lavas el torrente
rojo entre peñascos se derrumba,
e ningún obstáculo consiente.

—¡Ay!... ¡Son de veras los volcanes [illegible]
De los [illegible] ingleses, y puerta
De un [illegible] infernal, que en lo hondo [illegible]

Otras veces al sitio de Caserta
Dirigíamos ambos el paseo,
Y que te fuera grato es cosa cierta.

También es un magnífico trofeo
De la munificencia soberana
Que á Madrid dió el palacio y el museo.

No ostenta el edificio la romana
Majestad, ni la gracia y proporciones
De griega arquitectura, aun más galana;

Mas tiene respetables dimensiones,
De mármoles magnífica escalera,
Y regios gabinetes y salones.

Grandes son los jardines, de manera
Que te pasas en verlos la jornada,
Y llega su arbolado á la alta esfera.

Y pura abundantísima cascada,
Que de un monte derrúmbase eminente,
Los atraviesa luego sosegada.

Ni Pórtici te fuera indiferente,
Do va á buscar de esta ciudad la crema
En el otoño saludable ambiente.

Y complacencia te causara extrema
Ver á Castellamare y á Sorrento,
Donde compuso el Tasso su poema.

Y aun más la gruta azul, raro portento,
Pues toda ella parece de zafiro,
Y es de marinas diosas aposento.

Luego, pudiendo hacer más largo giro,
Hubiéramos á Amalfi visitado,
Y admirado la hubieras, cual la admiro.

Y por el ancho golfo, en bote alado
Llegáramos tal vez hasta Salerno,
Patria de Bayalarde endemoniado,

Y cuya vida en comedión eterno
Tantas veces habemos aplaudido
En las pesadas noches del invierno.

¡Con cuánto gusto hubieras recorrido
El templo, con el cuerpo venerando
De un santo evangelista enriquecido!

En él también, del célebre Hildebrando,
Que los reyes domó y emperadores,
En espadas las llaves transformando,

Y que contra los bárbaros furores
De la ignorancia combatió forzudo,
Dando á la Iglesia nuevos resplandores,

La tumba contemplaras: y no dudo
Que al ver su noble busto allí esculpido,
Lo saludaras con respeto mudo.

¡Y cuál después tu encanto hubiera sido
Las rüinas de Pesto visitando,
Que más de tres mil años han cumplido!

Hacia distinta parte luego andando,
Por la larga y antigua y rara gruta
De Posílipo el monte taladrando,

Tomáramos la hermosa y ancha ruta
Que por Bañoli va y por la marina
Hasta Puzzol, famosa por su fruta.

De Sérapis un templo allí en rüina
Vieras, la celebrada solfatara,
Y un circo de grandeza peregrina.

Y después las estufas ¡cosa rara!
De Nerón, donde á entrar no hay quien se
Si hasta el quilo á sudar no se prepara. [atreva,

Cerca, el lago de Agnano con la cueva
En donde muere el can que se aventura,
De lo que hubieras visto hacer la prueba:

Lago que de un volcán ser se asegura
El extinguido cráter; te daría
Gusto por su amenísima frescura.

Y un poco más allá te gustaría
Ver á Averno, á Lucrino y á Fusaro,
Lagunas que Virgilio conocía.

Y observaras también con tiempo claro,
En el lecho del mar dormida á Cumas,
Pueblo que la Sibila hizo preclaro.

Y si del mar dejando las espumas,
Del cerro de Camáldula á la frente
Subieras una tarde en que no hay brumas,

Y el sol hacia la tumba de occidente
Lento bajar, de majestad vestido,
Vieras por este cielo transparente,

Te quedaras, Leopoldo, embebecido:
Pues igual espectáculo en tu vida,
Ni aun allá en nuestra patria, has conocido.

Oro es el horizonte, y es fundida
Plata la mar, el aire es grana, y fuego
Cuanto alumbra la llama enrojecida.

Y los celajes pálidos, que luego
Rubí se tornan, nácar y topacio,
Formas cambiando con gracioso juego,

Aparecen cual fúnebre palacio
Que honra al cadáver del señor del día,
Del difunto monarca del espacio.

Mas si como me temo ya te espanta
De tanto que hay que hacer aquí la vis
Que aun el placer continuo no se aguant

Y dices entre dientes: *Dios me asista,*
*En no haber ido á Nápoles hice bien,*
*Pues para tanto andar no hay quien re*

Bueno es que te calme y tranquilice,
Diciéndote que tales excursiones
No son cual tu temor tal vez te dice;

Pues ó se hacen en cómodos bridones
Obedientes al freno y á la espuela,
Ó en hombros de robustos lazarones;

Ó por ferrocarril, ó en carretela,
Ó en barca, ó en jumento, y hay alguno
Que más que un ave por los campos vuel

Ni me ofendas, creyéndote

ındo me arrojo activo á la campaña
correr por estos andurriales,
obsequiar á un viajador de España:

e tripas llevan corazón en tales
rsiones, y estómago vacío
más que fantasmas infernales.

ue no pensarás, Leopoldo mío,
bas tan sólo á ver antigüedades,
s, parques y páramos, confío;

es en altas y bajas sociedades
ıbiera presentado con gran gusto,
lmiraras también raras beldades.

ıo de mal pergeño y genio adusto,
de gran primor y ameno trato,
decir otra cosa fuera injusto.

s ¡vive Dios! Leopoldo, que hace rato
n contarte la vida que aquí harías,
si me dirigiera á un mentecato,

ocupo, y no te doy noticias mías,
ienso deben tanto interesarte,
que de ellas careces largos días.

o ¿qué he de decirte ni contarte?.....
ıquí estoy cada día más contento,
o tan solamente asegurarte;

Pues esta gran ciudad es mi elemento,
Y cuatro breves años han corrido
Sin dar á mi madura edad aumento.

Aquí no se envejece, y he vivido
Como el pez en el agua, con la suerte
De ser de altos y bajos aplaudido.

Mas no debo ocultarte ni esconderte
Que empieza ya la atmósfera á turbarse,
Y que barrunto un temporal muy fuerte.

Esta tierra comienza á conturbarse
De la revolución con la tormenta,
Y sus dichas veré desmoronarse.

Ya de plebe ignorante y turbulenta
El alarido en estas plazas zumba,
Y bastardas pasiones alimenta.

Y temo se abra la insondable tumba,
Donde el reposo y paz de las naciones
Este siglo maléfico derrumba.

En Palermo han tronado los cañones,
Y si aquí aun están mudos, se ha debido
Á oportunas y sabias precauciones,

Y á que este rey magnánimo, advertido,
Concesiones, por cierto extraordinarias,
Mas que están á la moda, ha prometido:

Y tenemos aplausos y plegarias,
ilicia, tricolores banderolas,
ivas, mueras, banquetes, luminarias.

Cosas que, indiferentes por sí solas,
an margen á desorden y á exigencias
ue crecen cual del mar crecen las olas.

Entre tales trastornos y ocurrencias
a te figurarás que habré tenido
ompromisos de graves consecuencias,

Que mi tranquilidad habré perdido,
que grandes negocios cada hora
e tendrán abrumado ó aburrido.

Ya un parecer me piden sin demora,
ual práctico en barullos semejantes,
a á un consejo me llaman á deshora.

Y en tan duros y críticos instantes
o estoy yo descontento de mí mismo,
ue haciendo estoy servicios importantes;

Ora calmando un necio patriotismo
e aquellos que de buena fe caminan
on intención sanísima al abismo;

Ora á los que engañados desatinan,
in conocer del siglo la tendencia,
rque hábitos añejos los fascinan,

Acompañado saber y gran prudencia;
Porque oponer de pronto á tal torrente
Impotentes esfuerzos, es demencia.

En fin, predico con tesón ardiente
Respeto al trono y paz, cimientos sólo
De un arreglo oportuno y conveniente.

Mas ¡ay! parece que iracundo Eolo
Ha soltado los fieros huracanes
Que el orbe agitarán de polo á polo.

Temo grandes vaivenes y desmanes,
Y me asusta el mirar á los ingleses
De la discordia acalorar los planes,

Mientras duermen ó sueñan los franceses,
Cuya débil y necia diplomacia
No ve en peligro aquí sus intereses (1).

Díos nos conceda por piedad la gracia
De que no cunda la espantosa hoguera
Que empieza á arder con insaciable audacia.

Y que la hermosa Italia á la carrera
No se lance, de paz y dichas harta,
En que un confuso piélago la espera.

---

(1) Aun no se había verificado en Francia la revolución que lanzó del trono al rey Luis Felipe.

Pero va siendo libro lo que es carta,
Y que tenga ya término es forzoso
De estos tercetos la prolija sarta.

Adiós, Leopoldo amado; sé dichoso,
Y pues sabes lo mucho que te quiero,
No seas en escribirme perezoso.
Nápoles, á catorce de Febrero.

1848.







# SONETO.

AL NACIMIENTO DE S. A. R. LA AUGUSTA PRINCESA DE ASTURIAS.

Astro consolador, niña inocente,
Prenda de paz durable y de ventura,
Duerme en el seno maternal segura,
Bendita del Señor omnipotente.

Las alas de un Arcángel refulgente
Sirven de pabellón á tu hermosura,
Mientras, ardiendo en puro amor, te jura
Española lealtad la hispana gente;

Y mientras de los ásperos manglares
De Cuba hasta las crestas de Moncayo,
Y del Japón en los remotos mares,

Brilla de la esperanza el dulce rayo,
Y con fervientes vivas y cantares
Te saludan los hijos de Pelayo.

Madrid, 1852.





# SONETO.

AL BAUTISMO DE S. A. R. LA AUGUSTA PRINCESA DE ASTURIAS.

Cuando en la fuente santa del bautismo
El lucero, esperanza de Castilla,
Purificó la original mancilla
Con despecho y horror del hondo abismo;

Ardiendo en fiel amor y en patriotismo,
El pueblo hispano, hincada la rodilla,
Su lealtad consagróle y su cuchilla,
Su riqueza, su gloria y su heroísmo.

Y del celeste trono ante la alteza
Dijo Isabel primera (el pie besando
De Dios eterno, cuya venia alcanza):

«Yo le doy mi virtud y fortaleza.»
«Y yo (dijo el glorioso San Fernando)
Mi fe ardorosa y mi invencible lanza.»

1852.





# DEL ROMANCERO

## DE LA GUERRA DE ÁFRICA (1).

---

### ROMANCE II.

**Indignación de España.—Declaración de guerra. Donativos.—Aprestos.**

¡Bárbaros, que no valientes,
Y más que todo insensatos!
¿Qué infernal vértigo pudo
Á infortunio tal lanzaros?

¿Insultar la altiva enseña
Osasteis, desventurados,
Que pura y sin mancha brilla
Desde el oriente al ocaso;

La enseña que triunfadora
De Covadonga hasta el Darro,

---

(1) En la *Reseña biográfica* del Duque de Rivas damos la historia (que historia tiene) de este bello romance. No obstante lo que allí consignamos, hemos creído que debíamos insertarlo en esta colección.

Os arrastró, como polvo
Que arrastra furioso el austro?

¿Pensáis que ya no la guardan
Descendientes de Pelayo,
Nietos de Cides y Alfonsos,
De Jaimes y de Fernandos?

Tornad á España los ojos,
Miserables; sí, tornadlos,
Y temblaréis, la tormenta
Que os amenaza mirando.

Y de guerra y de venganza,
Grito que llena el espacio,
Y que retumba en los cielos,
Escucharéis aterrados.

Lanzólo, como era justo,
El pueblo del Dos de Mayo
El primero, del ultraje
Herido como de un dardo;

Y en sus calles y paseos,
Casinos, plazas, teatros,
Iglesias y tribunales,
Oficinas, aulas, claustros,

Sólo se respira guerra,
Y vengar el desacato,

Aunque impedirlo procuren
Con sus encubiertos tratos

Los que ¡oh vergüenza! aun ocupan
De Gibraltar el peñasco,
Para envilecer á España
Con su innoble contrabando.

Los elegidos del pueblo,
Los próceres del Senado,
En pro del Gobierno acuden,
Tan patriotas como cautos.

«Saca en buen hora, le dicen,
Del taller y del arado
Millares de campeones
Que den al África espanto.

»No admitas sentencia ajena
Que nos tase el desagravio,
Que sólo es buen juez Castilla
Para el honor castellano.

»No pienses en la riqueza,
Ni en si está el Tesoro exhausto,
Porque el más rico tesoro
Es el honor bien guardado.

»Pues si sólo por guarismos
Se rigieran los Estados,

Y sólo á cuentas mirasen,
No hubieran salido acaso

»Pelayo de Covadonga,
Cristóbal Colón de Palos,
De Medellín y Trujillo
Hernán Cortés y Pizarro;

»Y aun quién sabe si vivieran,
De innobles canas cargados,
Velarde en su alojamiento,
Y Mina junto á su establo.

»Tenga, y pronto, su castigo
El arrogante africano.
¡Viva Isabel! ¡Guerra al moro!
¡Santiago, España, Santiago!»

---

Por los eléctricos hilos,
En presto invisible lampo,
Corre doquier la centella
Del fuego guerrero y santo.

Los que del Táder y el Júcar
Sangran el caudal escaso;
Los que dejan en sus cauces
Al Duero y Guadiana intactos;

Los que así quieren sus fueros
Allá entre los montes vascos,

Y las belicosas gentes
Que el Ebro beben y el Tajo;

Y el astur noble y fornido,
Y el versátil valenciano,
Y el que en el Betis torea,
Y el que caza en el Moncayo;

Y el catalán industrioso,
Y el francote y leal navarro,
Y el balear y el gallego,
Y hasta el remoto cubano,

En son de guerra se agitan,
Gritando en pueblos y campos:
¡Viva Isabel! ¡Guerra al moro!
¡Santiago, España, Santiago!

No estéril furia los mueve,
Ni llama de fuego fatuo,
No, que en aras de la patria
Hacen ricos holocaustos.

La que en el trono se sienta,
Y que lleva el nombre sacro
De aquella que con sus joyas
Humilló ignoto Oceano,

También sus galas ofrece,
Y su vajilla y sus vasos:

[illegible]
[illegible]

[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]

[illegible]
El menestral su trabajo,
El ganadero sus reses,
[illegible]

El fabricante sus telas,
El comerciante sus cambios,
Su inspiración el artista,
Sus soldadas el criado;

La hermosa el cendal piadoso
Que deshila con sus manos,
Y hasta el mendigo importuno
Da su miserable ochavo.

¿Y las madres?..... ¡Pobres madres!
Pagan su tributo en llanto,
Al despedir á sus hijos,
De su corazón pedazos.

Y ¿qué dará en su pobreza
El ministro del santuario,

Si hasta le falta el incienso
Que eleva al tres veces Santo?.....

¿Qué dará?..... La cruz de Cristo,
Talismán sublime y sacro,
Que fué salvador de Europa
En las Navas y el Salado.

Dará de Dios la palabra,
Que los rencores insanos
Que hoy nos dividen y enconan,
Deje del todo olvidados.

Dará la fe y la creencia
Con que, sin cesar lidiando,
Desde Asturias á Granada
Nuestro suelo restauramos;

Con que Colón venturoso
Llegó á las tierras de ocaso;
Con que Cortés en Otumba,
Con que en los Andes Pizarro

El español estandarte
Con gloria inmortal plantaron;
La fe santa y la creencia
Triunfadoras en Lepanto;

La fe santa y la creencia
Que del moderno Alejandro

Contra aquel pilar del Ebro
Hombres estrelló y caballos.

¡Ah!..... ¿Por qué la Omnipotencia
No hace conmigo el milagro
De que la nieve se funda
Que está en mi frente pesando;

Y que se siente mi planta,
Y que se afirme mi brazo,
Como un tiempo memorable
Bajo el invicto Castaños?.....

Pronto el corcel ensillara,
Y con mi lanza y mi casco,
Hendido de duros golpes
De otros días y otros casos,

La extensa España corriera,
Su actitud noble admirando,
Y recorriera los pueblos,
Y bebiera su entusiasmo.

Allá están de Cataluña
Los ágiles voluntarios,
Ceñidos de sus cananas
Y con gorros de amaranto.

Esos de las rojas boinas
Son los Tercios vascongados;

Fusiles llevan certeros
Que en su propio hogar forjaron.

Allí la árabe Giralda
Retiembla, viendo inflamado
Correr, cual lava del Etna,
El metal que engendra rayos.

Ya no hay distancia que baste
Á poner la hueste en salvo,
Que lleva espiral estría
Donde la vista el estrago,

Con granadas estallantes
Y cohetes inflamados,
Que á los aduares den fuego
Y á las kabilas espanto.

En Ferrol y Cartagena,
En Málaga y San Fernando,
Se alistan urcas, vapores,
Chalanas de desembarco,

Puentes, barracas y aprestos
Para establecer un campo,
Para atravesar los ríos,
Para allí dar un asalto.

Y retumban en los yunques
Los martillos, y el espacio

Llena el humo de la fragua,
Y las ruedas tuercen cabos;

Y actividad y faena
Y animación y cuidado
Reinan en los arsenales,
Sin momento de descanso;

Pues aunque la sombra venga
Y la noche avance el paso,
No cesa la batahola,
Y nadie deja el trabajo.

Pero no sólo se piensa
En el apresto y embarco
De instrumentos de matanza,
Baldón del género humano;

Que también doquier se miran
En los muelles y mercados,
Y transportarse á los buques
Que ya pólvora embarcaron,

El suculento tocino,
El durable bacalao,
Y en recuerdo de Castilla,
Indispensable el garbanzo;

Y las cecinas de cerdo
Y de buey cebón y manso,

unas de la Coruña,
otras de Candelario;

trigo, arroz y galleta
pirámides de sacos,
a cebada y el heno
e han de comer los caballos.

Próvida la madre patria,
endiciendo á sus soldados,
es da entre caricias tiernas,
omo á sus hijos más caros,

Cruces, reliquias, vendaje,
Y azúcar sabroso y blanco,
Y café que los preserve
Del terrible mal indiano;

Y tiendas que los guarezcan
En aquel clima tan malo,
De los turbiones de invierno,
Que el suelo tornó en pantanos;

Y completos botiquines,
Artolas, camillas, carros,
Que transportan al herido,
Y dan aliento á los sanos.

¡Al herido!..... Yo también,
De Ocaña por los collados,

Con el licor de mis venas
Regué los laureles patrios;

Y hoy, en cárcel de dolores,
Por la vejez amarrado,
Con mi lira solamente
El marcial grito acompaño;

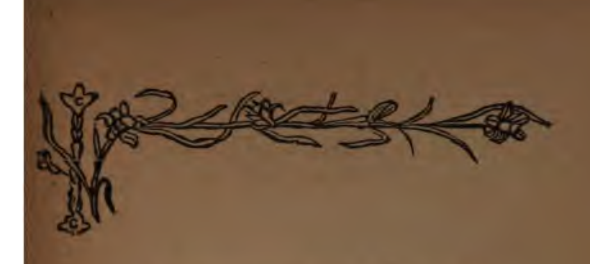
Mientras que mi nietezuelo
Hace mi bastón caballo,
Y dice que va á la guerra
De moros y de cristianos.

Sí, mi bien, crece y confía
Ver más feliz, á mis años,
La dicha que yo no he visto
Y mis abuelos lograron:

Ver unida á nuestra patria
Por *Isabel* y *Santiago*,
Y el pendón de Zaragoza
En Fez y en Tánger clavado.

Y tú, mi Señora y Reina,
No mires este presagio
Como delirio de enfermo
Y cuento de veterano.





# LA NOCHEBUENA EN PARÍS
## Y EN MADRID EL AÑO 1857 (1).

ROMANCE DEDICADO Á LA TERTULIA LITERARIA DE LOS EXCMOS. SRES. MARQUESES DE MOLINS.

Ya son las diez..... ¡Ay, qué noche!
No es la buena para mí.
Cae mucha nieve..... ¡Qué frío!
Es imposible salir.

Ahora, en la calle del Prado,
Aquella copia feliz
Recibirá á los poetas,
Él amable, ella gentil.

¡Vive Dios, que estoy mohino
Porque no me encuentro allí,

(1) Este festivo romance será siempre curioso, como documento literario, por la especie de revista que en él pasa el autor á los poetas de aquella época, la mayor parte de los cuales ha dejado de existir. Escrito en tono familiar, y

Á disfrutar con mi gente
Del obsequio de Molins!

Esta noche yo trocara
Los encantos de París,
Por la sociedad querida
Y el suculento festín.

¡Que no encuentre alguna bruja
Que me lleve de espolín,
Cuando á caballo en su escoba
Vaya esta noche á Madrid!.....

¡Que en licenciado Torralba
No me pueda convertir,
Aunque el mismo diablo sea
Locomotora de mí!.....

Si por telégrafo eléctrico
Los hombres pudieran ir,
No faltara, que estuviera
Ya de patitas allí.

Pero pues no encuentro bruja,
Ni demonio volatín,

---

para ser leído en una tertulia, á la cual debían concur[illegible] las personas en él citadas, algo hay que rebajar, natur[illegible]mente, de los elogios, y aun de ciertas expansiones [illegible] afecto paternal.—(*Nota del colector.*)

í embeber puedo mi todo
n un alambre sutil,

Vaya el alma, vaya el alma,
a que no el cuerpo, á Madrid;
i imaginación la lleve.
lma, disponte á partir.

Y aunque la cabalgadura
s un relámpago, al fin,
travesar tanto espacio
ampoco es grano de anís.

Bueno será reforzarla,
rudente aguijarla, y
arle á lo menos un pienso,
ue no se niega á un rocín.
(*Entra un criado.*)
—Hola, Santos.—¿Qué me quiere?
-De aquel jugo de la vid
ue el Guadalete transforma
n rica esencia de Ofir,

Trae dos botellas.—El diablu
léveme consigu, si
ntiendo lu que me pide.
-Santos, eres un mastín.

Vino de Jerez te pido.
-Ahora, señor, lu entendí.

—¡Qué gallego tan idiota!
—Las butellas traigu aquí.

—Destápalas.—Voy al puntu,
Que el toruzón preveni.
—Tirabuzón, di, gran bestia.
—Pues esu quise decir.

—Dame, dame. ¡Qué fragancia!
Puede á un muerto revivir.
¡Eh, Santos, déjame solo;
Vete, que voy á Madrid!

—Nu va á tumar mala turca
Mi amu; y luegu hablan de mí:
Lu que veu es que ninguno
Echa el vinu en el candil. (*Vase.*)

Pues quedo solo, bebamos
Cuatro ó seis copas, ó mil;
Las que sean necesarias
Para ponerse así, así.

¡Cuál la lámpara refleja
En esta copa gentil!
¡Cómo chispea el vinillo!.....
Y más á verme. ¡Uf! La bebí.

Otras dos por el gargüero
Deslícense sin sentir,

Aunque hace sus cosquillitas
Al bajar el picarín.

Vaya otra copa..... ¡Qué año!
Otras dos más..... ¡Por San Gil,
Que este Jerez es un néctar!
¡Mal año para el *chablí*!.....

¿Trajo dos ó trajo cuatro
Botellas el galopín
De Santos?..... Yo, cuatro veo.....
Tanto mejor para mí.....

Á más moros, más ganancia,
Dijo nuestro padre el Cid;
Y á más botellas, más vino,
Cualquiera puede decir.

¡Vive Dios, que estoy más fuerte
Que el castillo de Gaucín,
Que soy más locuaz que López,
Más duro que el Gran Visir,

Más galán que Gerineldo,
Más fresco que un alhelí,
Más rico que Salamanca
Y más sabio que Merlín!

Y voy á privar..... ¡Caramba,
Que me caigo! y en un tris

Que no se volcó la mesa;
Una botella rompí.

No importa; verterse el vino
Siempre es agüero feliz;
También he roto dos copas.....
Muy torpe soy ¡pese á mí!

¡Qué resplandor en las luces!
¡Cómo se mueve el tapiz!
Los figurones parece
Que vienen vino á pedir.

Pues no les daré una gota,
Que para gente muslim
No es mi Jerez, ni aun la zupia
Del ventorrillo más vil.

¡Cómo me pesan los ojos!.....
Reclinaré en el cojín
La cabeza..... ¡Ay Dios, qué sueño!
Buenas noches; me dormí.

---

## SUEÑO.

### EL ALMA Á CABALLO EN LA IMAGINACIÓN.

Esta es la calle del Prado,
Y esta la casa, no hay duda.
Entro sin llamar; las almas
Entran por la cerradura.

En la antesala no espero,
Pues ni gabán ni capucha
Tengo que emperchar; las almas
Hacen los viajes desnudas.

Ya escucho el rumor alegre
De la festiva tertulia;
Todas las voces conozco
En la algazara confusa.

Entro en el salón..... ¡Qué gusto!
Lo que me aflige y conturba
Es el no comunicarme
Con la gente que lo ocupa.

Allí está la chimenea
En el rincón; la circundan

Las consabidas butacas,
Mesas, estantes, pinturas.

Todo está, todo, en su sitio
Como la Nochebuena última;
Y los mismos concurrentes
Y la mismísima bulla.

¡Cuán gallarda la Marquesa,
Con esa gracia, cual suya,
Festeja á todos!..... ¡Qué afable
El amo de casa, busca

Los modales más corteses
Y las maneras más pulcras
De hacer de la Nochebuena
Buena noche á su tertulia!

¡Hola! ¡Qué linda, qué guapa
Está allí la niña rubia
Con su bella madre! Siento
El tener la boca muda,

Porque si no, un requebrajo
Les encajara á ambas juntas.
También está María Antonia,
Y mi afecto la saluda.

¡Oh buen Bretón, padre insigne
De nuestra cómica musa!

Ya estás con tu cigarrillo
Disputando con Ventura.

Venturita de la Vega,
El de persona menuda,
Y el que brota entendimiento
Por todas sus coyunturas.

¡Qué buen gusto en cuanto escribe!
¡Qué dicción tan noble y pulcra!
Mas ¡qué dolor! la pereza
Tan altas prendas anubla.

Rubí, mi compadre, ¿cómo
Está mi ahijado?..... ¿Hay alguna
Comedia en planta, de aquellas
Que tanto tu nombre encumbran?

Segovia, el excónsul, vaya.....
¡Y qué carnes tan enjutas!
¿Por qué, siendo alto maestro,
Estudiante te intitulas?.....

Allí está Pedro Madrazo,
Facha linda y pudibunda;
¡Qué elegantes versos hace
Y qué bien que los modula!

Y allí su cuñado Ochoa,
[El] de la melena hirsuta,

Escritor afable y bueno,
Crítico de fácil pluma.

Campoamor con sus *Doloras*.
¡Qué originales, qué agudas!
Y con trivial apariencia,
¡Qué sentidas, qué profundas!

Don Antonio Galiano,
Con cara de quinta angustia
Y turulato y torcido,
Ahora llega á la tertulia.

Á los amos de la casa
Delante tiene y los busca,
Tropieza con una silla,
Algún velador trabuca.

Se acerca á la chimenea
Y se le quema la punta
Del pañuelo..... que llevarlo
Fuera del bolsillo usa.

Primer orador de España,
Y que adquirió fama suma
Con odas de sentimiento
Y con décimas de burlas.

¿Quién es aquel que leyendo,
Con la mano el rostro oculta?

Nicomedes Pastor Díaz.....
Gallego de noble enjundia.

Siento no poder hablarle,
Que afición le tengo y mucha,
Por su bondad y talento,
Altas prendas que lo ilustran.

¡Hartzenbusch! Allí lo miro,
La más erudita musa,
Y la más tersa y más clara
De las que en Madrid relumbran.

¡Don Antonio Gil! Mi amigo
Constante en todas fortunas.
Viejo está, pero no muere,
Porque su *Guzmán* lo escuda.

¡Calle!..... ¡Cervino! Tan bueno,
El poeta de los curas,
Y el que escribe en buena prosa
Metamorfosis muy chuscas.

Hablando está con Tejada,
Modesto joven, que busca
Y va encontrando dichoso
Del gran Quevedo la ruta.

¡Hola! Alarcón, ya te veo;
De buen autor te gradúa

Tu *Hijo Pródigo*, comedia
Que en altas dotes abunda.

Allí está Ferrer del Río,
Que á Carlos tercero adula;
Y Aureliano, concienzudo
En cuanto escribe y estudia.

Y Rosell, que un justo premio
Ganó en literaria lucha;
Y Nocedal, que alta fama
Ha alcanzado en la tribuna.

Y Tamayo, buen ingenio,
Á quien Melpómene arrulla,
Con *Virginia* la modesta,
Con *Doña Juana* la ilusa.

Allí, en un grupo, Pacheco,
Orador de grande altura;
Y Cañete, el que maneja
Tan doctamente la pluma.

Aquí el devoto Tejado,
Cuyas doctas prensas sudan
Para combatir errores,
Maldades y desventuras.

Buen Amador de los Ríos,
Que los viejos libros buscas,

... deja las flores,
... jugo les chupas:

... *Historia de los Judíos*
... fama te asegura,
... *Marqués de Santillana*
...speché que lo adulas.

...ola! Cueto, mi cuñado,
... la persona pulcra,
...ecto, entendido, fácil
...uanto escribe ó dibuja.

...quel es Selgas, ingenio
... esgrime de corte y punta,
...cioso cuando cala,
...vez de yelmo, capucha.

...ablando está con Pedroso.....
...vez arreglen y urdan
...nos solaz y consuelo
... otro arsenal de pullas.

...uen Estrella, poeta osado,
...entonación muy robusta,
...da de que el periodismo
...te anonade y te hunda.

...ntonio Flores, discreto,
... ocurrencia es tuya

En las tres virtudes santas
Dar noble campo á tu pluma.

Te confieso, Florentino,
Que tu *Quevedo* me gusta;
*De la vejez los achaques*
También, aunque ya me abruman.

Valerita, Valerita (1),
El de la inmensa lectura,
Y de vena tan graciosa,
Tan fácil, tan andaluza:

¿No te acuerdas del Vesubio?
¿Ni de Puzoli y su gruta?
¿Ni de los pasados días,
Que te eché tantas pelucas?

Dacarrete, no te escondas,
Que noble cítara pulsas,
Y lindas cosas leías
En mis reuniones nocturnas.

¿Qué escudriñas, Navarrete?
¿Qué estás mirando, qué buscas,

---

(1) El autor alude al insigne escritor D. Juan Valera, quien, siendo muy joven, el Duque llevó de Agregado á embajada de Nápoles, y al cual trataba con paternal afect

Para contarlo á Fernández
Y que él lo cuente á las turbas?

Pero no eres maldiciente,
Tienes muy cristiana enjundia,
Y sabes decir favores,
Sin saber decir injurias.

Fray Gerundio, Fray Gerundio,
Mucho tu *Historia* me gusta:
Tu gloria y la de la España
Andarán ya siempre juntas.

Y Martínez de la Rosa,
¿Por qué no está en la tertulia?.....
Se me olvidaba, es Ministro;
Esto es, persona difunta;

Que en vez de tratar amigos
Y gozarse con las musas,
Con enemigos combate
Y perece entre las furias.

¿Y mi Enrique? ¡Ay! Ahora llega:
¡Qué noble y gentil figura!
Voy á revolar en torno
De su cabellera rubia,

Y de aquella hermosa frente
Por do nada innoble cruza,

Donde hay tanto entendimiento,
Donde se albergan las musas.

¡Ay! Si adivinar pudiera
Que en rededor le circunda
De su padre el alma, ¡cielos!
Cuál se ensanchara la suya.

Mas ¿qué ocurre? ¿Por qué advierto
Tal confusión y tal bulla?
Porque han dado ya las doce
Y está revestido el cura.

¡Cómo cura! Es un obispo
El que hoy honra la tertulia,
Y decir quiere la Misa
Que del Gallo se intitula.

Voy á besarle la mano,
Pues gran respeto me inculca,
Que es de la diócesis padre
Donde se meció mi cuna.

Á Misa, á Misa. ¡Qué lindo
Está el altar! Y me gusta,
Cosa es al fin de Mariano,
Ver la gótica casulla.

¡Y qué buen efecto hace
El acorde que modula

Ferraz con tanta destreza
Y con expresión tan pura!

Humillémonos rendidos
Á la Omnipotencia Suma:
El cuerpo y sangre adoremos
De aquel Cordero sin culpa.

*Ite, Missa est*..... Pues vamos:
Gloria á Dios en las alturas,
Paz en la tierra á los hombres
Y cena y broma: *¡Alleluia!*

«Á cenar», Mariano dice,
«Á cenar», dice la turba;
Y del comedor la puerta
Ya se traga la tertulia.

¡Qué mesa tan elegante!
¡Qué espléndida! ¡Qué profusa!
¡Qué limpia! ¡Qué apetitosa!
¡Qué abundante! Así me gusta.

Pavo y pernil la presiden;
Pavo, se entiende, con trufas;
Luego están salmón y anguilas,
Y, por supuesto, las truchas.

Pero no falta la sopa
De almendra, como se usa

De inmemorial en España,
Que es sopa de antigua alcurnia.

Pues los vinos de Alicante,
Burdeos, Jerez..... Me angustia
Ser alma por esta noche,
Porque el alma no manduca.

Si aquí estuviera mi cuerpo,
Que, según decía Porrúa,
Tiene estómago más fuerte
Que el avestruz y la grulla,

Hiciese honor á la cena,
No en rábanos y aceitunas,
Sino en cosa de más jugo,
De más sustancia y más punta.

¡Qué queso tan exquisito!
¡Qué frescas y ricas frutas!
¡Qué almíbares! ¡Qué bizcochos!
¡Qué tortas! ¡Qué confituras!

¡Y el turrón omnipotente!.....
¿Quién, turrón, no te saluda,
Si más que al mayor monarca
Te hacen la corte y te adulan?

¿Quién?..... Turrum..... tum..... tum..... ¿Qué [es esto?
*Qui est là?* ¡Qué baraúnda!

¿Quién osa hacer tanto ruido?
¿Quién mi descanso perturba?

—Suy yo, señor; la antesala
Está sin velón, á obscuras,
Y tropecé y me he caídu,
Y algo rompí, ¡pese á Judas!

—Y ¿á qué vienes, mentecato?
—Cumu ya ha dadu la una,
Vengu á ver si su celencia
Se queda así ú se desnuda.

—A que te rompa la crisma
Vienes, gran bribón, sin duda.
Y ¿no sabes que has robado
Mi delicia y mi ventura?

—Yo nada rubé, ¡pur Cristo!
Lu que me dice me asusta.
—Vete, maldito, á tu cuarto.
—Aun nu ha durmidu la turca.



# FLORINDA

---

POEMA EN CINCO CANTOS



# FLORINDA.

## CANTO PRIMERO.

### EL BANQUETE Y LA PRISIÓN.

I.

Casi en mitad de la extendida España,
De Toledo saluda las almenas,
Y los peñascos do se empinan baña,
Tajo, que envuelve en oro sus arenas;
Y luego entre tomillos y espadaña,
Y por feraces márgenes amenas
Deslizándose, gira sosegado
Sobre un risueño y delicioso prado.

II.

Rica verja de bronce los confines
De un anchuroso espacio en él cercaba,
Do entre bosques, estanques y jardines
Un palacio soberbio descollaba.

Sus cuadras y dorados camarines
El balconaje liberal mostraba,
Al esplendor de antorchas y blandones,
Que ardientes alumbraban los salones.

III.

Era el alcázar de Florinda; había
Una cena magnífica dispuesta
Para pasar hasta la luz del día
En gozo y en placer, en danza y fiesta.
En medio de un salón, que de armonía
Llenaba suave combinada orquesta,
Las regaladas mesas se encontraban,
Y exquisitos manjares presentaban.

IV.

En su redor, prelados, personajes,
Caballeros, señoras, dueñas, damas,
Ostentando riquísimos ropajes,
Y acaso ardiendo en amorosas llamas;
Hidalgos, escuderos, guardias, pajes,
De obscuros nombres y dudosas famas,
Esperaban al Rey, por tributarle
Obsequio, y de su amor felicitarle.

V.

Que ¡oh mengua! por su mal aquella corte
No era ya digna del linaje godo;
De aquel que tuvo á la virtud por norte,
Virtud con que venciera al orbe todo;

Pues olvidada de su antiguo porte,
Dormida de los vicios en el lodo,
Cercada se verá, cuando despierte,
De un mar de sangre, cautiverio y muerte.

VI.

Llega el Rey con su hermosa; altos sitiales
Bajo dosel de púrpura ocuparon,
Y magnates y damas principales
Con vivas su presencia celebraron;
En oro y preciosísimos cristales
Manjares deliciosos circularon,
De mil blancas antorchas á las lumbres,
Que brillaban por muros y techumbres.

VII.

Galán y enamorado era Rodrigo,
Y rey que los reparos atropella,
Queriendo al orbe todo hacer testigo
De su ventura y amorosa estrella;
Y la severidad del tiempo antigo
Con ceño mira y desdeñoso huella;
Que el que adora á una linda y alta dama,
Goza también en publicar su llama.

VIII.

Estaban á la mesa Alfonso, Eurico,
Y Rugero, Armengol, Teudo y Favila,
Y Walia, descendiente de Alarico;
Gala, Eduvigis, Toda y Pudentila,

Y cuantos de linaje claro y rico
En su centro tener la corte estila;
Y todos al Monarca celebrando,
Y á Florinda bellísima admirando.

IX.

Opas también, hermano de Witiza,
De Toledo Arzobispo, cuyo osado
Pecho ambición indómita esclaviza,
Llegó al festín después de comenzado;
Y aunque el semblante y el mirar suaviza,
Cauto, sagaz y á bandos avezado,
Su palidez, sus ojos y su frente
Muestran que su interior combates siente.

X.

Mezclado entre la turba que asistía
Como cortejo, escolta y aparato
De los magnates que en la sala había
Disfrutando el festín y el regio plato,
Un incógnito entróse, á quien cubría
Armadura completa sin ornato,
La espada en cinta y baja la visera,
Cual si un soldado de la guardia fuera.

XI.

Á uno de los pilares arrimado,
En que estribaba el artesón del techo,
Estaba del bullicio separado,
Con los brazos cruzados sobre el pecho;

Y como en él ninguno ha reparado,
De cuanto pasa en torno está en acecho;
Á la dama y al Rey atento mira,
Y se le abrasa el corazón en ira.

XII.

Álzase, del Monarca confidente,
El joven Teudo, ilustre y generoso,
Que á Gala amaba; invoca de repente
La atención del concurso numeroso;
Y un tazón de oro y piedras refulgente,
De castellano néctar espumoso
Llena, y dice: «Brindemos ¡oh señores!
Por el Rey, por Florinda y sus amores.»

XIII.

Y Rodrigo el primero el labio toca
Al rico cerco que el tazón orlara,
Y de Florinda la divina boca,
En donde la del Rey, también tocara;
Y dando vueltas, el licor se apoca
De mano en mano, hasta que al cabo para
En las trémulas ya del viejo ilustre
Rubén, hebreo, de las ciencias lustre.

XIV.

Era docto Rubén en las estrellas,
Insigne en nigromancia; y se decía
Que, lo futuro conociendo en ellas,
Venideros sucesos predecía;

Que un familiar espíritu sus huellas,
Sujeto siempre á su saber, seguía;
Que sombras evocaba, y que los puros
Astros obedecían sus conjuros.

XV.

En la corte alto crédito gozaba
Por su edad grave y su profunda ciencia,
Y en el banquete silencioso estaba,
Con modesto ademán y continencia.
La barba, que en el pecho le ondeaba
Cual blanca nieve, daba á su presencia
Gravedad y decoro, y un ropaje
Ancho, negro y talar era su traje.

XVI.

Apenas el tazón toma espumante,
En pie se pone pálido y temblando,
Sus ojos lanzan fuego, y palpitante
Lo arroja, la ancha mesa salpicando;
Y con voz ronca, al trueno semejante,
«¡Oh Dios! exclama, ¡oh Dios! ¿qué estáis brin-
Sangre llena esta copa, sangre, y miro [dando?
Sangre doquiera que la vista giro».

XVII.

«Esta opulenta mesa se convierte
En espantable y espaciosa tumba;
El horrendo alarido de la muerte
En estas altas bóvedas retumba.....

Varones, desechad el sueño inerte:
De la guerra el estruendo en torno zumba.
¡Ay! Son lutos las galas y libreas,
Y estas antorchas funerales teas.»

XVIII.

Callaron todos, y Rodrigo helado
Torna los ojos á Florinda bella,
Y en su faz el terror viendo pintado,
Al mágico maldice y á su estrella;
Y de mil pensamientos contrastado,
Pálido de su amada el rostro sella,
Y sus lágrimas bebe, y con los brazos
Le ciñe el cuello en ardorosos lazos.

XIX.

Cuando de pronto aquel desconocido,
Que armado y encajada la visera,
Entre la muchedumbre confundido,
Apoyado al pilar permaneciera:
La brilladora espada embravecido
Empuña y saca de la vaina fuera,
á la mesa se lanza fulminante,
tropellando cuanto ve delante.

XX.

Una estocada furibundo tira
ntra el pecho del Rey, ronco gritando:
me, tirano, la celeste ira,
mi brazo terrible está animando.»

Á un lado el cuerpo súbito retira
Rodrigo, y en la silla hirió, quedando
En su espaldar riquísimo clavada
La vengadora fulminante espada.

XXI.

Dió la bella Florinda un grito agudo,
Creyendo que su amante fuera muerto;
Levántase el Monarca airado y mudo;
Tiembla don Opas demudado y yerto.
Agítase el concurso, y al sañudo
Incógnito, con ciego desconcierto,
Se arrojan Teudo y otros personajes,
Ayudados de guardias y de pajes.

XXII.

Al ver su rostro, alzada la visera,
Lanza un grito Florinda y viene al suelo,
Que hondo desmayo de ella se apodera:
Queda Rodrigo cual inmóvil hielo;
Tiembla Teudo el osado; Opas se altera;
Húndense todos en espanto y duelo,
Pues de Florinda al padre venerando,
Al conde don Julián están mirando.

XXIII.

Halla el viajero en la desierta arena,
Do imperios yacen del perdido oriente,
Inculta soledad de escombros llena,
De rüinas que el tiempo hundió inclemente:

Tendido el roto mármol donde apena
Los rastros del cincel la edad consiente,
Columnas derribadas y arquitrabes,
Ya nido á sierpes y á nocturnas aves.

XXIV.

Ve destructoras yedras y bastardos
Musgos brotar por juntas y labores,
Sus hojas escondiendo y tallos pardos
Del arte sobrehumano los primores;
Y alzarse mira solitarios cardos
Sobre ricos mosaicos de colores,
Y oye cual llora tanto desconcierto
La voz desconsolada del desierto.

XXV.

Pero en medio del campo de la muerte,
Del estrago del tiempo desastroso,
Triunfador de la edad y de la suerte,
Ve enhiesto en bronce lívido coloso
(Que más que el mármol el metal es fuerte),
Y en él yedras y musgo ponzoñoso
Prender no logran, ni saciar su saña
De los siglos voraces la guadaña.

XXVI.

Así en la corrupción que á España inunda,
Sólo se mira libre de su estrago
El conde don Julián, cuya profunda
Virtud vence del vicio el torpe halago.

Llora la destrucción que le circunda,
Llórala, sin saber ¡ay! que el aciago
Día se acerca en que su honor le quite,
Y en crímenes sin fin le precipite.

XXVII.

En vano opone su virtud sublime
Y su ejemplo á la furia de los vicios
Que á su patria infeliz hunde y oprime,
Llevándola á espantosos precipicios,
Pues nada alcanza; despechado gime,
Y tiempos esperando más propicios,
Retirado en el Betis entre tanto,
Oculta su dolor y justo llanto.

XXVIII.

Sólo anhelaba (es padre y es prudente)
Á Florinda sacar, á su hija hermosa,
De Toledo infeliz, y del torrente
De vicios de la corte peligrosa;
Pues cumplió el tercer lustro, y eminente
Crece en beldad, y aunque alta y generosa
Brilla en virtud, es prenda la hermosura,
Que do escándalos hay, no está segura.

XXIX.

Y ¡cuán leal su corazón le advierte!.....
¡Padre infeliz!.... pues ya la infortunada
Hora llegaba, en que enemiga suerte
Preparaba á Florinda recatada,

deshonra, perdimiento y muerte;
él la senda desastrada
traición, venganzas y maldades
la execración de las edades.

XXX.

su alcázar antiguo la doncella,
damas ilustres, y al cuidado
eña venerable, creció bella,
da del mundo depravado.
ás pura que luciente estrella,
nombre de todos respetado,
te, feliz, sola vivía,
a corte ni aun hablar oía.

XXXI.

ba cual la rosa del desierto
ace, brilla, y su esplendor lozana
a y su fragancia al cielo abierto,
despuntar de la mañana,
ndo si el mundo está cubierto
as rosas también, y si la humana
ria en los verjeles á las flores
a, por gozar de sus olores.

XXXII.

ntas veces la luna plateada,
mar por cándido celaje,
ndo en la cumbre empizarrada
ázar y altísimo almenaje,

Junto al muro sorprende disfrazada
La persona del Rey, en tosco traje,
Luz lejana observando sin jüicio,
Ó algún vago rumor por un resquicio!

XXXIII.

Y tal vez, descuidada la divina
Beldad, que un Rey la acecha simple ignora,
Y pulsa con la mano alabastrina
El arpa de marfil, dulce y sonora;
Y en delicada voz (porque imagina
Que nadie ha de escucharla) encantadora,
Himnos tan puros como lo es su pecho,
Al cielo envía, al recogerse al lecho.

XXXIV.

El amador, temblando, la vihuela
Melancólica y dulce requiriendo,
Que ha escuchado su acento le revela,
Amorosas endechas respondiendo;
Y como simplecilla no recela
Las redes que el amor le está tendiendo,
Que es de algún jardinero el canto entiende,
Y á la voz y á la letra incauta atiende.

XXXV.

A la corte á brillar sale Florinda
Por su mal, que la cándida azucena
Vive, y vive gentil, lozana y linda
En lo repuesto de la selva amena;

Pero de allí arrancada, á que se rinda
Su alta beldad natura la condena,
Por más que brille una hora en el florero
Y la envanezca aplauso pasajero.

XXXVI.

El aura del deleite suave y blando
La doncella infeliz goza, y no advierte
Que su noble virtud se va agotando,
Porque respira el aire de la muerte.
Ya el retiro apacible despreciando,
Y la pureza de su antigua suerte,
Discreción y beldad lucir le agrada,
Y el verse en concurrencias celebrada.

XXXVII.

El árbol más altivo y generoso,
Que en el bosque entre mil se alza y descuella,
Por más que se defienda desdeñoso
Del atractivo de la yedra bella,
Cuando al abrazo aleve y engañoso
Los que en torno lo cercan ceden de ella,
No escapa de sus nudos, y enredado
Cual los demás, perece sofocado.

XXXVIII.

Florinda arde, ¡infeliz! noble combate
Contra el amor su virtüoso pecho;
Mas quien de combatir con amor trate,
Sólo trata de ser roto y deshecho.

Su invencible poder la fuerza abate
Que la doncella opone sin provecho;
Y por Rodrigo se le abrasa el alma,
Logrando amor la triunfadora palma.

XXXIX.

¡Ay! ¡Cayó al fin!..... Levántase orgullosa
Antigua torre que la edad venera;
Triunfó de asaltos mil firme y gloriosa,
Y encumbra su almenaje á la alta esfera:
El suelo tiembla acaso, y poderosa,
Sobre su inmensa basa persevera;
Ni de los siglos el rigor sañudo
Romper sus gruesos murallones pudo.

XL.

Pero humilde tal vez nace en la sierra
Escaso arroyo, y corre y se encamina
Al pie del templo fuerte de la guerra,
De la torre que al cielo se avecina;
Y baña en derredor su seca tierra,
Y con clara corriente cristalina
La adula reflejándola, y mil flores
Produce en sus cimientos vividores.

XLI.

Al mismo tiempo, mudo y alevoso,
Lentamente socava los sillares,
Que el fiero empuje de huracán sañoso
Resistieron y esfuerzos militares;

hierba que brotó en el foso,
raíz, las piedras angulares
y las quebranta, y al fin hunde
ón, y en polvo lo confunde.

XLII.

padre ¡desdichado! ..... Pronto aviso
don Opas, con infame intento
erle en tan alto compromiso,
le de sus iras instrumento.
don Julián; voló, que quiso
prevenir; pero al momento
infeliz! en que Florinda es dama,
puede restaurar su fama.

XLIII.

na fuerte torre aprisionado
como león que en jaula estrecha
n furor ardiendo, y despechado
e fuego por los ojos echa.
entró, y en ella encarcelado
(visto lo poco que aprovecha
gre, ni virtud, ni valentía)
puntar la luz del nuevo día.

XLIV.

lo vi, yo lo vi: ¡destino horrible!
ázar, que fué templo esclarecido
tud y de honor incorruptible,
anar infame convertido.

Y á mi vil ofensor aborrecible,
De esa inicua mujer, que mi hija ha sido,
Entre los brazos..... ¡Cielos!..... ¿Y aun respira?...
¿Y yo no estoy vengado?..... ¡Oh negra ira!

XLV.

»Día de maldición eterna fuera
Aquel que padre me llamé: maldito
El instante en que vi la luz primera,
Y de mi enlace el sacrosanto rito.
¿No llega, justo cielo, hasta tu esfera
De mi dolor el clamoroso grito?.....
¡Oh Dios!..... ¿Por qué mi brazo más certero
No supo fulminar el noble acero?

XLVI.

»¡Godos, godos! Salid del sueño insano;
Ved manchadas mis canas virtuosas
Por vuestro aleve y bárbaro tirano:
Temblad los que tenéis hijas hermosas.
¿No me escucháis, y mi lamento en vano
Se pierde entre esas sombras pavorosas,
En donde, sin venganza, es ya mi suerte
En infamia esperar la tarda muerte?

XLVII.

»No será, que en el alma aun tengo brío
Para librarme del destino horrendo.»
Así dijo, y bañado en sudor frío,
En desesperación y en ira ardiendo,

Los brazos tiende con intento impío
Por las ciegas tinieblas, y cogiendo
Una daga, que oculta guardar pudo,
Grita ronco, empuñándola sañudo:

XLVIII.

«Pues que no supo castigar mi espada
Al mortal que ofenderme osó el primero,
Acabe mi existencia degradada;
Durar no debe en deshonor tan fiero.
Líbrame de esta vida emponzoñada,
Rompe mi corazón, tajante acero.»
Dice, y alzando la resuelta mano,
Va á esconder en su pecho el hierro insano.

XLIX.

Sí; cuando la esperanza, del mezquino
Mortal último apoyo, atroz deserta,
Y de reparación no hay ya camino,
Y de oprobió la vida está cubierta,
Baje el hombre al sepulcro, que el destino
A él le llama con voz terrible y cierta.
Mas ¿quién puede perder toda esperanza
En mundo tan sujeto á la mudanza?

L.

Tenerla debe el que agraviado arde,
Guardarla debe el que infeliz respira,
Y de firme constancia hacer alarde
Cuando á la suerte embravecerse mira:

Aunque es valor morir, es de cobarde
Pecho también, si á la venganza aspira,
Buscar la muerte, pues reposo alcanza
Sólo el que muere, pero no venganza.

LI.

Ya el despechado Conde en golpe horrendo
Va á desgarrar su corazón ardiente,
Cuando de los cerrojos el estruendo
Inesperado escucha de repente,
Y que las dobles puertas van abriendo,
Y lentos pasos que se acercan, siente,
Y de lejana luz el brillo escaso,
Por los resquicios penetrando acaso.

LII.

La acción suspende atónito, y «La suerte
Víctimas, dice, ofrece al brazo mío:
Vengan, y cara comprarán mi muerte.
Gracias, cielos, os doy, doblad mi brío:
Antes, agudo acero, de esconderte
En mi pecho infeliz, copioso río
De sangre verterás de infame bando;
Y soy feliz, pues moriré matando.»

LIII.

Hacia la puerta arrójase furioso
Para herir al que osare entrar delante:
El rumor de los pasos pavoroso
Se acerca con la antorcha relumbrante:

Caen las pesadas barras, el mohoso
Cerrojo tardamente rechinante
Resbala en las argollas resonando,
Las bóvedas su estruendo duplicando.

LIV.

Ya se estremece la ferrada puerta,
Y sobre goznes del orín pesados,
Gimiendo ronca y tarda, queda abierta,
Y los ojos del Conde deslumbrados,
Pues de lámpara escasa á luz incierta,
Cuando espera encontrar hombres armados,
Ve una hermosa mujer con blanco velo,
Que parece venir del almo cielo.

LV.

Tal vez al desdichado á quien oprime
La maldad de la tierra, así piadoso
Del pesar un momento le redime
El encanto del sueño delicioso;
Y en él, en forma angélica y sublime,
Le envía el justo cielo bondadoso
Virgen celeste, que de luz vestida,
Con purísimos goces le convida.

LVI.

Mudo y absorto don Julián quedara,
Y á doblar la rodilla se previene,
Cuando el velo cayendo de la cara
De la beldad que á consolarlo viene,

Ve á los reflejos de la antorcha clara,
Que pálida y temblando ante sí tiene
A Florinda infeliz, á su hija hermosa,
Que ni labio ni planta mover osa.

LVII.

Reconócela el Conde desdichado,
Y lanza un ronco horrísono alarido
Que conmoviera el torreón alzado,
Por los lúgubres ecos repetido;
Y con el brazo inexorable armado
Del hierro matador, enfurecido
Hacia Florinda bárbaro se lanza
Ciego, á empezar en ella su venganza.

LVIII.

Pero ¡ay! al descargar el golpe fiero,
Pierde su furia la indignada mano,
Y desmayada suelta el crudo acero,
Que es padre al fin el irritado anciano;
Y dando otro alarido lastimero,
La espalda y rostro vuelve, y al cercano
Muro lo aplica y de la luz lo oculta,
Y en horrendo silencio se sepulta.

LIX.

Florinda no respira, y fría y yerta,
Su planta vacilar mísera siente,
En el umbral se apoya de la puerta,
Y en ella inclina la marchita frente;

Cuando el padre, cual suele el que despierta
De horrendo sueño, dice de repente
Con ronca y honda voz y acento obscuro,
Y sin el rostro despegar del muro:

LX.

«Complácete, malvada; tu obra mira,
Si es que á gozarte en mi deshonra vienes.
Aquí al que quiso la celeste ira
Que te engendrara, para afrenta tienes.
Mas porque con la infamia que respira
Tu corrompido pecho no envenenes
Esta mansión de honor, huye al momento,
Pues para herirte me faltó el aliento.»

LXI.

«Señor, que de otro modo ¡ay Dios! no osa
Esta infeliz llamaros, con turbada
Voz le dice Florinda temerosa,
A salvar vuestra vida idolatrada,
A daros libertad vine anhelosa.»
«Devuélveme mi honor, infortunada,
Que vida y libertad sin él no quiero»,
Interrúmpela airado el padre fiero.

LXII.

«Señor, la joven sollozando exclama,
Si es que puede mi sangre, sangre impura,
Vertida restaurar mi nombre y fama,
Este pecho rasgad con mano dura,

Matad á esta infelice que os infama;
Herid, herid, señor; mas de esta obscura
Prisión salid; salvad ¡ay! vuestra vida,
Con mi muerte en su honor restablecida.»

LXIII.

Así diciendo, se derriba al suelo,
Las trémulas rodillas abrazando
Del padre, hundida en crudo desconsuelo,
Y un torrente de lloro derramando.
Mísero el padre, convertido en hielo,
Se alza del muro, mírala, y temblando
Ya va á echarle los brazos, mas le agita
De repente el furor que su alma irrita.

LXIV.

Á la infeliz Florinda de sí arroja,
Y en tierra la confunde con fiereza.
Ella los pies paternos besa y moja,
En ellos inclinando la cabeza.
El padre..... es padre al fin..... Tanta congoja
Templa ya de sus iras la braveza;
Gime en el interior de su hondo pecho,
En contraste tan áspero deshecho.

LXV.

Ya más no pudo el desdichado Conde,
No pudo más; y con entrambas manos
En su rostro las lágrimas esconde,
Y todos sus esfuerzos ¡ah! son vanos;

l corazón más duro al fin responde
tura á los ecos soberanos,
o mismo que ejecuta ajeno,
ija estrecha en su abismado seno.

LXVI.

Sí, dice, sí, aun puedes, hija mía,
tu honor, mi bendición ganarte,
ndar el baldón á que á la impía
plugo indignada condenarte;
u madre..... ¡oh Dios!..... la sombra fría,
iro cuál te sigue á toda parte,
¡qué horror! á maldecirte airada,
reposo y paz, verse aplacada.

LXVII.

zate, jura por el cielo santo,
nte el Dios terrible y justiciero,
ar al punto, al punto, cuanto
exigir por desagravio quiero:
ras?.....»—Y Florinda, en mudo espanto
la, y en lloro amargo y lastimero
hace. Y «¿Lo juras, infelice?
ras?», otra vez el padre dice.

LXVIII.

onces ella, lánguida, marchita,
ébil y honda voz, «Padre, lo juro»,
mpe; y tal horror su pecho agita,
iene á dar de espaldas contra el muro;

Sin verlo, don Julián se precipita
Sobre la daga, que en el suelo duro
Yace á sus pies; la coge, y de esta suerte
Ronco prosigue y respirando muerte:

LXIX.

«Cumple, hija de mi amor, tu juramento:
Toma esta aguda y vengadora daga,
Y tu brazo con ella, en el momento,
Del vil Rodrigo el corazón deshaga.
Vuela, y cuando tornares, y sangriento
Muestre que á tu ofensor dió justa paga,
Por tu esfuerzo traerás restituída
Honra á tu padre, y libertad y vida.»

LXX.

No las celestes bóvedas rompiendo
Con repentino trueno resonante
Rayo trisulco y vengador, cayendo
A los pies de la dama palpitante,
Su corazón hundiera en tan tremendo
Espanto, como el nombre de su amante
Del padre en boca, y el mandato horrible,
Y el juramento bárbaro y terrible.

LXXI.

Y trémula, y bañada en sudor frío,
Y cárdeno el semblante, y erizados
Los cabellos, y en fuego hondo y sombrío
Reluciendo los ojos espantados,

Ni ve, ni habla, ni escucha. El Conde impío
Mírala, y sus furores renovados,
La ase del brazo, y con feroz acento,
«¿Faltas, dice, infeliz, al juramento?.....

## LXXII.

»¿Mi honor y el tuyo á restaurar te niegas?.....
¿Quieres gozarte en mi suplicio infame,
Y en un mar de ignominia así me anegas?
Ó mi sangre ó la suya se derrame.»
Y Florinda, «¿A qué furias ¡ah! me entregas?
Dice, ¡oh padre!....., si padre es bien te llame.
¡Qué horror!..... ¿Yo asesinar á mi Rodrigo?»
«¡Tuyo!!! el padre gritó; yo te maldigo.»

## LXXIII.

Mortal desmayo á tan terrible acento
A la dama infeliz sobrecogiera;
Vela caer el padre, y al momento
Revuelve contra sí la daga fiera:
Cuando llega don Opas sin aliento,
De su sañudo brazo se apodera,
Y, «Salvaos, exclama, de la muerte;
Venid ¡oh Conde! aprovechad la suerte.»

## LXXIV.

Empero el Arzobispo, que no había
En el tendido bulto reparado,
Míralo, y pierde toda su osadía,
De que aquella es Florinda cerciorado.

Y «¿A dó, padre infeliz, tu saña impía
Te condujo?», prorrumpe horrorizado.
Y gime don Julián, y dice fiero:
«Mi maldición ha sido, no mi acero.»





## CANTO SEGUNDO.

---

### LOS PRESAGIOS.

I.

Con un potro, un arnés y un escudero,
Que el Arzobispo al Conde ha procurado,
Libre hacia el claro Betis va ligero,
De intentos de venganza acompañado:
Que el pensamiento siempre lisonjero,
Nueva esperanza ofrece á su cuidado
En deudos y en amigos, y no duda
Que hallará en ellos importante ayuda.

II.

Ya la incansable voladora Fama,
A cuyos ojos nada oculta el mundo,
Y cuya voz confusa se derrama
Por cuanto cercan cielo y mar profundo;

Del atrevido Rey la amante llama,
El agravio del Conde furibundo,
Y en el festín su arrojo infortunado,
Ha por España toda publicado.

III.

Y toda España (¡oh síntoma de muerte!)
Burló tal vez de la aflicción paterna.
¡Triste del pueblo, á quien su triste suerte
Tanto á la infamia y corrupción prosterna,
Que necio ríe y necio se divierte
Con los vicios de aquel que lo gobierna;
De un anciano en la faz al ver el lloro;
Del torpe ultraje al femenil decoro!

IV.

Del Betis olivoso á la ribera
El Conde llega, y á Híspalis famosa,
Y á su palacio, donde inquieto espera
Sus gentes ver en turba numerosa;
Pero una y otra luz pasa ligera,
Y en soledad se mira congojosa,
Y ni deudos, ni amigos, ni parciales
Del alcázar penetran los umbrales.

V.

¿Qué es esto?..... ¿Dónde están?..... ¡Desventurad
He aquí los hombres, don Julián: advierte
Cuál los que te cercaban fortunado,
Huyen cuando contraria ven tu suerte.

Favor, gloria, poder te roba el hado;
No hay ya de ti esperar, no hay ya temerte;
Y cuantos por muy tuyos se vendieron,
De tu fortuna y no de ti lo fueron.

VI.

Aunque el desaire advierte, su venganza
Le inspira disimulo: con presteza
Convoca, aun alentado de esperanza,
De Híspalis y Vandalia á la nobleza.
Mas pronto en tierra ve su confianza;
Cobarde abatimiento, vil bajeza,
Degradación, infamia, vicios, dolo,
Esclavos sin pudor hallando sólo.

VII.

Gime el padre infeliz, y su hondo pecho,
Ya espantoso volcán, rabia respira;
Y temblando de horror y de despecho,
Así ronco exclamó y ardiendo en ira:
«¡Patria infeliz!..... tus hijos ¿qué se han hecho?.....
¿Dó están?..... ¿dó están?..... ¿Son éstos que aquí mira
Mi indignación, esclavos de Rodrigo?.....
Si éstos tus hijos son, yo te maldigo.»

VIII.

Al atroz frenesí que su alma irrita,
Su alcázar abandona, á Híspalis deja,
En caballo veloz salta, y le agita,
Y los ijares con furor le aqueja,

Y en busca de la mar se precipita;
Pues su rencor ardiente le aconseja
De Hesperia huir, para buscar el modo
De exterminar al Rey y al pueblo godo.

IX.

Llega al último término de España,
A las costas que el mar sañudo azota,
Y en las arenas que hervoroso baña,
El potro deja, que cansado trota;
Tiende la vista á la húmeda campaña,
Y una pequeña barca, no remota,
Amarrada descubre en la ribera,
Entre las algas y la espuma fiera.

X.

Comenzaba la noche; ronco el viento,
En nubes obscurísimas bramaba;
El mar con sordo son y movimiento
Espantosa borrasca presagiaba;
Mas no desiste el Conde de su intento,
Y arrojarse á las ondas sólo ansiaba;
Tanto le era la patria aborrecible:
¡Ay del que llega á estado tan terrible!

XI.

Era el batel de humildes pescadores,
Que en un chozo inmediato se acogían,
Cuando del mar horrendo los furores
El sustento buscar les impedían.

De la hoguera los rojos resplandores,
A que las pobres redes recorrían,
Llamaron la atención del Conde fiero,
Y al albergue infeliz marchó ligero.

XII.

Halla á los pescadores, que asustados
De su aspecto, temblaron pavoroso;
Y mándales audaz, que apresurados
Aprestando la barca, al proceloso
Mar se entreguen, y á climas apartados
Le conduzcan al punto. El peligroso
Aspecto de las ondas y los vientos
Muéstranle, que es contrario á sus intentos.

XIII.

Pero empuñando la fulmínea espada,
Obedecer sin replicar ordena.
Van á la barca, que aunque está amarrada,
La resaca la arrastra por la arena.
Era horrenda la noche; contrastada
Del proceloso mar la playa truena,
La atmósfera se envuelve en negra bruma,
Silba ronco huracán, hierve la espuma.

XIV.

Otra vez, «¡Ay, señor, que nos perdemos!»,
Dícele con pavor la pobre gente;
Y otra vez don Julián, haciendo extremos,
«Al mar, al mar», les grita broncamente.

Izan la entena pues, mueven los remos,
La frágil barca los embates siente,
Cércala espesa niebla, y ciego el Conde
Huye de España sin saber adonde.

XV.

¿Y Florinda? ¿y Rodrigo?..... ¡Infortunados!
Ámanse cual jamás por desventura;
Abismo son sus pechos desdichados,
Volcán sus almas, su pasión locura;
Y á infortunios y horrores entregados,
Luchan, cual frágil nave en noche obscura,
Contra ásperos bajíos, azotada
Del huracán y de la mar hinchada.

XVI.

Sienten inexorable, á toda hora,
Que sus entrañas míseras aprieta
Una mano de hierro abrasadora,
Que arterias y pulmones les sujeta;
Y que sus corazones vengadora
Punza invisible bárbara saeta:
Respirar quieren, y les huye el aura,
Que cuanto vive, plácida restaura.

XVII.

Anhelante Rodrigo y pavoroso,
Y tal vez inducido y acosado
De superior impulso misterioso,
Por tenerlo ya el cielo decretado,

Su horrendo afán, su estado desastroso
Y las desdichas que aun le guarda el hado,
Consultar con Rubén ansioso anhela,
Y en busca suya corre y se desvela.

XVIII.

Desparecido de la corte había
Desde el festín infausto el docto anciano,
Y que escondido estaba, se decía,
Consultando los libros del arcano,
En un antiguo alcázar que existía
De luengos siglos en mitad de un llano
Inmediato á los muros de Toledo,
Inspirando su mole pasmo y miedo.

XIX.

Era pública fama que, encantado,
De asombros y prodigios lleno estaba;
Del curso de los tiempos injuriado,
Horrible aspecto aterrador mostraba;
De zarzales y arenas rodeado,
Nadie acercarse á su contorno osaba;
De él huían ganados y vaqueros,
Y tornaban la faz los pasajeros.

XX.

Contábase que acaso en la sombrosa
Noche salían de él largos gemidos,
Y de horrenda batalla desastrosa
El rumor de las armas y alaridos.

Y que si con la niebla tenebrosa
Iban por desventura hacia él perdidos
Viajeros ó pastores, no volvían,
Y en sempiterno olvido se escondían.

XXI.

Confusa tradición el ignorante
Vulgo guardaba de que aquélla fuera
Mansión de antiguo sabio nigromante,
Donde grandes tesoros escondiera.
Otros aseguraban ser constante
Que tal encanto en el palacio hubiera,
Que el que pudiese deshacerlo un día,
Nombre, aunque infausto, eterno lograría.

XXII.

En él se hallaba, pues, el docto hebreo;
Y Rodrigo, arrastrado por su estrella,
Arde de consultarle en el deseo,
Y ya los campos inmediatos huella.
La blanca luna el resplandor febeo,
Húmeda y silenciosa, sola y bella,
Derramaba apacible en la llanura,
Reinando de los cielos en la altura.

XXIII.

Su luz resbala por el pardo muro
Del inmenso edificio pavoroso,
Que en parte viste yedra y musgo obscuro,
Que en parte desconchado está y ruinoso.

Almenas le ha robado el tiempo duro,
En donde grita el cárabo medroso,
Y leve niebla ciñe blanquecina
La atalaya, que altísima domina.

XXIV.

Alza los ojos y la faz turbada,
Mudo el Monarca, y la alta mole mira,
Y queda yerto y con el alma helada,
Y su pecho oprimido no respira.
No osa mover la planta, que asustada
Sólo á retroceder temblando aspira;
Mas prosigue, que el punto era llegado
Por el cielo inmutable decretado.

XXV.

Penetra los espesos matorrales,
Que en torno borran el camino y foso;
El puente, que ha mil años las mortales
Plantas no osan pasar, huella medroso.
Los maderos podridos y puntales,
Con su peso cimbrando, rechinoso
Rüido forman: llega á la ancha puerta,
Y el pie á estampar en el umbral no acierta.

XXVI.

Resuelto pulsa la mohosa aldaba,
Mas de súbito espanto poseído,
La suelta, y hacia atrás se retiraba
Una vez y otra vez despavorido.

Al fin (que su destino lo arrastraba)
Da un golpe á su pesar, que repetido
Por patios y ruinosos corredores,
Retumba en largos ecos bramadores.

XXVII.

Ya la altísima puerta se estremece,
Y se abre lenta con fragor tremendo:
Obscuro el ancho pórtico aparece,
Inhabitado y en silencio horrendo:
Por las junturas de las losas crece
Inculta hierba, frío verdín cubriendo
Gradas de roto mármol; y aunque espanta
Su vista, el Rey á hollarlas se adelanta.

XXVIII.

Cuando el sabio Rubén, el docto anciano,
De amarillez y de dolor cubierto,
Y una pálida antorcha en la una mano,
Sale para atajar su paso incierto,
Y «¿Á dónde, oh ciego Rey, corres insano?
Le dice entre gemidos; ¿dó inexperto
Mueves la planta audaz? ¡ay! que camina
A hallar tu fin, de España la rüina.

XXIX.

»Huye, infeliz.» Mas pálido el Monarca,
«No, exclama, no, que á consultarle vengo,
Y en tu saber, que cielo y tierra abarca,
Cifrada sólo mi esperanza tengo.

Consuela mi afanar, ó que la Parca
Esta vida tremenda que mantengo,
Siegue piadosa, y cesen mis delirios,
Y mis remordimientos y martirios.»

XXX.

«¡Desdichado! responde el docto hebreo:
Mis labios sella el áspero destino,
Que potente se opone á tu deseo.
Respeta humilde su querer divino:
Nada puedo decirte; y cuando veo
Cercano ¡ay Dios! el fin de tu camino,
Que revelarlo y que salvarte pueda,
La fuerza de los astros me lo veda.

XXXI.

»¡Ay!..... Mas huye..... No pierdas ni un mo-
Que el de la perdición está inminente.» [mento,
Rodrigo, en espantoso desaliento,
Por fuerza oculta detener se siente.
Vuelve el mágico á instarle, cuando el viento
Retumba con los sones de repente
De una campana del torreón, que había
Siglos que nadie resonar oía.

XXXII.

Á cuyo áspero horrísono tañido
El virtuoso Rubén desconcertado,
«Ya no hay reparación, dando un gemido
Exclama; no, que el término es llegado.

Entra, si estás de esfuerzo apercibido:
Toma esta antorcha, y un arcón cerrado
Que encontrarás descubre: en él tu suerte:
La mía es bajar al reino de la muerte.»

XXXIII.

Despareció Rubén: Rodrigo helado
Tiembla, y por mano oculta, irresistible,
Para retroceder se halla atajado,
Entre las sombras y el silencio horrible;
Y ya, del mismo miedo arrebatado,
Resuélvese á apurar su hado terrible;
Que desesperación suele y denuedo,
En apuro final, tornarse el miedo.

XXXIV.

Ábrense con fragor antiguas puertas,
Y el Rey pasa atrevido los umbrales;
Formando sombras con la antorcha inciertas,
Columnas y arruinados barandales.
Arcadas atraviesa descubiertas,
Patios llenos de lodo y matorrales;
Sobre quebradas losas se acelera,
Y hállase en la magnífica escalera.

XXXV.

Mansa, de mármol negro y ancha, asciende,
De polvo, do estampada no ve huella,
Cubierta toda. Osado el paso tiende
Por una y otra de las gradas de ella:

En lo alto un largo corredor se extiende,
Y por atravesarlo se atropella;
Y en la anchurosa cuadra entra temblando,
Y atónito su espacio registrando.

XXXVI.

El artesón altísimo aparece
De espectros y de sombras habitado.
De oro y mármol el muro le parece,
Pero uno muerto, y otro deslustrado;
Y en medio de la sala se le ofrece,
Del polvo de la edad entapizado,
Un ancho arcón de cedro carcomido,
Y de mohosas barras guarnecido.

XXXVII.

Se acerca yerto, frío, palpitante,
Y la fuerza del astro que le inclina,
Presta á sus brazos el vigor bastante,
Y el arca á descubrir se determina.
Ya la pesada tapa alza anhelante,
Que en los gonces tardísimos rechina;
Y del obscuro seno alzada apena,
Con son de nube que inflamada truena.

XXXVIII.

Entre humo denso y llama aterradora,
Cual es la de las iras del Eterno,
Fantasma colosal, reina y señora
De los vicios que aborta el hondo averno,

Alzase; y á Rodrigo vengadora
Se acerca, con sonrisa del infierno,
Y esgrimiendo un buril de brasa ardiente,
*Exterminio* grabó sobre su frente.

XXXIX.

Y largo estruendo, horrendo resonando
Cual le oyó el orbe nuevo al alarido
De Leviatán y de su horrible bando,
Por la alta diestra de Miguel vencido;
O cual lo escuchará cuando temblando
Vuelva á ser nada, y del Criador olvido,
El encantado alcázar se estremece,
Y como polvo y humo desparece.

XL.

Hállase el Rey en la mitad de un llano
Do descuellan sepulcros suntüosos,
Que de voraz incendio no lejano
Alumbran resplandores espantosos.
Torna absorto la faz, y el toledano
Muro, y sus altos templos, y famosos
Palacios reconoce, que en horrendo
Fuego desolador están ardiendo.

XLI.

Y siente que sus plantas humedece
Sangre, que empapa cálida la tierra;
Y que hacia el Sur retumba, y sordo crece
Clamor de trompas y rumor de guerra;

Y ve que á todos lados se aparece,
Inundando llanura, monte y sierra,
Tropel innumerable de escuadrones
De extrañas y fierísimas naciones.

XLII.

El exterminador ángel extiende
Sus alas sobre ellos, y los guía
Con la espada de Dios. Delante hiende
Bramador huracán la niebla fría;
Y en pos su espesa y negra sombra tiende
La noche del error, donde la impía
Esclavitud y la barbarie viven,
Y á devorar al orbe se aperciben.

XLIII.

Quiere el mísero huir al acercarse
La fiera multitud; mas de repente
Ve las antiguas losas quebrantarse,
Oye gemir las urnas sordamente;
Y mira de sus senos levantarse,
Ceñida aun de oro y de laurel la frente,
Las sombras de sus ínclitos mayores,
Clavando en él los ojos vengadores.

XLIV.

Y esconderse en la niebla vagarosa,
Gimiendo y exclamando en roncos gritos:
«Maldición, maldición para el que osa
Nuestro sueño turbar con sus delitos,

Hundiendo en noche horrenda y desastrosa
Patria y honor y sacrosantos ritos.»
Mas resistir el infeliz no pudo,
Y vino al suelo desmayado y mudo.

XLV.

En él por largo tiempo ni aun respira,
Casi cadáver, insensible, helado;
Y cuando en sí volvió, solo se mira,
Tendido en medio del desierto prado.
Atónito en redor los ojos gira;
Y no hallando el alcázar encantado (1),
Ni rastro alguno de él, se alza, y de miedo
Ahogado el corazón, huye á Toledo.

XLVI.

Florinda, en tanto, por la selva umbrosa
Que su palacio y su jardín cercaba,
Como ni un punto la infeliz reposa,
Con su querida Elvira paseaba;
Y en inquieto silencio, congojosa,
Con lloro amargo de dolor regaba
Ambas mejillas, aunque mustias, bellas,
Lamentando el rigor de las estrellas.

XLVII.

Á un dulce pajarillo, que volando

---

(1) Al final de este poema están las notas que van señaladas con los guarismos correlativos.

De árbol en árbol y de rama en rama,
Melancólicos trinos gorjeando,
Sus penas templa y la atención le llama,
Sigue embebida en el acento blando,
Y en pos se enselva la afligida dama;
Y sin notarlo, lejos los confines
Deja de su palacio y sus jardines.

XLVIII.

Y hállase en un collado delicioso,
Manso dominador de la ancha vega,
Que el aurífero Tajo caudaloso
Grato enriquece y apacible riega;
Y do en chozas humildes, al reposo
Sencillo pueblo pastoril se entrega,
De inocencia y candor acompañado,
Y de sus fieles perros y ganado.

XLIX.

¡Oh, cuán hermosa y pura y refulgente
Brilla la luna en el zafir del cielo,
Rïelando en la plácida corriente,
Y aljofarando el esmaltado suelo!
¡Qué bálsamo respira el fresco ambiente!
¡Qué silenciosa paz, cuánto consuelo
Del mísero mortal presenta al alma
El campo delicioso en noche calma!

L.

Y tú, apacible y regalado sueño,
Consolador del mundo; tú, que miras
Con espantado y pavoroso ceño
Las pasiones, y de ellas te retiras;
¡Cuán suave, coronado de beleño,
Con alas silenciosas mudo giras
Por la fresca, adormida y ancha vega,
Que á tu encanto dulcísimo se entrega!

LI.

Huyes de los soberbios artesones,
Do brilla el oro en cimbrias y en follajes;
Huyes de los armados galeones,
Y de los eminentes almenajes;
Y buscas las pacíficas regiones,
Donde chozas humildes de ramajes
Albergan el candor y la inocencia,
Y en ellas ejercitas tu influencia.

LII.

El orgulloso y bárbaro tirano,
Que de púrpura y oro oprime el lecho,
Tu dulce néctar solicita en vano,
De recelo y pavor henchido el pecho.
Ya ve la daga en sobornada mano,
Ya el rayo vengador hendiendo el techo,
Ya á impulso popular rotas y abiertas
Cobardes guardias, reforzadas puertas.

LII.

El que sigue feroz al duro Marte,
Abrumado del peso de la malla,
Temeroso procura desecharte
Al rayo de Lucina en la muralla;
Y el que del globo en la remota parte
El oro busca y con la mar batalla,
Si la codicia no, la voz del noto
Le despierta, ó el grito del piloto.

LIV.

Al sencillo pastor, tranquilo en tanto,
Ni ambición ni codicia le desvela,
Ni odio le turba, ni le inquieta espanto,
Ni envidia vil, ni pérfida cautela;
Y desde que la noche tiende el manto,
Hasta que el pajarillo canta y vuela
Risueño saludando á el alba pura,
Goza en tus brazos celestial dulzura.

LV.

El mágico poder obra en la dama
Del feliz espectáculo que admira,
Y el consuelo en sus venas se derrama
Con el aura inocente que respira.
Siéntase, pues, sobre la fresca grama,
La mano asiendo de su amada Elvira,
Y en éxtasis, que templa sus dolores,
Enjúganse sus ojos brilladores.

LXII.

»¡Ah! Cuán dichosos por la selva y prados
Al rojo amanecer los dos saldremos,
Confundidos en uno ambos ganados,
Y los pintados riscos buscaremos;
Y entre amores sabrosos, y envidiados
Del cielo y de la tierra, pasaremos
Días felices, horas placenteras,
En estas dichosísimas riberas!

LXIII.

»¡Qué regalos tendrás del amor mío!.....
No brillará en la selva flor temprana,
Que no adorne tu frente; cabe el río,
Conchas te cogeré cada mañana;
Y en cuanto arrullen por el bosque umbrío,
En la pompa del álamo lozana,
Tórtolas blancas, tenderé mis redes,
Y ya contarlas como tuyas puedes.

LXIV.

»Un cervatillo con la piel manchada
De rojo y gris, y con el lomo pardo,
Que encontré la otra siesta en la enramada,
Para ofrecerlo á tu beldad lo guardo.
En el redil do encierro mi manada
Custodiado lo tengo, y sólo aguardo
Á que pazca y que trisque: cuando sea
Tuyo, Alcina, verás cuál te recrea.

## LXV.

»Y en cuanto el sol su luz tienda en el llano
He de plantar (en sitio que encubierto
Esté del soplo ardiente del solano
Y de la escarcha del invierno yerto)
Un almendro, que pronto alce lozano
Gallarda cima de verdor cubierto,
Y acuerde en las tempranas primaveras
Nuestras delicias del amor primeras.»

## LXVI.

Cesó la voz, y el eco sonoroso
Aun los últimos sones repetía,
Mientras ufano aquel pastor dichoso,
Con guirnaldas el tosco umbral vestía;
Cuando por él saliendo el dueño hermoso,
Que su llama honestísima encendía,
Ternezas se dijeron con amores,
Cuyo susurro resonó en las flores.

## LXVII.

Tan inocente amor, dicha tan pura,
Compara á los abismos de su pecho
Florinda, y el raudal de la amargura
Hierve en su corazón roto y deshecho;
Que sólo el que es dichoso, la ventura
De los demás contempla satisfecho;
Pero ¡ay! al infeliz, dichas ajenas
La furia le redoblan de sus penas.

LXVIII.

Y con ojos que el llanto no humedece,
Y que de aquellas chozas no retira,
Mármol yerto la mísera parece,
Reclinada en el seno de su Elvira;
Hasta que recordando, se estremece,
Rompe en ardientes lágrimas, suspira,
Y prorrumpe con voz que conmoviera
Al cielo, si piedad en él hubiera:

LXIX.

«¿Lo ves?..... ¿Lo ves?..... ¡Oh ciego, injusto [hado!
¡Ay!..... El amor los hace venturosos;
El mismo amor que tiene destrozado
Mi pecho con tormentos espantosos.
¿Por qué esta diferencia, cielo airado?
Unos aman, y amando son dichosos,
Y otros aman, y amando los confundes,
Y en mar horrendo de dolor los hundes,

LXX.

»¡Como á mí, triste!..... Cual si crimen fuera
Verse mi corazón á amor sujeto,
Ó del mortal en manos estuviera
Elegir para amar hora y objeto.
Todo lo rige la celeste esfera:
Inevitable al hombre es su decreto;
Si el cielo con pasiones nos hostiga,
¿De qué delito luego nos castiga?

LXXI.

»¿Es que en la corte, y entre jaspes y oro,
Todo es maldad y horrores, y conserva
El hado de sus dichas el tesoro
Para las chozas de ramaje y hierba?
Y ¿por qué á mí, infeliz, á eterno lloro
Me hizo á la luz nacer la suerte acerba
En Toledo, en alcázares dorados,
Y no en las selvas y apacibles prados?

LXXII.

»Alejémonos ¡ay! de estos lugares,
Que tanta dicha me desgarra el alma,
Y aun temo con mis hórridos pesares
De esa mansión feliz turbar la calma.»
Dijo, y á los etéreos luminares
Alzó una y otra sudorosa palma,
Llenas de llanto las mejillas bellas,
Como favor pidiendo á las estrellas.

LXXIII.

Apoyada levántase en su Elvira,
Y volviendo los ojos de la vega,
Angustiada á su alcázar se retira,
Y ya á los bosques inmediatos llega.
Advierte en ellos que á lo lejos gira
Con paso incierto entre la sombra ciega,
Un silencioso bulto que la espanta,
Y lanza un grito sin mover la planta.

LXXIV.

A cuyo acento viene presuroso
Aquel objeto que su horror motiva;
Quiere Florinda huir, y en el herboso
Suelo su propio asombro la derriba;
Cuando halla que es Rodrigo, que anheloso,
Yerto el cabello, helada la expresiva
Frente, los ojos secos y espantados,
Sostiénela con brazos desmayados.

LXXV.

Rodrigo el infeliz, que abrir no osa
Los labios de terror, y que en horrendo
Secreto guardará la temerosa
Visión, de que turbado viene huyendo;
Ni sabrá cuál la vega es deliciosa,
Que su amada Florinda ha estado viendo;
Que el temor de aumentar su mutua pena,
A silencio azaroso los condena.

LXXVI.

Abrázanse gimiendo, y fugitiva
El aura compadece sus dolores;
La selva los contempla compasiva,
Y sin piedad los astros brilladores,
Mientras cruel de su esplendor los priva
La luna, que nacer vió sus amores,
Pues ¡funesto presagio! el rostro oculta
En negra nube, que el terror abulta.

Londres, 1824.



## CANTO TERCERO.

### LA VENGANZA.

I.

Viento septentrional, sopla, y gallardo,
Aunque crespes del mar las turbias ondas,
El seno abulta de las lonas pardo,
Sin que la tierra nebuloso escondas.
No te demuestres á mi anhelo tardo,
Que á mis ruegos es justo correspondas,
Pues cantando el rigor de mi fortuna,
En Albïón te adormecí en tu cuna.

II.

Sí, ya á mis ojos férvido horizonte,
Entre celajes de risueña grana,
Cumbres azules de lejano monte
Muestra al primer albor de la mañana.

¡Terreno es español!..... Alma, disponte,
Disponte á recibir el premio ufana
De tu constancia y padecer, gozando
De amor y de amistad el beso blando.

III.

¡Salve, costas amadas! ¡Desdichado!.....
¡Mísero yo, que en ilusión perdido,
Pude un momento la crueldad del hado
Dar y mi suerte bárbara al olvido!.....
¡Ay! El tiempo dichoso aun no es llegado.
Una tremenda voz hiere mi oído,
Voz de infortunio, de despecho y muerte;
¡Oh, cuán terrible es la sañuda suerte!

IV.

Siniestra voz con temeroso acento,
«Huye, infelice, desde allí me grita,
Que á ver tu patria por mayor tormento
Tu destino cruel te precipita:
Mas no la pisarás; el raudo viento
Que hincha tus lonas y la mar agita,
Te arrebata ¡infeliz! á otras arenas,
En donde arrastres tu destierro y penas.»

V.

¿Dó volveré los ojos? Tú, desnudo,
Abila, de verdor; tú, cuya frente
De ásperas rocas Hércules membrudo
Alzó, abriendo camino al mar rugiente,

Permite á un desdichado, á quien sañudo
Destino acosa, la angustiada mente
Y la vista tender, para consuelo,
Por tu gran mole que se eleva al cielo (2).

VI.

Mas, ¡oh prodigio!..... ¿A quién allá en tu cum-
Cual fantasma de muerte, alzarse veo, [bre,
Y de sus ojos la tartárea lumbre
Sobrepujar el resplandor febeo,
Como en noche fatal la muchedumbre
De estrellas vence, ardiendo en su apogeo,
Sobre las rotas nubes desiguales,
El sangriento Orión, nuncio de males?

VII.

¡Ay, que es el conde don Julián! Airados
El viento y mar, de la tartesia arena
A los montes del África abrasados,
Le condujeron á llorar su pena;
Y desde allí, con ojos inflamados
Y alma de anhelo vengativa llena,
Mira al través de las cerúleas olas,
Y maldice las costas españolas.

VIII.

Allí en la cumbre de los riscos yerta,
Su alarido atronando la montaña,
De aquella playa bárbara y desierta
Las sierpes, con pavor, tiemblan su saña;

Y allí le mira el sol cuando despierta,
Y allí cuando de luz los orbes baña,
Y allí desde el ocaso al fin del día,
Y allí una y otra vez la noche fría.

IX.

Allí también le encuentra un mensajero
Que en pequeño batel de alado pino,
Desde España, cortando el golfo fiero,
Con carta y orden de don Opas vino;
Del vil don Opas, que logró mañero
Saber dó el Conde gime peregrino;
Y en carta astuta de este modo escrita,
A la venganza y la traición le incita:

X.

«Del Africa arenosa las regiones
De gloria inundan y de honor sedientas,
Nuevas valerosísimas naciones;
¿Y tú su vecindad por nada cuentas?
¿No ves que serán tuyos sus pendones,
Si á su ambición y arrojo representas
Cuán cerca les ofrece la fortuna
A España rica y sin defensa alguna?

XI.

»Marcha en su busca, su valor enciende,
A su cabeza ponte, y sin tardanza
El corto espacio de los mares hiende,
Y á las béticas playas te abalanza.

›: de tu mano pende
u nombre, y la venganza
manchada gloria exige,
a afrenta: Conde, elige.....»

XII.

ó: las canas venerables
frente se erizaron,
on fuego formidables,
› infame fulminaron;
los piélagos instables
ie cual trueno retumbaron,
tria traidor! ¡Yo contra España!»,
por la áspera montaña.

XIII.

vano es huir: consigo lleva
tal, y allá en su pecho
ieno entró y se ceba,
orazón el daño ha hecho.
á escapar el ciervo prueba
ie el costado le ha deshecho;
dardo cortará su vida,
a que dejó en la herida.

XIV.

el astuto mensajero,
a señor, y al Conde airado
erseguir, antes ligero
ar el piélago salado:

[illegible]

XV.

[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
Con vil pensamiento y ánimo grave,
[illegible]

XVI.

[illegible]
Aunque [illegible]
A [illegible] y al papel [illegible]
Ofrece [illegible] venganza á su despecho.
Mas de virtud humana ¿quién responde
Cuando en horrenda tempestad [illegible]
El huracán de las pasiones ruge,

Y en que hermanando astucia y osadía,
Alzó arrogante la soberbia frente,
Cual hombre celestial, y cual profeta
Que de Dios los decretos interpreta.

XVIII.

Obediencia, y amor, y ciego culto
Halló entre gentes rudas, que pensaron
Que el mismo Dios en él hablaba oculto,
Y sus dogmas y leyes abrazaron;
Y cundiendo en los pueblos el tumulto
Que las nuevas doctrinas motivaron,
Llenó su nombre y gloria el hemisferio,
Que absorto vió nacer un nuevo imperio.

XIX.

Un nuevo imperio que, cual suele acaso
Raudo torrente en turbio remolino,
Rompiendo el dique, por el campo raso
Extender bramador su ancho camino;
Ó como en el desierto tiende el paso
Sobre la llana arena el torbellino;
Nació, creció, elevóse, y furibundo
Combatió al cielo, estremeciendo al mundo.

XX.

Pues Mahoma exaltando las pasiones
De las gentes del Sur, y en fanatismo
Abrasando encendidos corazones,
Hizo temblar al firmamento mismo:

Tornó tímidos ciervos en leones,
Inflamó astuto en bélico heroísmo
Pueblos supersticiosos, y con ellos
De altas naciones oprimió los cuellos.

XXI.

¡Tanto puede el saber ó la fortuna
De un hombre solo!..... y tanto, que aun en
Su excelso influjo sin mudanza alguna [ciend
En la estirpe feliz que de él desciende.
Así el imperio de la media luna,
Muerto Mahoma, en nueva glcria esplende,
Y ven del islamismo las falanges
El fértil Nilo y opulento Ganges.

XXII.

Muza conduce al último occidente
Sus vencedoras huestes y pendones,
Y hace que postren al Corán la frente
Garamantas y etiópicas naciones,
Y el pardo bereber y el libio ardiente;
Y cubre con invictos escuadrones
La Tingitania y la Numidia, y huella
Las costas do el Atlántico se estrella.

XXIII.

Costas, cuya conquista (ya mirando
La Africa toda á su poder sujeta,
Y sometida del Califa al mando,
Y al culto y á la ley del gran Profeta)

A su hijo Abdalazís encarga, ansiando
Con paterna afición justa y discreta,
Que se ensaye en la lid y adquiera gloria,
Completando su acero la victoria.

XXIV.

Así Getulia por sus montes mira
Rey de las selvas al león sañudo,
Después que destrozar, ardiendo en ira,
Ganados, perros y pastores pudo,
Cuál de la lid sangriento se retira,
Y á sus cachorros con rugido agudo
Incita á que en los restos fuerzas prueben,
Y en la matanza y destrucción se ceben.

XXV.

Joven Abdalazís, y aleccionado
Del padre triunfador en la alta escuela,
De fortuna y valor acompañado,
Al ensayo feliz ansioso vuela;
Y cual rayo en las nubes engendrado,
Corre, llega, combate, vence, asuela;
Y ornado de laurel, de gloria lleno,
Torna al abrigo del paterno seno.

XXVI.

Con lágrimas de gozo el padre anciano
Al joven vencedor los brazos tiende,
Y gracias rinde al cielo soberano,
Que en hijo tal su noble sangre enciende;

Y por festejo del valor temprano
Que en el mancebo triunfador esplende,
Y de ver completada la conquista,
Fiestas y juegos bélicos alista.

XXVII.

No lejos de la playa en que las olas
Del paso hercúleo brillan, y do enfrente
De las cercanas playas españolas
Abila se avecina al sol ardiente,
Bajo la insignia de las crespas colas
Júntase ufana la guerrera gente
Que de Mahoma sigue los pendones,
Humillando al Corán tantas naciones.

XXVIII.

Y con ellos los pueblos africanos,
Descendencia de Agar, llegan ansiosos,
Ya humildes á los ritos mahometanos,
A presenciar los juegos suntüosos,
Que en unos valles y apacibles llanos,
De palmas y naranjos olorosos
Ornados en redor, el sarraceno
Va á celebrar, de sus conquistas lleno.

XXIX.

Preside el campo Muza, coronado
De los rayos espléndidos de gloria,
Que á su cabello venerable han dado
La constante fortuna y la victoria;

Y en segundo lugar (si lo es su lado)
Brillan, dignos también de alta memoria,
Los otros adalides, campeones,
Honor de los lunados escuadrones.

XXX.

A contender los premios se presenta
La flor del Asia y África, gallarda
Lozana juventud de honra sedienta,
Y á quien tan alta gloria el cielo guarda.
Cuál en potro feroz, que fuego alienta,
La carrera del viento juzga tarda,
Y cuál ostenta, luchador robusto,
Fuerzas que al mismo Alcides dieran susto.

XXXI.

Quién disputa el acierto en la saeta,
Los golpes quién de poderosa maza,
Éste al toro feroz postra y sujeta,
Aquél al bravo tigre despedaza;
Otros con ágil pie tocan la meta,
Y todos muestran en la extensa plaza
Fuerzas, y robustez, y valentía,
Destreza, emulación, alta osadía.

XXXII.

Allí, excelso Tarif, la gruesa lanza
Tu brazo triunfador vibró membrudo,
Y tanto trecho rehilando alcanza,
Que do llegó, ninguno llegar pudo;

Y allí con harto orgullo y confianza
Tu cuerpo colosal muestras desnudo,
¡Oh Zegrí! que desprecias arrogante
De Abencerraj los miembros de gigante.

XXXIII.

A ambos en espantosa lucha mira
Desde cenit el sol, y ambos deshechos
Ardéis sañudos en rencor y en ira,
Y en fuertes lazos os tenéis estrechos.
El odio innato, que bramando gira
Por vuestras venas y encendidos pechos,
Tal fuerza os da, que iguales en la gloria,
No queda por ninguno la victoria.

XXXIV.

Ya los astros os tienen destinada
Generación do se conserve y crezca
Esa rivalidad envenenada,
Tanto, que envidia su heredad parezca;
Y un tiempo ha de llegar en que Granada
De vuestros nietos al furor perezca,
Cuando discordia atroz así los ciegue,
Que vuestra sangre sus palacios riegue (4).

XXXV.

También tú, Abhen-Halí, joven lozano,
De alfanje damasquino haciendo prueba,
Revuelves el corcel con blanda mano,
Llamando la atención tu gloria nueva.

¡Ay! que víctima á ser de amor insano
Tu destino cruel te arrastra y lleva
A Córdoba famosa, do tu suerte
Será amar, tener celos, darte muerte.

XXXVI.

Sí, yo mismo en el muro derruído
De aquella insigne Córdoba, do el cielo
Me dió el nacer, y que jamás olvido,
He visto las señales de tu duelo.
Aun de tu ingrata Zaida allí esculpido,
Sin que lo ultraje de la edad el vuelo,
Vive el nombre que trémulo escribiste
Con la daga, que en ti después hundiste.

XXXVII.

Lo he visto, y no sin lágrimas: el pardo
Musgo las letras casi borra, y crece
De yedra y zarza mazorral bastardo,
Que de aquel sitio el defensor parece.
Alza la crencha solitario cardo
Sobre tu ignota tumba, y resplandece
En las piedras tu sangre, mancha obscura
Que allí á despecho de los tiempos dura.

XXXVIII.

¡Cuántos veces tu historia dolorosa,
Infante tierno, me acalló en la cuna!
¡Cuántas después, ya joven, con medrosa
Planta, al reflejo de la opaca luna

Visité aquel lugar, donde reposa
Tu ceniza infeliz!..... Y aun noche alguna
Mi mente oyó gemidos aterrada,
Y creyó ver vagar tu sombra helada (5).

XXXIX.

Quince veces el astro refulgente,
Centro del mundo y causador del día,
La vega iluminó, donde eminente
El valor musulmán resplandecía;
Y ya alzando la voz y la alta mente
Hafiz, el noble vate, en quien ardía
La llama celestial, con sacro verso
Cantaba tanta hazaña al universo;

XL.

Cuando el Conde infeliz, encaminado
Del gran rumor y estruendos militares,
Solo se acerca á la llanura armado,
Por desusadas sendas y ramblares:
Llega, y la inmensa multitud pasmado,
Oculto en los cercanos olivares,
Contempla, y su designio atroz le espanta,
Y aun indeciso suspendió la planta.

XLI.

Lanzando, empero, un hórrido alarido,
Cual espíritu réprobo que mira
Que ha para siempre la mansión perdido
De la misericordia, ardiendo en ira

Prosigue, de los astros compelido;
Entre la muchedumbre mudo gira,
Y en medio de la liza se presenta,
La vista universal teniendo atenta.

XLII.

Su deslustrado peto opaca lumbre
Lanza, como siniestro meteoro,
Que del cóncavo cielo en la alta cumbre
Arde de los planetas entre el coro.
De sus áridos ojos la vislumbre
Brilla, y la faz que moja escaso lloro,
Como fuego infernal; barba y cabello
El seno escarcha, y emblanquece el cuello.

XLIII.

Suspéndese el concurso inmenso, y mudo,
Su extraño aspecto admira y continente.
El con la espada bate el ancho escudo,
Y tiembla y calla sin alzar la frente;
Cuando de pronto encárase sañudo
Al asiento de Muza preeminente,
Y en ronca voz, que ensordecer pudiera
Al huracán, habló de esta manera:

XLIV.

«Egregio capitán, claros varones
Dignos de dominar toda la tierra;
Nuevas valerosísimas naciones,
Cuyo poder al universo aterra:

¿En inútiles pruebas y en funciones
Desperdiciáis el tiempo que á la guerra
Debierais consagrar y á la victoria,
Y á completar vuestra naciente gloria?

XLV.

»¿Pensáis que los destinos esplendentes,
Que os guarda el cielo en inmutable arcano,
Llenos están, cuando aun existen gentes
No domadas al yugo mahometano?
¿Vuestros invictos ánimos valientes
Caben sólo en el ámbito africano,
Y ese vuestro denuedo sin segundo,
Que caber no pudiera en todo el mundo?

XLVI.

»Volad á donde os llama la fortuna;
No sea término el mar á vuestra saña,
Y el pendón victorioso de la luna
Amague á Europa, combatiendo á España.
Vecina, rica, sin defensa alguna
Se os ofrece; la luz del sol no baña
Ni mejor parte tiene el orbe todo:
Venid, arrebatadla al débil godo.»

XLVII.

Hondo espanto su voz ahogó, y el hielo
Pasmóle el corazón, cuando su boca
Nombró á la patria, y temeroso al cielo
Miró, sabiendo que su horror provoca.

En el desesperado desconsuelo
Que confunde su aliento y le sofoca,
Ve á la virtud que de él huye y se aleja,
Y en la eternal reprobación le deja.

XLVIII.

Es tradición antigua de que en tanto
Que el traidor alentaba al sarraceno,
Tembló la España toda, y negro manto
Robóle el claro sol, bramando el trueno;
Y que terror secreto y mudo espanto,
Cayendo repentino, turbó el seno
De cuantos godos en el orbe había:
¡Tanto funesto fuéles aquel día!

XLIX.

Al espirar del Conde el vil acento,
La inmensa muchedumbre el aire llena
Del confuso rumor que forma el viento,
Cuando en los valles de Moncayo suena.
Todos gritan con bárbaro ardimiento:
«Á España, á España, el cielo nos lo ordena;
Éste del gran Profeta es mensajero;»
Y todos arden en furor guerrero.

L.

Sólo el prudente Muza no responde,
Y aunque el ansia de gloria que le enciende
En su faz generosa mal se esconde,
Hacia su pabellón el paso tiende.

En tanto que, cercando al fiero Conde
La entusiasmada multitud, que entiende
Ver en él un ministro del Profeta,
Le agasaja, le admira y le respeta.

LI.

Mas él, á todo obsequio indiferente,
Ni ve, ni escucha; que su pecho insano
El peso abrumador del crimen siente,
Y torna mudo al olivar cercano;
Pues si remordimientos no consiente
Un gran delito en corazón humano,
Cierto terrible asombro siempre inspira,
Engendrador tal vez de mayor ira.

LII.

Entró la noche, y solo y combatido
De varios encontrados pensamientos,
Como cedro en el monte sacudido
Por bramadores encontrados vientos,
Muza, adalid prudente y advertido,
Del Conde recordando los acentos,
No acierta á decidir, y duda y vuelve,
Ó mientras piensa más, menos resuelve.

LIII.

El silencioso sueño por la vega
Sus alas tiende, ungidas de rocío,
Y al reposo dulcísimo se entrega
Y á la quietud el bárbaro gentío;

En la alta cumbre plácida desplega
Su lánguido esplendor, húmedo y frío,
Con tibias luces, la creciente luna,
Protectora de la árabe fortuna.

LIV.

Cuando Muza, agitado y cuidadoso
(Bien que el sueño halagase sus intentos,
Renaciendo en las horas del reposo
Sus altos ambiciosos pensamientos;
Ó bien que el cielo, airado y rigoroso,
Avisos no omitiese ni portentos,
Con que la destrucción, ya decretada,
Precipitar de Hesperia desdichada),

LV.

Vió vestirse de rayos esplendentes
Las pardas sombras de la noche obscura,
Y con lampos de luz resplandecientes
El seno abrirse de la tierra dura;
Y entre vapores férvidos, ardientes
Alzarse á la región del cielo pura
El formidable espectro de Mahoma,
Cual numen infernal que el aire doma.

LVI.

Armas, despojos, rayos de la guerra,
Famas de altas naciones y fortuna
Huellan sus pies, que estriban en la tierra,
Mientras su frente escóndese en la luna.

[illegible]

[illegible]

[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]

LVIII.

Y desatando allí con diestra fuerte
El lazo eterno que su frente ceñía,
Lo arrojó, y como flecha de la muerte
Hendiendo el aire rápido silbaba,
Siniestra luz lanzando; de tal suerte
Que mísero planeta asemejaba,
A quien el Hacedor con ceño mira,

A los ojos de Muza codiciosos
Patente haciendo, en perspectiva extraña,
¡Oh, gran portento! cuanto encierra y cría
La goda miseranda monarquía.

LX.

Allí campos y vegas abundantes,
Do opimas mieses el favonio ondea;
Cumbres allá, donde árboles gigantes
Entre las nubes Aquilón menea;
Aquí llanuras, sotos y odorantes
Prados, donde agua hermosa serpentea,
Adornados de hierbas y de flores,
Poblados de ganados y pastores.

LXI.

Allá contempla de ásperas montañas,
Por celestial disposición abiertas,
De ricos minerales las entrañas
Desde el cimiento hasta las cumbres yertas:
Allí mira cuál riegan las campañas,
De los dones riquísimos cubiertas
De Minerva y de Baco, extensos ríos,
Que arrastran oro en sus raudales fríos.

LXII.

Y por doquier ciudades afamadas,
Altos templos, soberbios edificios;
Mas de gentes cobardes habitadas,
Presa infeliz del lujo y de los vicios.

Las fortalezas ve desmoronadas,
Que del descuido infame dan indicios;
Los arneses yacer de orín cubiertos,
É indómito el caballo en los desiertos.

LXIII.

Absorto y en silencio sepultado,
Está el caudillo á la visión atento,
Del formidable espectro acompañado,
Dominador de la región del viento;
Y ante sus graves plantas prosternado
Anhela sólo el escuchar su acento,
Pues aunque en llama ardiendo está guerrera,
Su voz tan sólo, su mandato espera.

LXIV.

Al fin lo oyó, pues que con voz tronante,
Cual la tremenda voz de los torrentes,
Gritó: «Allí está el laurel, y allí triunfante
Lo hallarán, si lo buscan, mis valientes.»
No dijo más: el trueno retumbante
Sonó, bramó la mar, los refulgentes
Astros obscureciéronse, de guerra
Sintióse estruendo, y retembló la tierra.

LXV.

Cesó el prodigio: Muza confundido
Se halla en su pabellón; mas tanto aliento
Dentro en su corazón siente encendido,
Que conoce el influjo del portento;

Y saltando del lecho, «Obedecido
Serás ¡oh gran Profeta!», en alto acento
Exclama, y sale al campo cuando el día
Sus primeros albores extendía.

LXVI.

Recorre la llanura; «Guerra, guerra»,
Grita; y las trompas *guerra* pregonando,
El sueño perezoso de la tierra
Van con las negras sombras disipando.
El pueblo, al ronco son que en llano y sierra
Retumba, diligente recordando,
Repite el grito, y al caudillo aclama,
Y en el furor armígero se inflama.

LXVII.

Siente el Conde el rumor, torna á la vega,
Y al ver arder el pueblo mahometano,
A la atroz esperanza su alma entrega
De ver cumplido su rencor insano.
Hiende la multitud, á Muza llega,
Feroz le aprieta la robusta mano,
Y «Yo, le dice, yo seré tu guía,
Y tuya la española monarquía».

LXVIII.

Ya no hay reposo; el campo sarraceno
Hierve, y á preparar se precipita
La audaz empresa; que del ansia lleno
De gloria, el furor bélico lo agita.

Tasca el potro de Arabia el duro freno,
El brillar del acero la luz quita
Al mismo sol, el polvo al aire crece,
Y retemblando el suelo se estremece.

LXIX.

Los altos cedros y robustos pinos
Que las cercanas cumbres adornaban,
De las nubes altísimas vecinos,
Y aquellos horizontes circundaban,
Cediendo á la segur, los cristalinos
Mares aborrecidos abrumaban,
Convertidos en naves; y las telas
Que el Persa matizó, tórnanse velas.

LXX.

Ya resuenan las rocas de las playas
Al estruendo y guerrera gritería;
El agua azotan las flexibles hayas,
Y de hervorosa espuma se cubria:
Cortan veloces las cerúleas rayas
Las anchas proras; y del mediodía
Soplando el austro, entre calima y niebla,
El mar de pinos y guerreros puebla.

LXXI.

Poco el salobre espacio á tanta quilla,
Y poco á tanta vela es todo el viento:
Jamás vió el ronco mar sobre su orilla
Tanto bajel, ni tan osado intento;

Ni el sol eterno que en los cielos brilla,
Empresa tal desde su firme asiento
Espantado alumbró, ni vió la tierra
Más aparatos de exterminio y guerra.

LXXII.

Alzate entumecido, y rebramando
Hunde rugiente en tu abismoso seno
El colosal poder del fiero bando,
Que va el orbe á dejar de asombro lleno.
Tu irresistible empuje ¿para cuándo,
Y tu furor que desconoce freno,
Y con que cielo y tierras acobardas,
Mar indomable y turbulento, guardas?

LXXIII.

Mas ¡ay! que decidida la fortuna,
A cuya ciega ley sólo obedeces,
Protege los pendones de la luna,
Y paso por tu seno les ofreces;
Y no soberbio mar, sino laguna
De tranquilo verjel manso pareces,
Que como claro espejo reverbera
La plata y el zafir de la alta esfera.

LXXIV.

Tal vez sobre las nubes vióse en vano
A Rubén, entre espíritus impuros,
Rombos trazando con la sabia mano,
Para á su voz ligar los astros puros;

Mas sordo estuvo el férvido Oceano
Y el viento al gran poder de sus conjuros;
Que no contrastan voluntad del cielo
La ciencia humana ni el mortal desvelo.

LXXV.

Dicen también, que al retemblar pasmado,
Viendo venir la inesperada guerra,
Calpe, inmenso peñón, que al cielo alzado,
Entre nubes la frente árida encierra,
Avanzóse hacia el mar, desengonzado
Por fuerza oculta de la firme tierra,
Entrándose, con pasmo de las olas,
Como á guardar las costas españolas.

LXXVI.

Mas crudo el cielo le detuvo el paso,
Y enclavado dejóle do al presente
Un angosto arenal, hundido y raso,
Mar entonces, lo liga al continente.
Allí, estéril y adusto, aun muestra acaso
Aspecto aterrador, mirando enfrente
Los africanos enemigos montes
Alzarse en los cercanos horizontes.

Gibraltar, 1825.





## CANTO CUARTO.

---

### LA BATALLA.

I.

La noche horrenda que el Monarca hispano
En el antiguo alcázar se introdujo,
Donde á saber misterios del arcano
La fuerza de los astros le condujo,
Fué la que á guerra al jefe mahometano
Movió del gran Profeta el alto influjo;
Y al mismo punto en que gritó *á la guerra*,
Aquel alcázar confundióse en tierra.

II.

Y ¡ay, cuánto luto, abatimiento y llanto
Nació en Toledo el azaroso día,
Que vió deshecho su temido encanto,
Pues que fugaz desparecido había!

Pronto del joven Rey el ciego espanto
Los terribles secretos que escondía
Descubrió, y pronto la ligera fama
Por el reino infelice los derrama.

III.

Pesa el brazo de Dios irresistible
Sobre el pueblo español; ya su terreno
Gime y se agita con temblor horrible,
Ya lo confunde pavoroso trueno,
Ya lo turba un terror incomprensible,
Ya el aire escucha de clamores lleno,
Ya ve eclipsado el sol, ya opaca y muerta
La luna mira y de vapor cubierta.

IV.

Por mustias vegas y marchitos prados
Huyen de sombras leves y fugaces,
Que ver no es dado al hombre, los ganados,
Con las fieras del monte haciendo paces.
Cruzan de noche entre hórridos nublados
Fastasmas blanquecinos, y en voraces
Llamas, que los mortales no encendieran,
Antiguas selvas con asombro ardieran.

V.

Yace la plebe en vergonzoso miedo,
Que á la infame nobleza se difunde,
Y á los viles magnates de Toledo
El porvenir obscuro los confunde;

Y como, do hay delitos, no hay denuedo,
En desaliento mísero se hunde
¡Oh baldonosa suerte! España toda:
¡Quién conociera así la estirpe goda!

VI.

Don Opas solo (¡oh fuerza incomprensible
Del espíritu atroz de la venganza!
¡Oh de negra traición frialdad horrible,
Cuánto vuestro poder inicuo alcanza!),
Don Opas solo, tanto y tan terrible
Presagio, lisonjero á su esperanza,
Con infernal placer mira y contempla,
Y para nuevos crímenes le templa.

VII.

Y tú, que por tu mal naciste hermosa,
Y por serlo, culpable, ¡ay, cuál espanto
Pinta tu faz marchita y congojosa,
Implorando piedad del cielo santo!
Tu estancia de oro y mármol te es odiosa;
Tu lecho, potro de tormento y llanto,
Fuego horrible tu amor, tu vida muerte:
¡Oh Florinda infeliz! ¡Oh amarga suerte!

VIII.

En vano cruzas con incierta huella,
Buscando algún consuelo, tus jardines,
Donde creciste candorosa y bella,
Envidia de azucenas y jazmines;

Do gozaste después, por mala estrella,
El aura del deleite en los festines,
Y donde hora los céfiros y flores
Te abruman y acrecientan tus dolores.

IX.

¡Ay, que no son los apacibles días
En que con la virtud que respirabas,
Cuanto te circundaba embellecías,
Y tus reflejos mismos disfrutabas!
Gozo del cielo en tu interior tenías,
Por eso en los verjeles lo encontrabas:
Huyó con tu virtud, y en vano vienes
En ellos á buscar lo que no tienes.

X.

Tan sólo al corazón que está inocente,
Son de placer la matizada alfombra
Del campo, el murmurar de la corriente,
Del bosque ameno la tranquila sombra;
Pero al que atroz remordimiento siente,
Y un espantoso porvenir le asombra,
No alcanza su dulcísima influencia;
Que no hay placer do falta la inocencia.

XI.

¿Miras llorando á la argentada luna?
La misma es que te dió sus luces bellas
La noche aciaga que falaz fortuna
Te hizo perder de la virtud las huellas.

¡Ay! Juzgaste tu dicha cual ninguna,
Y que te la envidiaban las estrellas,
Al gozar de tu amante las caricias.....
¡Cuán caro es un momento de delicias!

XII.

Mas ¿qué escuchaste que te aterra? ¡oh triste!
Un ruiseñor que entre los ramos trina.
¿Será aquel mismo que en la selva oiste,
Cediendo á la pasión que te domina?.....
Cuando loca de amor te estremeciste,
Son celestial y música divina
En tu delirio pudo parecerte,
Lo que ahora son de infierno y voz de muerte.

XIII.

Y ¿dó tu amante está?..... ¿Dónde Rodrigo?
¿De ti se aleja?..... ¿Tu presencia evita?
No es desamor, cual, por mayor castigo,
Tu mente á imaginar se precipita.
Es que la ira de Dios lleva consigo,
Está en su frente la venganza escrita;
Y por más que en tu fuego se consuma,
Huye de ti, que tu beldad le abruma.

XIV.

¿No lo advertiste anoche?..... En sueño hun-
En negra sombra y en silencio mudo [dido,
Toledo estaba: de repente, oído
Fué en el palacio un alarido agudo.

[illegible]

XV.

[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible], y lo [illegible], y al [illegible]
Huyó, sin [illegible], á su aposento.

XVI.

¿Qué pudo horrorizarle de tal suer[te]
Nadie en palacio penetrado habia.
¿Las alas del arcángel de la muerte
Volar en torno de su frente oiría?
¿Soñó que estaba á punto de perder[se]
¿Qué enemigos temió su fantasía?
Ni él lo dijo, ni nadie ha sospechado

Y ¿es por ventura extraño que atosigue
A los contaminados corazones
Roedor remordimiento, noche y día,
Con cuantas sombras el espanto cría?

XVIII.

Entre ellas vive el infeliz Monarca,
Y entre ellas los infames cortesanos,
Y de Toledo habitan la comarca,
Y corren á los pueblos más lejanos;
Que en cuanto el cetro de Rodrigo abarca,
Los avisos del cielo soberanos
Claros indicios dan de estar vecina
Al imperio español grande rüina.

XIX.

Brama la guerra; el son de los clarines,
Gran tiempo no escuchado, el armamento
Manda, y de Hesperia á los remotos fines
Llega en las alas rápidas del viento;
Y aunque esparce el asombro en los confines
Del imperio español, el patrio aliento,
Que siempre el gran peligro inspira á todos,
Las armas empuñar hace á los godos.

XX.

Don Opas el traidor, que de concierto
Con el pérfido Conde está, procura
Aumentar el terror y el desconcierto,
Para ver su venganza más segura;

Y por si acaso en la nación despierto
Del antiguo valor un resto dura
Que sus inicuos planes contradiga,
Sagaz en prevenirlo se fatiga.

XXI.

Astuto sus tesoros prodigando,
El número acrecienta de parciales,
Y fingiendo valor y aparentando
La palma merecer de los leales,
Arma copiosa hueste y grueso bando,
Y trueca las insignias patriarcales
Por el arnés, nombrándose altanero,
De altar y trono el defensor primero.

XXII.

Campo marcial, no corte, es ya Toledo;
Todo es armas, penachos y pendones,
Que el vicio torpe y vergonzoso miedo
De honra y valor usurpan los blasones;
Y aunque el arnés no basta á dar denuedo,
Al vestirle los góticos varones,
Hácense jactanciosos é insolentes,
Juzgándose invencibles y valientes (6).

XXIII.

Mas como suele en abrasado monte,
Do altos cedros, arbustos, flores, grama,
De humo y terror cubriendo el horizonte,
Tragó voraz la asoladora llama,

Algún roble encontrarse, que aun remonte
(Bien que tostado y pobre de hoja y rama)
La copa al viento, así en España había
Tal cual varón con honra y valentía.

XXIV.

Aunque pocos, las armas empuñaron,
Y en patriotismo y en virtud ardiendo,
Con lo mejor que en torno de sí hallaron
Pequeñísima hueste componiendo,
A la defensa intrépidos volaron,
A la patria sus vidas ofreciendo;
Mas ¡oh dolor! su esfuerzo y noble saña
No son bastantes á salvar á España.

XXV.

¡Ay del peñasco que en la excelsa cima
Socava el agua y saca de sus quicios!
Estorbo no hallará que lo redima
De bajar á los hondos precipicios.
¡Ay del Estado, cuyas basas lima
El corroedor halago de los vicios!
De pocos la virtud no lo sostiene,
Si al exterminio despeñado viene.

XXVI.

—Entretanto, el valiente Sarraceno
Tala del Betis la apacible tierra,
Sin encontrar á sus furores freno
En altos muros ni en fragosa sierra;

Y yermo deja su contorno ameno,
Sembrando muerte, y orfandad, y guerra;
Y hasta las torres de Híspalis famosa
Temen la servidumbre desastrosa.

XXVII.

Tadmiro, en ellas refugiado, clama,
Varios mensajes al Monarca envía,
Diciendo que, cual suele en mies la llama,
El bárbaro africano se extendía;
Y el socorro urgentísimo reclama,
A la corte culpando de tardía.
Mueven por fin sus ruegos á Rodrigo,
Y dispone marchar al enemigo.

XXVIII.

Ya con Favila de las huestes parte
A los béticos campos se dirige;
En pos agita el viento el estandarte
Que con intento vil don Opas rige:
Entre ilustres caudillos se reparte
La fuerza goda, y lo florido elige
El Rey para su escolta, guardia y mando,
Grave escuadrón de próceres formando.

XXIX.

Tiembla Florinda al acercarse el día
De ausentarse su amor, porque en su idea
Presentimiento triste la advertía
De cuál la suerte que le aguarda sea.

Sabe ya que su padre conducía
De enemigos la bárbara ralea;
Y de tan negro crimen, que la asombra,
Causa fatal, y con razón, se nombra.

XXX.

Y «Si yo origen soy de tantos males
Y de tantos delitos ¡infelice!
¿Por qué las justas iras celestiales
En mí tan sólo no descargan?» dice.
Y demudan su rostro las señales
Del despecho, y frenética maldice
El punto aciago en que miró á Rodrigo,
A quien más ama, por mayor castigo.

XXXI.

Ya en su delirio vencedoras mira
Las góticas banderas, y pendiente
De afrentoso cadalso, cuál espira
El padre, por su causa delincuente:
Ya al Sarraceno, respirando ira,
De roja sangre abriendo ancho torrente
En crudo encuentro, arrebatar triunfante
Corona y vida á su adorado amante.

XXXII.

Otras veces, terrible le presenta
Su atormentada y loca fantasía
Al padre y al amante, que en sangrienta
Lid se acometen con fiereza impía:

En lucha tan fatal, ¿á quién intenta
Ayudar la infeliz? ¿Por cuál envía
Su voto al cielo? De las dos, ¿qué espada
De funesto laurel querrá adornada?

XXXIII.

Entre las dos la mísera encontrarse
Sólo es justo que anhele, y el acero
De la una y otra con furor cebarse
Ver en su insano corazón primero;
Y ansiando á las batallas arrojarse,
Pide, deshecha en lloro lastimero,
A su amante, á su rey, que para escudo,
Consigo la conduzca al trance crudo.

XXXIV.

Pero el Monarca, que en el alma lleva
Presagios de exterminio y vencimiento,
Y en su interior desmayo clara prueba
De que apuró de Dios el sufrimiento,
Aunque jamás á contrariar se atreva
De su amor ni el más leve pensamiento,
¿Cómo podrá ¡oh Florinda! complacerte,
Llevándote á los campos de la muerte?

XXXV.

Ya el sol anuncia el azaroso día
De la separación: las trompas suenan,
Y la bélica turba y gritería
Calles y plazas de Toledo llenan.

Relinchando con noble lozanía,
Potros que en vano halagan ó refrenan,
Con corvetas y saltos desiguales
Encienden los hollados pedernales.

XXXVI.

Huestes y numerosos guerreadores
Que al Rey ayuden en tan grave empresa,
Preséntanle ciudades y señores
De las ricas comarcas que atraviesa.
Así los ríos hácense mayores,
Y su raudal en el camino engruesa
Con los arroyos, venas y torrentes,
Que les dan sus raudales transparentes.

XXXVII.

Altivo ya el Monarca y orgulloso
De ver tantas banderas á su mando,
Los montes Marïanos presuroso
Pasa, del Betis la mansión hollando:
Del Betis que, risueño y caudaloso,
Lo mejor de la España fecundando,
Besa la regia planta, y le saluda,
Y á sus hijos convoca á darle ayuda.

XXXVIII.

Ya el regio carro rápido pasea
Los campos encantados y verjeles
De Turdetania, do Favonio ondea
Selvas de olivos, bosques de laureles;

Do jamás reina invierno, donde emplea
Eternamente Flora sus pinceles;
Donde el azahar las auras embalsama,
Y altísimos ingenios Febo inflama.

XXXIX.

Al fin Híspalis clara en sí recibe
Al Monarca y ejército potente,
Y con apoyo tal, torna y revive
De su terror al áfrico inclemente:
A sus valientes junta, y apercibe
Armas, caballos, y tesoro, y gente,
Mirando, del peligro ya olvidada,
A la tierra, al infierno, al cielo en nada.

XL.

A marchar contra el bárbaro Agareno
Se preparaba el godo poderío,
Cuando el contorno de Híspalis ameno
Tembló, y la margen del hercúleo río,
Porque parte del campo sarraceno
Se acerca á provocar el desafío,
Sangre, y terror, y esclavitud sembrando,
Al ejército hispano despreciando.

XLI.

Vense desde los altos torreones
Olivares arder, pueblos, pensiles,
Y entre el humo los árabes pendones,
Y óyense llantos, voces, añafiles.

Huyen, abandonando sus mansiones,
Sus riquezas, sus huertas, sus rediles,
Las míseras familias y ganados,
De Híspalis á los muros asombrados.

XLII.

Tal, cuando por Diciembre turbio brama
Guadalquivir, y la limosa orilla
Rompiendo, en la ancha vega se derrama,
Y al más erguido alcor vence y humilla;
Desde los mismos muros (que alta fama,
No ya poder, conservan), gran Sevilla,
Pálidos vi buscar refugio en ellos
Á cuantos moran tus contornos bellos.

XLIII.

La afrenta el godo Rey conoce y siente,
De que no todo el grueso mahometano,
Sino pequeña parte, osada intente
Correr, ante su vista, monte y llano.
De purpúreo rubor tiñó la frente,
Que el desprecio es dogal de un soberano,
Y resuelve salir á dar castigo
Á la audacia del bárbaro enemigo.

XLIV.

De los buenos y honrados caballeros
Junta el corto escuadrón; que en grande apuro,
No viles cortesanos lisonjeros
Busca un monarca para estar seguro;

Y á encontrar á los árabes guerreros,
Pasa el rastrillo del hispalio muro,
Pues desaliento entre sus godos mira,
Y á entusiasmarlos con su ejemplo aspira

XLV.

De Tablada en los llanos espaciosos
Que por la margen bética se extienden,
Halla á los agarenos orgullosos,
Que al verse acometidos se sorprenden,
Mas no dejan la presa; valerosos
Á defenderla impávidos atienden,
Y al pequeño escuadrón cargan feroces,
Con duras armas y tremendas voces.

XLVI.

Trábase cruda lid, cuando aparece,
Cual precursor del rayo en la tormenta,
Relámpago que ardiendo resplandece,
Y el mudo asombro y confusión aumenta
El Conde fiero. A su presencia crece
De ambas partes la cólera sangrienta;
Pero él, del rostro la visera alzando,
Con tronadora voz, dijo gritando:

XLVII.

«Pues, cual nunca esperé, tienes, Rodrigo,
Fuerza y valor para esgrimir la espada,
Ven á batalla singular conmigo,
Y la lid se suspenda comenzada;

Ven de mi brazo á recibir castigo:
Ó ya que mi honra tienes mancillada
Y por ti mi virtud yace en el lodo,
Quita la vida á quien quitaste todo.»

XLVIII.

Calló, y á su señal el Sarraceno
Deja la lid y á un lado se retira.
Al pronto queda el Rey de asombro lleno,
Que la voz del honor lo torna en ira.
Pone al valor de sus vasallos freno;
La lanza arroja, de la espada tira,
Y así gritando, con la espuela aflige
El corcel, y hacia el Conde se dirige:

XLIX.

«Aunque al infame golpe del verdugo
Debe un traidor morir, ya que ponerte
Entre mis manos á los cielos plugo,
Tendrás, sin merecerla, honrada muerte.»
Dijo; y dos bravos toros que aun al yugo
Su furia no rindieron, de la suerte
Que el Conde furibundo y el Monarca,
El Tormes ve lidiar en su comarca.

L.

En despecho y venganza el Conde arde,
Y aunque al ocaso de la edad se inclina,
Sin peligro encontrar que le acobarde,
Ni un punto en fuerzas ni en valor declina.

De pasadas hazañas hace alarde,
Cual de antiguos trofeos parda encina:
Parece escollo de templado acero,
Y osténtase fortísimo guerrero.

LI.

Vergüenza, orgullo, juventud lozana
El alma encienden del Monarca godo:
Desde los muros de Híspalis cercana,
Que le contempla ve su reino todo;
Y que de un vil traidor la furia insana
Es quien osa ultrajarle de tal modo;
Y parece al valor que altivo ostenta,
Laurel despreciador de la tormenta.

LII.

Varias veces bramando se embistieron,
Sin encontrar en su furor ventaja:
Peligrosos fendientes repitieron
Y agudos golpes con la punta baja.
De sudor los caballos se cubrieron,
Alzando espuma y ardorosa braja,
Y al fin entre la gola y el almete
Del Conde, el Rey la tersa espada mete.

LIII.

Y cuando herido don Julián se mira,
Aunque leve fué el daño, en su hondo pecho
Gimió, y ardiendo en espantosa ira,
Redoblando sus fuerzas el despecho,

Un golpe y otro y mil furioso tira
Sobre el yelmo Rëal, y á largo trecho
El penacho y corona al aire saltan,
Y el duro suelo con su brillo esmaltan.

LIV.

Pierde aliento Rodrigo: el Conde fiero,
Al ver que el regio casco firme pudo
Burlar el filo del tajante acero,
Y de su brazo el ímpetu sañudo,
La espada, cual diestrísimo guerrero,
Soltó, la maza enarboló forzudo,
Y aunque el yelmo á su golpe se sostiene,
A su golpe el Monarca á tierra viene.

LV.

A arrojarse sobre él precipitado
Va el Conde, y á dar fin á la contienda,
Cuando de pronto un caballero armado,
Que desde Híspalis viene á toda rienda,
De broquel prevenido, y sin que al lado
Lanza descuelle ó cimitarra penda,
Y cuyo rostro la visera esconde,
Lánzase entre Rodrigo y entre el Conde.

LVI.

Este, que á su victoria estorbos halla,
Y quien se atreva á su furor, no advierte
Que viene sin estoque á la batalla
Aquel soldado; y respirando muerte,

La maza esgrime, á cuyo golpe estalla
(Que no es como el del Rey templado y fuer
El yelmo, y rotos el encaje y lazos,
Casco y visera saltan en pedazos.

LVII.

Y queda, ¡oh confusión! queda patente
De Florinda infeliz el rostro bello;
Y de gallardos rizos el torrente
Los hombros cubre y el armado cuello.
Hielo y mortal pavor muestra su frente,
De desesperación terrible sello,
Y con agudo acento: *¡Padre!* grita,
Y al suelo cabe el Rey se precipita.

LVIII.

Don Julián sorprendido, horrorizado,
Un alarido arroja, vuelve el freno,
Y huye, cual si se viera fulminado
De ardiente nube al retumbar el trueno.
Con su imprevista fuga amedrentado,
El escuadrón le sigue sarraceno:
Quedan confusos los guerreros godos,
Y á la dama y al Rey acuden todos.

LIX.

Los pechos sólo, donde amor reinando
El gran poder ostenta de su llama,
Que las celestes iras despreciando
Entre infortunio y crímenes se inflama,

La emoción que Rodrigo probó, cuando
Tornó á la vida en brazos de su dama,
Lograrán conocer: pintarla excede
Al poder que á mi labio se concede.

LX.

Y cuál entre dulcísimas caricias,
De amargura mezcladas y de lloro,
Y entre atroces tormentos y delicias
(Que tal contraste es del amor tesoro),
A tu amador atónito noticias
Como á Toledo y sus salones de oro,
Mujer apasionada, abandonaste,
Y de él en pos venir perdida osaste;

LXI.

Y cómo tu belleza encantadora
De Marte con las galas escondiste,
Y sin temer la guerra asoladora,
A arrostrar su peligro audaz corriste;
Y cómo al ver la saña vengadora
De tu padre crüel, te estremeciste,
Y entre tu amante y él fuiste muralla,
Término dando á la feroz batalla;

LXII.

Quede en su punto aquí, pues que mi acento
De intentar describirlo humilde cede:
Tanta fineza de amoroso aliento
Sólo sentirse, y no pintarse puede.

Almas, á quien el alto firmamento
De la ternura el don fatal concede,
Juzgad ¡ay! lo que pasa en dos amantes
Puestos en circunstancias semejantes.

LXIII.

Mas dejemos de amor el eco blando,
Que la trompa guerrera el viento llena
Los cristianos pendones convocando,
Y las haces hispánicas ordena;
Y ya la margen bética dejando,
A buscar á la turba sarracena
Marchan, y á decidir de fuerte á fuerte
En un combate la española suerte.

LXIV.

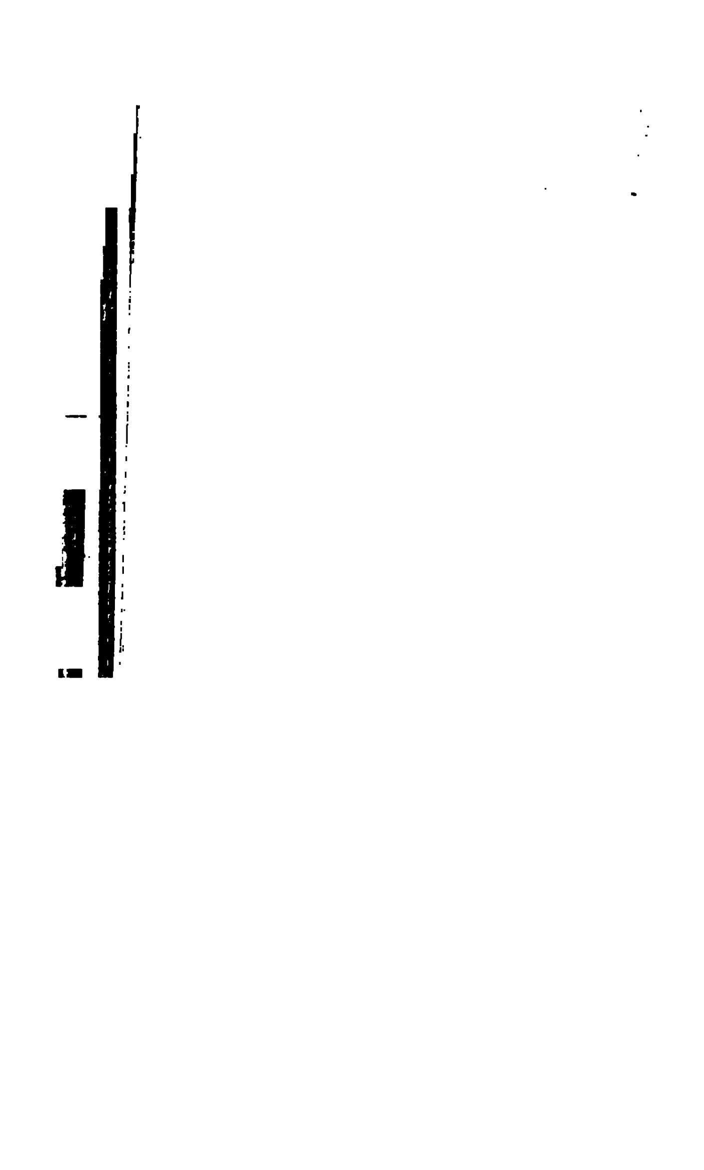
De escuadras la confusa muchedumbre
Campos inunda, y montes, y riberas;
El polvo roba al sol su clara lumbre;
Llenan el viento lanzas y banderas.
Retumba el llano y la fragosa cumbre,
Y el ronco estruendo de las armas fieras,
De relinchos, de trompas y atabales,
A las bóvedas cunde celestiales.

LXV.

Rodrigo, aunque abatida siente el alma,
Y poco en tanta multitud confía,
Y que ya de perder el centro y palma
Cercano teme el desastroso día,

ntando del valor la calma,
el campo fatal las haces guía,
ndo á su Florinda hermosa al lado,
encubierta en traje de soldado.







## CANTO QUINTO.

### EL EXTERMINIO.

I.

A la entrada del campo y llano extenso
Por donde Guadalete se apresura
A dar al mar vecino humilde censo,
Entre adelfas, palmares y verdura,
De huestes godas el concurso inmenso,
Con las tinieblas de la noche obscura
Se detuvo, sentando sus reales
Sobre varias colinas desiguales.

II.

De esparcidas fogatas los reflejos,
Que en el opuesto lado relucían,
Y de grande rumor confusos dejos,
Que el nocturno silencio interrumpían,

De que no estaba el enemigo lejos
Á los caudillos godos advertían;
Y á defender el campo cuidadosos,
Con valladar atienden y anchos fosos.

III.

Brilló la ansiada aurora en el Oriente,
Y el gótico poder y el mahometano
Se encuentran acampados frente á frente,
Teniendo en medio el espacioso llano.
Ambos tocan al arma de repente,
Y la vaga región del viento vano
El son de trompas y añafiles llena,
Y hórrido, tierra y mar y cielo atruena.

IV.

La muchedumbre gótica contiene,
Si no asusta, á los árabes pendones;
De éstos la fama y el valor detiene
Y aun pasma á los hispanos escuadrones.
Ni el uno ni otro campo al llano viene,
Aunque uno y otro ordena sus legiones;
Y largo tiempo en actitud guerrera,
Cada cual verse acometido espera.

V.

Confusas voces alza el Sarraceno,
Que cunden por las vegas y collados,
Como retumba pavoroso trueno
Entre los riscos de Pirene helados.

Hondo silencio, de presagios lleno,
Reina entre los hispánicos soldados,
Cual anunciando horrísona tormenta,
Calma pesada obscuro el aire ostenta.

VI.

Pero Tarif, que á la árabe grandeza,
De Muza en nombre, rige y acaudilla,
Ordenando sus haces con destreza,
Y viendo el gran furor que en ellas brilla,
Las exhorta, y exalta su braveza
Empuñando la bárbara cuchilla;
Y su tremenda voz sonó de suerte,
Que pareció trompeta de la muerte.

VII.

Añafiles, bocinas, atabales
La atmósfera purísima atronando,
Y el grito de las furias infernales
Arrojan á la lid al fiero bando.
El Monarca español en sus reales
Venir las huestes áfricas mirando,
A ordenar la falange se apresura,
Para bajar también á la llanura.

VIII.

La custodia del campo donde deja
Su repuesto, sus tiendas, su tesoro
Y á su hermosa Florinda, á quien aqueja
Hondo pesar y despechado lloro,

Encarga, en tanto que á lidiar se aleja,
Y á contrastar al denodado moro,
Al vil Vermulfo y al traidor don Opas,
¡Oh ceguedad! con sus infames tropas.

IX.

Y desde el carro de marfil y acero,
De cortadoras hoces erizado,
Que con son de borrasca, más ligero
Que cierzo volador, recorre el prado;
Con rico arnés de claro reverbero,
Y de plumas y joyas adornado,
Cual era entre los godos uso antigo (7),
A sus huestes también habló Rodrigo.

X.

Ya del acometer la seña dando,
Las numerosas haces precipita
Contra las tropas del contrario bando,
Que vienen á la lid con alta grita.
Nube de agudas flechas, que silbando
Cruzan de entrambas partes, la luz quita
Al sol, el viento gime, y la ancha tierra
Se estremece al bramido de la guerra.

XI.

Cual de opuestas montañas se derrumban
Dos hinchados torrentes espumosos,
Y á los profundos valles, que retumban
Con su estruendo, despéñanse furiosos;

Y allí sus aguas, que bramando zumban,
Revuelven, y confúndense hervorosos,
Alzando blanca niebla, así corrieron,
Y así entrambas naciones se embistieron.

XII.

Terrible fué el encuentro: parecía
Que los montes riscosos y empinados,
Llegado al universo el postrer día,
Bajaban al abismo despeñados;
Y oyóse tal estruendo, cual se oiría
Cuando, al ver sus cimientos quebrantados,
Atlántida infeliz huyó del mundo,
Tragándola voraz el mar profundo.

XIII.

Nube densa de polvo al aire crece,
Que cielo, tierra, mar borra y confunde;
Cual relámpago el hierro resplandece,
El rumor de la lid cual trueno cunde:
¡Tal cuando Marte atroz los embravece,
Y su fuego discordia les infunde,
Y las insanas furias los acosan,
Tormentas contrahacer los hombres osan!

XIV.

De las inmensas huestes de Rodrigo,
Ya enardecidas en feroz combate,
Aunque no son lo que en el tiempo antigo,
Y aunque sangre enviciada en ellas late,

Ni el poder ni el furor del enemigo
El renacido y noble aliento abate:
¡Tanto el llamarse godo, y ser de España,
Honra da en la ocasión, esfuerzo y saña!

XV.

De Abisinios y negros Etiopes
Desbandadas escuadras, do campean
Estaturas y esfuerzos de Ciclopes,
Cercar el flanco gótico desean;
Y girando en carreras y galopes,
Casi lo desbaratan y rodean;
Pero detienen su gallarda furia
Los leves hijos de florido Turia,

XVI.

Que unidos á los diestros Baleares,
Cuyas hondas jamás el tiro erraron,
Saliendo de unas quiebras y ramblares,
Sobre ellos de improviso descargaron;
Y con flechas y piedras á millares
A los bárbaros rudos destrozaron,
Que el Nilo en sus riberas ve feroces
Insultar á la luz con necias voces.

XVII.

Cerrada y gruesa hueste de Egipcianos,
Con largas picas y luciente malla,
Intenta penetrar de los cristianos
El poderoso cuerpo de batalla;

Mas su tesón y esfuerzos serán vanos,
Que el godo, cual fortísima muralla,
Restos de la romana disciplina,
El choque á resistir se determina.

XVIII.

En el ala siniestra en tanto audaces
Al gétulo y masilio caballero
Del Betis cargan las ecuestres haces,
Cubiertas de armas de templado acero.
Unos y otros resisten pertinaces;
Crece la llama del combate fiero,
Y pretal con pretal, lanza con lanza,
Terrible es de ambas partes la matanza.

XIX.

El joven Teudo con furor pelea,
Y es su brazo ministro de la muerte:
Un peceño de Córdoba espolea
Rugero, tan gallardo como fuerte.
Aunque anciano Tadmiro, audaz rodea
La aguda espada con dichosa suerte,
Y á Moraicel, asombro del levante,
Destrózale la adarga y el turbante.

XX.

Malec asirio con Arnaldo cierra,
Y con la cimitarra de Damasco
(Que de temple mejor no entró en la guerra,
Y que abriera un durísimo peñasco),

Del alto potro lo derriba en tierra,
La pelta hendida y abollado el casco;
Mas con la tersa espada de Toledo,
Dió Ervigió noble fin á tal denuedo.

XXI.

Abencerraj, tremendo, en otra parte
La maza esgrime de nudosa encina,
Y á los furiosos golpes que reparte,
Las góticas escuadras extermina.
Ni detenerle consiguiera Marte;
Pero Eurico, de fuerte coracina
Vestido y de valor, á hallarle viene,
Y con la pica su furor detiene.

XXII.

Por donde el carro de Rodrigo pasa,
No hay resistir, y rápido parece
Bramador huracán que el monte arrasa,
O llama que entre pinos se embravece.
Por otra parte, cuanto encuentra abrasa
De Tarif el alfanje, y resplandece
Como el rayo de Dios, cuando arrũina
Gigante torre ó colosal encina.

XXIII.

Lago horrendo de sangre es la llanura,
De armas y de cadáveres henchido;
Es todo Guadalete sangre obscura,
Y de él se aleja el mar estremecido.

POESÍAS.

…esfuerzos serán vanos,
…fortísima muralla,
…disciplina,
…determina.

…udaces

…as.

…rnales,
…pas medita,
y sus parciales
…tra el Rey excita:
…guardan los reales
…a codicia irrita;
y la traición provoca,
…anto Dios! suena en su boca

XX…

Nuevos; pues aunque el triunfo se consiga
Después de tan costosos sacrificios,
España queda en brazos de la muerte,
Africa entera, y ofendida, y fuerte.

XXVII.

»De Dios el brazo sus invictas haces
Ha conducido de la España al suelo;
¿Por qué, pues, demostrarnos pertinaces
Contra inmutable voluntad del cielo?
Lograr podemos ventajosas paces,
Y hacer menor de nuestra patria el duelo,
A Rodrigo vicioso abandonando
Y á cuantos siguen su ominoso bando.

XXVIII.

»En medio de tan recios temporales,
Salud busquemos, y aun fortuna nueva;
Grandes tesoros hay en los reales,
De la avaricia de Rodrigo prueba.
Pues sudor vuestro son riquezas tales,
Y lo propio cobrar nadie reprueba,
Tomadlas sin tardar, cobradlas luego,
Y el campo y valladar consuma el fuego.

XXIX.

»Estos soberbios pabellones ardan,
Contra quien Dios pronuncia el anatema,
Porque la causa vergonzosa guardan
Que nos ha puesto en ocasión extrema.

¿Qué?..... ¿aun piedad y respeto os acobardan?
Yo os juro que de Dios la ira suprema
Ministros de venganza os ha elegido:
Incendiad este campo corrompido.

XXX.

»Y volemos á unir nuestros pendones
Con los del conde don Julián: el modo
Es este de encontrar con las naciones,
Que al cabo han de vencernos, acomodo.
Sus fuertes y valientes escuadrones
No se han movido contra el pueblo godo,
Sí en ayuda del Conde, á dar castigo
A los crímenes torpes de Rodrigo.»

XXXI.

Dijo, y robado el campamento, habían
Las tropas de traidores roto el freno,
Y en desorden confuso descendían
A dar auxilio al Conde y Sarraceno;
Y altas llamas las tiendas consumían,
Dejando el campo de clamores lleno,
Cuando empezó á mostrarse la Fortuna
Contraria á los pendones de la luna.

XXXII.

Las huestes vencedoras que escucharon
A su espalda el rumor y vocería,
A inesperado ataque imaginaron
Que nueva gente bárbara venía.

Tornan, y cuando atónitos miraron
La llama que su campo consumía,
Su arrojo triunfador espanto mudo
Volvióse, y hielo su ímpetu sañudo.

XXXIII.

Notando los vencidos musulmanos,
Y aunque temen al ver en la llanura
Nuevas huestes bajar de los cristianos,
Como el Conde traidor los asegura,
Su abatido terror alzan ufanos,
Recobran luego su infernal bravura,
Y uniendo á su lado á los traidores,
Tórnanse de vencidos vencedores (9).

XXXIV.

Ya no fué lid, fué bárbara matanza,
Y consternación y horror, y completarse
De las iras celestes la venganza,
Y el godo imperio en muerte desplomarse.
Huye de toda Hesperia la esperanza,
Ni ya de salvación camino hallarse
En el valor ó en la constancia puede,
Que al Destino inmutable todo cede.

XXXV.

Aun hay, aun hay quien en furor ardiendo,
El nombre godo con tesón mantiene,
Y quien muerte á deshonra prefiriendo,
Todo el poder de la Africa contiene.

Donde Rodrigo asiste, allí el horrendo
Combate encarnizado se sostiene,
Mientras que los cobardes torpe muerte
Hallan, huyendo en vano de la suerte.

XXXVI.

Mas ¿quién es aquel joven que, el primero,
Con tal tesón persiste en la batalla,
Y contra el campo musulmán entero
Se ostenta cual fortísima muralla?.....
Desde el principio del combate fiero
Turbantes destrozando, hendiendo malla,
Fué brazo de la muerte, y ahora ufano,
Último apoyo del imperio hispano.

XXXVII.

A un alazán fortísimo embravece,
Que con feroz aliento el aura inflama;
Su peto, sol en el cenit parece,
Sus ojos arden con celeste llama:
Sobre su rico yelmo resplandece
Claro lucero, que esplendor derrama,
Y de su invicta espada en la cuchilla
La hermosa luz de la esperanza brilla.

XXXVIII.

Anhelosa lo sigue á toda parte
Con ojos que el dolor y el llanto empaña,
Y sin que de él un punto los aparte,
La sin ventura moribunda España.

Tiembla de verle entre el furor de Marte,
Aunque se goza al admirar su saña;
A él solo atiende en tan fatal desmayo:
¡Ay, que es el gloriosísimo Pelayo!!!

XXXIX.

¡Salve, hijo de Favila, á quien el cielo
Destina á restaurar el nombre hispano!
Hoy es el día de exterminio y duelo,
Y contrariar no puedes al arcano:
El de reparación y el de consuelo
Brillará, y tu valor no será en vano:
Guárdate, deja ya la lid perdida,
Que es de la patria tu preciosa vida.

XL.

Ni de Pelayo la invencible lanza,
Ni del honrado Ervigio y de los buenos
El tenaz resistir, dan ya esperanza
De atajar á los bravos Sarracenos.
Espantosa es de godos la matanza;
De la tierra infeliz los hondos senos
Empapados en sangre retemblaron,
Ayes tristes los aires asordaron.

XLI.

A los remotos mares de occidente
El sol horrorizado descendía;
En calma estaba el abrasado ambiente,
Nube cárdena el cielo obscurecía;

De tarde en tarde, lampo refulgente
El lejano horizonte confundía;
Bramaba sordo el retumbante trueno,
De terrores el mundo estaba lleno.

XLII.

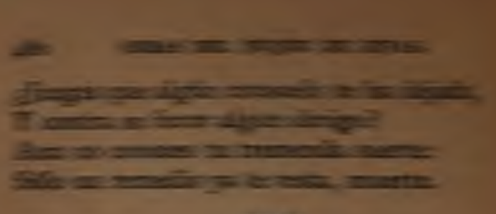
La cuadriga del carro del Monarca
Anhelante no encuentra ya camino
Sobre tantos despojos de la Parca,
Que embarazan el eje diamantino.
En sangre la falcada rueda encharca,
Y el pesado timón de fuerte pino
Rompe, y tropieza respirando espuma,
Y en vano el crudo látigo la abruma.

XLIII.

El llanto del despecho la faz moja
Del triste Rey. De la corona rica
Y del soberbio manto se despoja,
Salta del carro, y sangre le salpica:
El cetro, que el Señor le quita, arroja;
Furioso empuña una fornida pica,
Monta en caballo que aventaja al viento,
Y corre al incendiado campamento.

XLIV.

Mas ¿dónde, dónde va?..... ¡Desventurado!
Vuelve á morir ¡oh mísero Rodrigo!
¿No ves que el crudo cielo está cerrado
A toda compasión para contigo?



[illegible]

## XLVI.

En su seno la dicha encontrarías,
Al lado de Florinda, en el desierto,
Sin echar menos los pasados días,
De tosca piel y obscuridad cubierto;
Y aun dulcísimas horas gozarías,
Sin temer de fortuna el rostro incierto,
Como sueños viniendo á tu memoria
Vagos recuerdos de tu imperio y gloria.

## XLVII.

Vagos recuerdos, que el crisol ardiente
De recíproco amor purificando,
El desprecio trajeran á tu mente
De mundo, hombres, riquezas, gloria y mando;

Y que un momento aun tu tranquila frente
De tinta meláncolica bañando,
Te hicieran en el seno de tu hermosa
Verter alguna lágrima preciosa.

XLVIII.

Del campo el fuego ya casi extinguido,
Al Monarca infeliz fatal señuelo,
Preside, entre fragmentos esparcido,
A las venganzas últimas del cielo.
Ya han los feroces moros recorrido
Las cenizas y restos de aquel suelo,
Y entre troncos y telas abrasadas,
Aun cebado sus bárbaras espadas.

XLIX.

Allí queda ya solo el Conde fiero,
Que de su horrendo crimen abrumado,
De la llama al reflejo postrimero,
Las rüinas recorre ensangrentado;
Y entre tanto cadáver, que el acero
Y el incendio voraz han destrozado,
Nuevas de su hija inquiere sin provecho,
Agotando la copa del despecho.

L.

Tal de tirano vil sombra sangrienta,
Entre sepulcros que pobló su ira,
Al lampo aterrador de la tormenta,
Acaso en la espantosa noche gira.

Allí del exterminio aun se alimenta,
Y sangre y rabia aun con furor respira;
O allí, privada del descanso eterno,
Apura los suplicios del infierno.

LI.

Don Julián, con ojos centellantes,
Del regio pabellón ve la rüina,
Y sus muertas cenizas humeantes
Angustioso revuelve y examina.
Entre cuerpos ha poco palpitantes,
Y entre espantables bultos, imagina
Ver el cadáver de una hermosa dama,
Cuya cabeza consumió la llama.

LII.

Pásmasele la sangre, y confundido,
Sus miembros el sudor inunda helado;
Y tiembla, y pierde fuerzas y sentido,
Yerto el cabello, el corazón ahogado.
Aunque á saber no acierta quién ha sido
Aquel cuerpo infeliz medio quemado,
Conmoción horrorosa su alma agita,
Y gimiendo sobre él se precipita.

LIII.

Hallarse allí con don Julián pudiera
El infeliz Rodrigo, si ya el cielo,
Ablandado tal vez, no le opusiera
Piadoso estorbo á su engañado anhelo;

Pues ya casi en los límites se viera
De aquel fatal y desastroso suelo,
Cuando escuadrón de infieles sobrevino,
Que le embiste, atajándole el camino.

LIV.

Aunque incógnito y solo allí se mira,
Y sin mengua fugarse puede acaso,
No olvida que fué rey, y ardiendo en ira,
Trata de abrirse con las armas paso.
A llegar á sus tiendas sólo aspira,
Que aun humo esparcen por el aire raso;
Y al potro acosa con la aguda espuela,
Alto el escudo, en ristre la arandela.

LV.

Mas ¡ay! que es uno, los contrarios ciento,
Y ni paso ni fuga encontrar puede:
Revuelve á todos lados con aliento,
Y en constancia y valor ni un punto cede.
Aunque su decisión y su ardimiento
Al de un obscuro caballero excede,
No acierta que combate con Rodrigo,
Y le cerca y le estrecha el enemigo.

LVI.

Mas como allá en el circo sevillano
Suele un toro retinto, cuando advierte
Que la vida salvar intenta en vano,
Cara vender la inevitable muerte;

Y embiste audaz al pelotón galano
De hombres y de caballos, de tal suerte,
Que de sangre y despojos la ancha arena,
Y de terror al gran concurso llena;

LVII.

Fin glorioso el Monarca así buscando,
Vibra y revuelve la nudosa lanza,
Y potros y jinetes arrollando,
Muestra hasta dónde su denuedo alcanza.
Dos, cuatro, seis infieles derribando,
De los demás enciende la venganza,
Que armas diversas con furor esgrimen,
Y le estrechan, le atajan y le oprimen.

LVIII.

Resiste en vano el despechado godo,
Hasta que, aun más que herido, fatigado,
Pierde el arzón, y en el sangriento lodo
De fuerzas y sentidos cae privado.
Así vencido y destrozado todo,
El bárbaro escuadrón, apresurado,
De Guadalete las riberas deja,
Y su hueste á buscar veloz se aleja.

LIX.

Reina silencio grande en aquel llano,
Do murió la española monarquía,
Y donde hundido el godo soberano
En desmayo letárgico yacía.

El ejército altivo mahometano
A Híspalis triunfador se dirigía,
Los restos de la gótica grandeza
Persiguiendo con hórrida fiereza.

LX.

Ya de la obscura noche el carro lento
Se acercaba á los mares de occidente,
Cuando en sí torna y al vital aliento
El infeliz Rodrigo de repente,
Porque oye acaso un dolorido acento
Que, conmoviendo el silencioso ambiente,
Cual débil voz de congojosa dama,
Entre sollozos le despierta y llama.

LXI.

Torna en sí, y recobrando sus sentidos,
Ve una hermosa mujer y un noble anciano,
Ambos de blancas túnicas vestidos,
Que lentos cruzan por el aire vano;
Y sintiendo en el alma hondos latidos,
Reconoce el semblante soberano
De su Florinda en quien delante tiene,
Y que es Rubén el que con ella viene.

LXII.

Hacia su amor los brazos encamina,
Y estrecha ¡ay triste! el vagaroso viento:
Tiende á Rubén la mano, y blanquecina
Niebla encuentra, y no más, su amigo intento;

[illegible]

LXIII.

[illegible] al un lado [illegible],
[illegible] Síguelos [illegible]
[illegible] parece que persigan
[illegible] del campo desastroso,
[illegible] cadáveres le guían,
Y ya del Guadalete sanguinoso
Con ellos apartado, llega á un monte,
Cuando el alba argentaba el horizonte.

LXIV.

La luz disipa el prodigioso encanto:
Queda Rodrigo solo; y su postrera
Fortuna, envuelta en misterioso manto,
El cielo quiso que ignorada fuera.
¿Quién podrá descubrirla?..... No lo intente
Mortal ninguno..... Pero no pudiera,
Amante y rey en tan horrenda suerte,
Otra encontrar más grata que la muerte.

Malta, 1826.





# NOTAS.

(1) El arzobispo D. Rodrigo, en el lib. III, cap. XVII, y después de él la *Crónica general de España* que mandó componer el rey D. Alonso *el Sabio*, refiere así esta aventura en la parte segunda, cap. LV: «En la ciudad de Toledo habia un palacio que estaba siempre cerrado tiempo habia ya de muchos reyes, é tenie muchas cerraduras; é el rey Rodrigo fizol abrir, porque cuidaba que yacie y algun haber en él. Mas cuando el palacio fué abierto, non fallaron en él ninguna cosa, sinon una arca otrosí cerrada, é el rey mandóla abrir, é non fallaron en ella sinon un paño pintado, que estaban en él escriptas letras latinas que decien así: *Cuando aquestas cerraduras serán quebradas, é el palacio é el arca serán abiertos, é los que y yacen, lo fueren á ver, gentes de tal manera como en el paño están pintados, entrarán en España, é la conquerirán é serán ende señores.* E el rey, cuando aquello vió, pesol mucho, porque palacio ficiera abrir, é fizo cerrar el arca é el palacio así como estaba de primero; é en aquel paño estaban pintados homes de caras, é de parescer, é de manera, é de vestidos, así como agora andan los alárabes, é tenien las cabezas cubiertas con tocas, é estaban caballeros en caballos, é los vestidos eran de muchos colores, é tenien en las manos espadas, é señas, é pendones alzados. E los

Pero una y otra sombra allí vecina
Siempre ve junto á sí, y el sordo ac[illegible]
Oye con que una y otra sollozando,
*¡Rodrigo!* sin cesar están clamando.

LXIII.

Advierte que al un lado se de[illegible]
Y que le llaman. Síguelas ansi[illegible]
Pues gimiendo parece que po[illegible]
En sacarle del campo desast[illegible]
Por entre los cadáveres le g[illegible]
Y ya del Guadalete sangui[illegible]
Con ellas apartado, llega [illegible]
Cuando el alba argentab[illegible]

LX[illegible]

La luz disipa el pro[illegible]
Queda Rodrigo solo; [illegible]
Fortuna, envuelta e[illegible]
El cielo quiso que ig[illegible]
¿Quién podrá descu[illegible]
Mortal ninguno..... [illegible]
Amante y rey en [illegible]
Otra encontrar m[illegible]

[illegible] del canto tercero fueron es-
[illegible] *Æschilus*, el mes de
[illegible] de Gibraltar, viniendo
[illegible] de detenerse pocos días
[illegible] su viaje á Italia.
[illegible] la primera entrada ó reco-
[illegible] Andalucía, por orden de Muza,

en la luna de Ramadán, año 91 de la égira; es decir, en Julio de 710; y la segunda, por la punta de Gezira Alhadra, que se llamó después, en honor suyo, Gebal Taric (Gibraltar) ó monte de Taric, el día 5 de la luna de Rageb del año 92. Así resulta de las crónicas árabes que recogió Conde en la *Historia de la dominación de los árabes en España;* pero Mariana dice positivamente que sucedió lo último el año 713 de Jesucristo.

(4) Sabido es que la discordia de Zegríes y Abencerrajes facilitó la conquista de Granada á los Reyes Católicos. Es digna de leerse la relación poética de las disensiones de estas dos familias, que escribió, con el título de *Guerras civiles de Granada*, Ginés Pérez de Hita, en dos volúmenes en 8.°

(5) En Córdoba se cuenta una conseja de un cierto moro, Abhen-Halí, que dicen se mató por celos de su querida, en los jardines del antiguo alcázar, hoy huerta de la Inquisición. Añaden que está enterrado al pie de un antiquísimo naranjo que allí existe, junto al viejo muro y torreones que por aquella parte dominan al río.

(6) «Juntóse á este llamamiento gran número de gente: los que menos cuentan, dicen fueron pasados de cien mil combatientes. Pero con la larga paz, como acontece, mostrábanse ellos alegres y bravos, blasonaban y aun renegaban; mas eran cobardes á maravilla, sin esfuerzo y aun sin fuerza para sufrir los trabajos é incomodidades de la guerra: la mayor parte iban desarmados, con hondas solamente ó bastones.» MARIANA, lib. VI, cap. XXIII

No se diferencia mucho lo que sobre el particular cuentan las crónicas de los árabes, las cuales dicen que llegó Ruderic (Rodrigo) á los campos de Sidonia con un ejército de 90.000 hombres, número cuádruplo del de los muslimes; aunque éstos les llevaban gran ventaja en la disciplina y armas. En la *Historia verdadera del rey D. Rodrigo*, compuesta, á lo que suena, por Abulcacim Tarif Abentarique, se aumenta el número de los árabes, haciéndolos subir á *ciento y ochenta mil hombres de á pie y*

*cuarenta mil de á caballo, sin mucha mas gente que servía en el ejército de lo necesario;* mientras el de don Rodrigo es sólo de 23.000 hombres de á caballo y 130.000 infantes. Cito dicha *Historia*, que anda en manos de todos, para hacer ver cuán justamente la calificó Conde de *absurda fábula, publicada por el morisco Miguel de Luna, que la fingió, manifestando su ignorancia en la materia y su impudente osadía literaria.*

(7) «El rey Rodrigo andaba entonces con su corona de oro en la cabeza, é vestido de paños de peso en un lecho (*Mariana lo llama* carro) de marfil que llevaban dos mulos; ca así era entonces costumbre de andar los reyes de los godos.» *Crónica general*, parte segunda, cap. LV. Las de los árabes dicen también que en la batalla de Guadalete el Rey se presentó los primeros días al combate en un carro bélico, adornado de marfil, tirado de dos robustos mulos blancos, llevando su cabeza ceñida de una corona ó diadema de perlas, y con una clámide de púrpura bordada de oro.

«En carro de marfil, envuelto en sedas,
La frente orlada en oro, y más dispuesto
Al triunfo y al festín que á la pelea,
El sucesor indigno de Alarico
Llevó tras sí la maldición eterna.»

QUINTANA en la tragedia de *Pelayo*.

(8) Sigo en esto á Fr. Luis de León, cuando dice en la *Profecía del Tajo:*

«El furibundo Marte
Cinco luces las áces desordena,
Igual á cada parte:
La sexta, ¡ay! te condena,
Oh cara patria, á bárbara cadena.»

Según Mariana, fueron siete los días que duró la pelea ó las escaramuzas, como él lo entiende, y al octavo se dió la batalla campal, conformándose con la *Crónica general*, cuyas palabras son: «Así comenzaron la fazienda, é duró

ocho días, que nunca ficieron sinon lidiar de un domingo fasta otro.»

Ni nuestros poetas, ni nuestras crónicas, van de acuerdo con lo que refieren los árabes en las suyas, pues ellos sólo dan la duración de tres días á la pelea.

(9) «La victoria estuvo dudosa hasta gran parte del día sin declararse; solo los moros daban alguna muestra de flaqueza, y parece querian ciar y aun volver las espaldas, cuando D. Opas (¡oh increible maldad!) disimulada hasta entonces la traicion, en lo mas recio de la pelea, segun que de secreto lo tenia concertado, con un buen golpe de los suyos se pasó á los enemigos.» MARIANA *en el lugar antes citado.*

Coinciden las crónicas árabes en cuanto dicen que estuvo indecisa la victoria tres días, y que el tercero, viendo Taric que flaqueaban los suyos, los exhortó á morir peleando; con lo que, animados, consiguieron un completo triunfo, persiguiendo después otros tres días á los restos del ejército cristiano.

(10) «Mas los cristianos lidiando é seyendo ya los mas dellos muertos, é los otros fuidos, no sabe home que fuese fecho del rey don Rodrigo en este tiempo deste comedio; pero la corona, é las vestiduras é la nobreza real, é los zapatos de oro é de piedras preciosas, é el su caballo, al cual decien Orella, fueron fallados en un tremedal cerca del rio Guadalete sin el cuerpo.» CRÓNICA GENERAL, *en el capítulo arriba indicado.*

Dicha *Crónica*, Mariana y otros historiadores, añaden que en Viseo de Portugal se halló doscientos años después el sepulcro de D. Rodrigo, por donde se entiende que, salido de la batalla, huyó á aquel reino. Difiere de ésta la relación de los árabes, que dan por cierto haber muerto Taric por su mano, el tercer día del combate, á D. Rodrigo, á quien conoció por el caballo y las insignias, mandándole cortar la cabeza, que envió en presente á Muza.



# ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

Páginas.

Página

## POEMA.







*Este libro se acabó de imprimir en Madrid,*
*en el Establecimiento tipográfico*
*«Sucesores de Rivadeneyra»,*
*el día* 17 *de Abril*
*de* 1895.













